

R. Bernabeu López
Cronista de Requena

SERRANO CLAVERO

CANTOR DE LA RAZA



rosal de españa

OBRA POETICA DEL REQUENENSE
VENANCIO SERRANO CLAVERO
CANTOR DE LA RAZA

con un
ESTUDIO BIOBIBLIOGRAFICO
DE
RAFAEL BERNABEU LOPEZ,
Cronista de la Ciudad

EDITA: Centro de Estudios Requenenses.
M. I. Ayuntamiento de Requena.

PORTADA: A. Molina

DEPÓSITO LEGAL: V-958-1986

I.S.B.N.: 84-398-6582-1

IMPRENTA: Industria Gráfica Vidal - Torrent

Al inspirado poeta requenense, José María Sánchez Roda, fidelísimo seguidor de las huellas de nuestro eximio vate, como en vida lo fueron, entre otros, Manuel Ferrer Montes, Juan Piqueras Martínez, Manuel Cebrián Alcocer, Julián Espinosa... Con el afecto y la admiración de

R. B. L.



*Si Dios, al verme formado
de la vida en el crisol,
hubiérame preguntado:
—¿Qué quieres ser?— De contado
le hubiera dicho: ¡Español!*

V. S. C.

*P*ese a la inexorable acción del tiempo, son muchos los requenenses que permanecen fieles a la memoria de su preclaro poeta Venancio Serrano Clavero (1870-1926), cuya fecunda labor literaria, así como la españolísima reciedumbre de sus versos, aún no han sido valorados en toda su grandeza.

Para formarnos clara idea de la personalidad de nuestro eximio vate, diremos que figura en la línea de Florentino Sanz, de Salvador Rueda, de José María Gabriel y Galán, de Rosalía de Castro, de Vicente Medina y de otros grandes poetas cuyas cadenciosas y fragrantas trovas incrustaron en el alma popular toda una gama de románticas y entrañables emociones.

En plena madurez literaria, Serrano Clavero marchó a la Argentina, donde pronto se destacó como uno de los más esclarecidos cantores de la Raza.

Al decir de López de Gomara, nuestro poeta «encarnó la personificación caballeresca y culta de una España generosa, brava y sentimental, uniendo a la robustez de la épica la exquisita dulzura del madrigal».

Porque Serrano siguió fielmente las rutas de un neorromanticismo apasionado y colorista que desembocó en un lirismo rítmico y sonoro, en donde España y lo español ocupan lugares preferentes.

Durante cuarenta años el poeta de la Castilla Valenciana derramó sus versos a manos llenas en periódicos y revistas, en libros y ensayos escénicos, en recitales y solemnidades literarias. De aquí que recopilar y seleccionar su esparcida obra y rehacer las tres grandes etapas de su vida aventurera —Requena, Argentina, España— no haya sido tarea fácil.

Recordaremos que el españolísimo vate regresó a la Madre Patria con la misión honrosa de ofrendar una corona argentina a los héroes de Monte Arruit; y que cuando preparaba su regreso a América, la muerte le sorprendió en Valencia. Sus restos mortales reposan en el cementerio de la ciudad amada.

Veamos el sumario de este estudio bio-bibliográfico que ofrendamos a nuestro eximio Serrano Clavero.

I. REQUENA, HOGAR DEL POETA.

1. *El barberillo-poeta.*
2. *En pos de una vocación.*
3. *Lluvia de versos.*
4. *Triste realidad.*
5. *Cuatro títulos importantes.*
6. *Éxitos y fracasos.*

II. ARGENTINA, NOVIA DEL POETA.

1. *Nuevos horizontes.*
2. *Incesante peregrinar.*
3. *Cantor de la Raza.*
4. *Español y argentino.*
5. *Los grandes poemas.*
6. *Caballero andante.*

III. ESPAÑA, PASION DEL POETA.

1. *Misión patriótica.*
2. *Lírico peregrinar por la Madre Patria.*
3. *Valenciano de Requena.*
4. *Epílogo de un gran poeta.*
5. *Post mortem.*

Notas bibliográficas.

A continuación incluimos parte de la obra de nuestro querido poeta recogida en el libro «Rosal de España (Cancionero de la Raza)», editado en Valencia en 1925.



I

REQUENA,
HOGAR DEL POETA

1. EL BARBERILLO-POETA

Corrían los años en que la vieja Requena sentíase orgullosa de su Arte Mayor de la Seda.

A mediados de la pasada centuria, nada menos que novecientos telares entonaban de sol a sol briosos himnos al trabajo, asegurando el bienestar y la prosperidad de los requenenses. No en vano nuestro pueblo venía siendo reputado como uno de los más laboriosos de España por obra y gracia de sus habilísimos tejedores.

Pero comenzaron a soplar vientos malditos (guerras fratricidas, revueltas políticas, deserciones, epidemias coléricas, competencias...) que precipitaron en el último tercio del siglo XIX la ruina total de nuestra industria sedera, con su doloroso tributo a la emigración, a la decadencia, a la vulgaridad...

Buen número de tejedores y mercaderes, de artesanos y potentados alzaron el vuelo. Y los que aquí quedaron no tuvieron otra opción que poner sus afanes y esperanzas en el agro: concretamente en la viticultura.

En tan tristes circunstancias resulta curioso el hacer notar que, pese al desquiciamiento local, en nada menguó la fiebre política que devoraba a nuestros abuelos: ufanos de su invicta milicianada y de su delirante presencia en todos los pronunciamientos y trifulcas de signo liberal.

En medio, pues, de este río revuelto, como una flor primaveral, el 1.º de abril de 1870 venía al mundo en el humilde hogar del barbero Simón Serrano y Francisca Clavero el hijo deseado. Nació en la casa número 22 de la calle de Olivas (hoy, del Poeta Herrero), frente a la calle del Río Grande (hoy, del Poeta Serrano Clavero). Dos calles contiguas ofrendadas a dos grandes poetas requenenses.

Fue bautizado en la arciprestal del Salvador por don Marcos Martínez

de la Plata, siendo sus padrinos, don Marcos Sánchez y doña Juliana Ramos.

* * *

Los primeros balbuceos de aquel niño coincidieron con el encubramiento de la Milicia Nacional, reorganizada tras la *Gloriosa* para defender la población de las incursiones carlistas.

Pese al ajetreo de aquellas horas, Simón y Francisca eran plenamente felices ante la viveza y desparpajo de aquel tesoro que Dios habíales otorgado. Y a algunos que compartieron con él los años escolares oímosles decir que Venanciete «era de la piel del demonio, pero listo y simpático como ninguno».

Nuestro héroe nos legó alguna que otra anécdota escolar y un emocionante relato de la visita de despedida que, con su padre, hizo a don Telesforo López Burgos, su maestro. «No olvidaré nunca sus últimas palabras: —¡Lástima de muchacho, Simón! ¡Te hablo así porque quiero a Venancio como a un hijo!... Sólo sé que mi padre desfiló sin poder articular palabra, mientras yo me refugiaba en los brazos de mi maestro. Al desprenderme de ellos, le besé las manos y salí con los ojos arrasados de lágrimas.»

No en vano, nuestro poeta escribía desde tierras argentinas: «Si algún día volviera yo a Requena, imitando a los peregrinos de los Santos Lugares, iría a depositar un beso en el umbral de la escuela de don Telesforo.» Y años después sabemos que cumplió su promesa.

La estrechez económica de aquellos tiempos nos la evidencia el hecho de que, funcionando en nuestra ciudad el Instituto Libre de Segunda Enseñanza que dirigía don Estanislao García Monfort, el buen Simoncillo no podía hacer frente a los 1.500 reales por curso que se exigían a cada alumno... Y el muchacho no tuvo otra opción que adiestrarse junto a su padre en el prosaico quehacer de rapar las barbas y pelambreras de sus modestos clientes, pues los lauros del oficio se los llevaba el señor Rufo, el padre de los Pérez Carrasco, con sus tinturas y cosméticos; el sacamuelas Zarzoso y el sanguijuelero Rodríguez.

A Venanciete le apasionaba la lectura, leyendo y releiendo todo lo que caía en sus manos. A este respecto, diremos que, no lejos de su casa, junto al casino llamado «de los Conejos» (al hijo menor le llamaban Gazapo), vivía doña Loreto Sánchez, viuda de don José Trinidad Herrero y de la

Cárcel, diputado-secretario que había sido de las Cortes Constituyentes de 1854 y madre del que fue ilustre poeta y académico don José Joaquín. Conociendo dicha señora las cualidades y aficiones del avisgado barberillo, puso a su alcance la copiosa biblioteca familiar.

Ni que decir tiene que el barberillo-poeta vió los cielos abiertos.

* * *

El poeta Herrero, que pasaba las vacaciones junto a su madre, tuvo ocasión de conocer las aficiones literarias de aquel muchacho, animándole para que perseverara en ellas; «si bien, previa ordenación de sus lecturas a partir de Espronceda y de Bécquer para desembocar en la lírica, cuyo triunfo definitivo estaba a la vuelta de la esquina».

Serrano no echó en saco roto los avisos de su admirado paisano, prosiguiendo sus lecturas con desbordante afán. Baste decir que a los catorce años recitaba «como un papagayo» las más populares creaciones de los poetas decimonónicos. Y, por si esto fuera poco, con la audacia del autodidacta, comenzó a perfilar sus primeros versos que, según propia confesión, mantuvo en secreto durante largo tiempo. Años después, recordaba que tenía de ellos una vaga idea. Algo así como

 Mi padre tiene enjaulados
tres pardillos y un jilguero
que, pese a su triste estado,
alegran al carcelero...

Y el incipiente poeta vacilaba ante los versos siguientes que, según propia confesión, aludirían a los nidos, a las amenazadoras miradas del gato y... a sus intenciones de libertar a aquellas avecillas. También recordaba sus felicitaciones en verso a doña Loreto y a sus padrinos.

Los años floridos del barberillo-poeta seguían discurriendo en pleno desbarajuste local, amenizados por una politiquería infecunda y caciquil parapetada tras agresivas publicaciones semanales y «sin otro objetivo que adueñarse del mango de la sartén». Porque bueno sería decir que todas las fracciones políticas habidas y por haber, tenían su representación en esta ilustre y atormentada ciudad.

El Círculo Republicano Federal, ubicado en la calle del Carmen, esquina al callejón de los Frailes, era el que más bullía por entonces, pues organizaba en los claustros de lo que fue convento del Carmen, funciones teatrales, recitales poéticos y veladas musicales. En aquel recoleto recinto,

deslumbraba a nuestras sencillas gentes la oratoria campanuda y enfática de los tribunos locales... ¡Era lo que daba el tiempo!... Y allí inició nuestro héroe, «que no se arredraba ante nada ni ante nadie», sus públicas recitaciones con versos de Espronceda, Bécquer, Núñez de Arce, Balart, Llorente, Campoamor... Y todos ponderaban «el memorión», la gracia y desenvoltura del hijo de Simoncillo y Francisca, al que auguraban un brillante porvenir.

Pero a principios del verano de 1885 («El año en que se vendió el vino a duro la arroba; lo nunca visto, pues normalmente iba a peseta»), hizo su aparición el cólera morbo, que tan tristes recuerdos dejara en tiempos no lejanos. El pánico se apoderó del vecindario, refugiándose muchos en los caseríos comarcanos. Serrano, con algunos familiares, pasó algunos meses en Caudete y en las proximidades de Casas del Río, «leyendo poco y escribiendo mucho», según propia confesión.

Tan terrible azote, había enviado al sepulcro a unos seiscientos requenenses.

* * *

Aquel mozuelo jovial y decidido, dotado de singular pasión literaria y con ansias vehementes de superación, no tardó en integrarse con otros amigos en el Federal: el más bullicioso y combativo de los cuatro cenáculos republicanos de la población, donde nuestro precoz poeta dio a conocer las primicias de su ardiente numen.

De este acontecimiento local hizo Aurelio Solano, en el semanario *El Clarín*, el siguiente comentario: «¡Bien por Venancio Serrano!... Porque el mozo hizo gala de una gran facilidad en el arte de versificar y de recitar, así como una poderosa asimilación cultural, fruto de incesantes lecturas... ¡Bien por nuestro joven poeta!»

Conocemos algunas composiciones de su primera época; si bien, sospechamos que algunas fueron manipuladas posteriormente. La que incluimos nos la facilitó sor Cecilia de San Nicolás, hermana política del poeta y secretaria general de la Orden de la Consolación.

DIALOGO INFANTIL

Niño

Yo sé dónde se encuentra
un nido de gorriones.
Vente conmigo, Pepe.

Lo vamos a coger;
está en el agujero
de aquellos paredones,
pondremos la escalera
y abajo lo echaré.

Pepe

Si sabes donde se halla
el nido de gorriones,
no esperes que a cogerlo
contigo vaya yo.

Niño

No sé por qué resistes;
no sé por qué te opones.

Pepe

Porque para hacer daño
el que se opone es Dios.
Tu casa es como un nido
de amor y de venturas;
las aves que lo hicieron
tus buenos padres son;
tú eres el pajarillo
objeto de ternura...
¿Querrás que tu nido
lo robe algún ladrón?

* * *

Desde que Serrano puso pie en el Federal, comenzó a destacarse como uno de los jóvenes más entusiastas, no tardando en figurar en el cuadro artístico, del que fue el apuntador insustituible. También le vemos en todas las manifestaciones de raigambre popular. En cambio, llevaba muy a disgusto su prosaico oficio; sus aspiraciones no eran las de dar palique a los zafios con una navaja barbera entre manos ni eternizarse en el tan honrado y mísero gremio de la blusa y alpargata.

Todavía se acusaba por aquellos tiempos una fuerte diferenciación social entre «los de arriba y los de abajo». Puede afirmarse que la vida lánguida que amodorraba la ciudad era sacudida por los jóvenes artesanos y dependientes de comercio (representaciones teatrales, veladas literarias, músicas, romerías, rondas de mayo, comparsas carnavaleras, etc.).

Al fin, Venancio Serrano consiguió lo que anhelaba, ya que, tras la victoria electoral «de los suyos», fue agraciado con una plaza de «chupatin-tas» en las oficinas municipales.

Nuestro hombre era plenamente feliz. Había dado un paso definitivo en su vida, pues confiaba en su juventud y en sus ambiciones, en su buena labia y mejor pluma.

Pero... aquel flamante empleo municipal duró unos meses, pues los federales eran desplazados por los fusionistas; luego se encumbraron los conservadores, los centralistas... inaugurando el joven federal con su equipo una vergonzante etapa de cesantías y reposiciones.

Esta decepcionante realidad, unida a morbosas lecturas y a los dramones que en el Teatro Jordá representaba don Juan Colom, ídolo de nuestros abuelos, debieron influir en el ánimo del incipiente poeta, de cuya pluma salió por entonces (1888) el siguiente desvarío:

MEMORIAS DE UN SUICIDA

(Tres fechas)

25 de octubre. Esta mañana
ha bajado a la tumba mi buen padre.
¡Qué dolor más terrible; ya en el mundo
nada existe que pueda consolarme!

13 de abril. Anoche ha fallecido
mi pobre esposa, mi querida Carmen.
¡Tal pérdida me agobia, me asesina!
¿Puede, Dios, existir pena más grande?

17 de enero. Ha muerto mi hijo...
¡Pobre hijo de mi amor! ¡Ha muerto de hambre!
En la fosa común le han enterrado...
¡Perdón, Dios mío!... ¡Voy a suicidarme!

Aunque en otras composiciones de su primera época entrevemos algún que otro resabio de esta deprimente manera de hacer versos, nuestro poeta pronto cayó en la cuenta de que había equivocado el camino.

2. EN POS DE UNA VOCACION

Tras el desplome de nuestra industria de la seda, los jóvenes que no quisieron trocar la lanzadera por el legón, levantaron el vuelo, situándose muchos en Valencia y Barcelona. Serrano, más afortunado, alcanzó un puesto

en la oficina de Consumos (donde, según propia confesión, «consumía el tiempo entre prosas y versos»).

Al tanto de todos los chismorreos políticos, nuestro hombre se propuso desde su baluarte «hacer méritos» para complacer a sus favorecedores. Y su pluma dio un viraje hacia el género satírico-jocoso, poniendo en solfa «a los de la acera de enfrente» con gracia e ingenio nada comunes. Estos singulares recursos pronto fueron aprovechados por los «cucos y cuclillos» agazapados tras la irresponsabilidad del joven escritor.

Fue en la oposición donde aquel barbián impulsivo templó su acerada pluma —ya tan popular como temida— en ardorosas campañas, disparando desde los periodiquillos locales andanadas dignas de mejor causa.

Veamos un ejemplo:

LOS DOS ALCALDES

Nombraron a mi amigo Celestino
alcalde del lugar de Villaespino,
cargo oficial que Andrés desempeñaba
y cuyo alto ejercicio le engordaba.

Recibió Celestino el nombramiento
y murió de alegría y de contento;
y Andrés, al recibir el cese injusto,
reventó de coraje y de disgusto.

(Estos hombres que van al municipio
suelen tener mal fin o mal principio.)

Inmerso en aquel torbellino de turbias rivalidades, Serrano promovió implacables campañas, «contra caciquismos y corrupciones, ignorancias y ambiciones»...

* * *

Estas despiadadas campañas desde los semanarios locales granjeáronle el aplauso de unos y la prevención de quienes venían considerándole como un joven tan audaz como iluso, al pretender arreglar este pícaro mundo con utopías y versos revanchistas como éstos de

EL GRAN CARNAVAL

Nuestra misera vida,
si bien se piensa,
es una mascarada
grandiosa, inmensa.

Todo es en este mundo
ficción y engaño...
¡Máscaras y caretas
hay todo el año!

A la mamá política
sonríe el yerno
y facturarla quiere
para el infierno.

La viuda que al esposo
llora afligida,
a un sustituto tiene
la red tendida.

Junto al que se ha enriquecido
siendo un canalla,
el aplauso del mundo
férvido estalla.

Un amigo te ofrece
un afecto puro...
¡cuando quieras probarlo
pídele un duro!

Hasta en los altos cargos
es la careta
prenda útil y valiosa
de la etiqueta

Disfrázase el imbécil
de inteligente;
el granuja se viste
de hombre decente.

Al que ocupar consigue
puesto elevado,
se le finge un respeto
desmesurado.

Hay alma que se siente
de dolor llena,
y al dolor ante el mundo
muéstrase ajena.

El antifaz del rostro
nadie se quita:
muchas veces el hombre
va de levita...

Y el amor que parece
más verdadero
está en razón perfecta
con el dinero...

* * *

Al margen de estos versos impropios de un espíritu selecto, de su numen van brotando estimables producciones; si bien, impregnadas de un romanticismo trasnochado y pesimista, artificioso e insincero, como vemos en

EL CLAVEL

En el humilde aposento
ángulo de un cuarto piso,
a la luz de rota lámpara,
temblando de hambre y de frío,
el pobre poeta escribe
su drama de amor y de olvido.

Es el poema doloroso
de su corazón marchito,
la historia de un amor falso
que hundió su alma en el abismo.

El, soñador; ella, hermosa;
horas de fugaz idilio
que rompe un día la ingrata
casándose con un rico.

Ni han vuelto a verse... El poeta
teje con versos el hilo
de aquella historia de amores
que por traición se deshizo.

Y en las sonoras estrofas
vuelca el alma su martirio,
la perfidia de la amada,
la grandeza del suicidio.

.....
Cayó el telón. En la sala
estalló, robusto y vivido,
el aplauso que consagra
del escritor el prestigio.

Ella, la mujer traidora,
en compañía del rico,
sus manos ensortijadas
juntó en aplauso instintivo.

El poeta salió a escena,
glorificado y ungido.
La hermosa arrancó del pecho
un clavel sangriento y fino
y lo lanzó al escenario.

El poeta, grave y digno,
sobre la flor puso el pie
y lo aplastó vengativo.

* * *

El ya popular vate requenense —noctámbulo y enamorado—, confiesa que tuvo varias musas «hasta que halló su consuelo en Consuelo». En efecto: el 6 de junio de 1891, en el templo del Carmen, contraía matrimonio con doña Consuelo Claramunt Ramos (1872-1936).

Por estos años, Serrano Clavero escribió las letras de diversas composiciones corales a las que ponía música su amigo el maestro don Mariano Pérez Sánchez, director del orfeón «El Iris».

Todavía se recuerda aquello de

Sobre la blanca espuma
del rumoroso mar,
copia la triste luna
su misteriosa faz...,

así como la deliciosa barcarola que exhumó y grabó la Rondalla
y Coros de Requena:
Como la flor en el bosque
se abre a los rayos del sol,
así a tus dulces miradas
mi alma sencilla se abrió....

A estos años corresponde la siguiente fabulilla:

EL BURRO Y EL RUISEÑOR

En las ramas de un álamo frondoso
lanzaba un ruiseñor su canto hermoso,
y, atado al pie del árbol, un jumento
los dulces trinos escuchaba atento.

Envidioso de tanta galanura,
anhelando imitar trova tan grata,
el burro alzó un pata,
arrancóse el bozal con la herradura,

y lanzó con profundo y fiero brío
un rebuzno de padre y señor mío.
(Por eso cuando canta el orfeón
hay burros que interrumpen la canción.)

También escribió la letra del Himno a Ntra. Señora de los Dolores
(música de Pérez Sánchez) y esta popularísima

ORACION

Salve, Virgen mía,
rosa de pasión;
luz inapagable
de mi corazón.

Guíame en el mundo,
líbrame del mal,
nunca me escatimes
tu amor maternal:

El pueblo te ofrece
su cariño fiel;
tu pueblo te pide
que veles por él.

Virgen Dolorosa,
Madre celestial,
ruega por nosotros,
líbranos del mal.

Dame un novio guapo,
cuanto antes, mejor,
que sea muy dócil
y trabajador.

3. LLUVIA DE VERSOS

La natural inclinación del vate requenense sigue fiel a su predilección temática; si bien, influenciada por los grandes maestros del romanticismo, como puede observarse en los poemas *Amor imposible*, *Dolencia desconocida*, *Regalo de Reyes*, *Delirio*, etc.

Pero la vena humorística de nuestro poeta hállase presente en cualquier acontecimiento de la vida local. He aquí un botón de muestra:

NUPCIAS

Deseosos de calmar
vuestro amante frenesí,
cambiasteis ante el altar
el enamorado «sí».

Ya habéis alcanzado el premio
que vuestro afecto anheló,
¡Ya pertenecéis al gremio
al que pertenezco yo!...

De tu soltería el cerco,
encontró, Zarzoso, fin,
¡bien dicen que a todo puerco
le llega su San Martín!

Las filas has engrosado
del matrimonial partido.
¡Dios que te haya perdonado,
y a mí que no me eche en olvido!

En este incesante gorjeo, el ruiseñor requenense supo granjearse la admiración de sus paisanos; pues, aparte de la producción que pudiéramos calificar como «seria», no tuvo rival al trazar algunas escenas jocosas y cuadros costumbristas que, sin duda, fueron mucho más celebrados que sus ambiciosos sueños románticos. Leámosle en

¡PLANCHA!

Al salir de la novena
por vez primera la vi.
¡Válgame Dios, qué morena!
¡Buena, buena, buena, buena!
(como dicen por ahí).

Al verla, amados lectores,
—perdonadme si desbarro—
me entraron unos sudores...
que la seguí sin temores
y llenándome de barro.

La acompañaba una vieja
de encorvado y seco talle,
de cana y mustia guedeja,
y que andaba por la calle
igual que una comadreja.

La morena me miró,
y al encontrar mi mirada
que la suya devoró,
la vista al suelo bajó
sonriente y avergonzada.

De audaz y terco pequé
en todas las obras mías;
a la muchacha asedié,
y de las Carnicerías
la faltal cuesta bajé.

¡Siempre poseer ansiamos
lo que privación implica!...
Miré y me miró la chica
y de este modo cruzamos
la calle de la Botica.

Me propuse con cachaza
dar, con mi aspecto leal,
a aquella morena, caza...
y así cruzamos la plaza
llamada del Arrabal.

En mi amoroso embeleso,
ingenuamente confieso
que hice de veras el oso,
y en estado tan gracioso
llegué a la calle del Peso.

Detúvose la ochentona;
dijo algo con voz temblorosa
a aquella de mi amor prenda
—cuyo recuerdo aún me encona—
y entraron en una tienda...

Puesto que es el comerciante
entusiasta amigo mío,
no encontrará extravagante
si entro en su tienda un instante...

Y entré dispuesto a vencer
en mi amorosa contienda;
más ¡ay! que no pudo ser
porque dentro de la tienda
¡me encontré a mi mujer!

* * *

4. TRISTE REALIDAD

Nuestro apasionado trovero, al fin, debió prestar oídos a quienes bien lo querían; ya que él, como la cigarra de la fábula, nunca hubiera caído en la cuenta de que estaba dilapidando sin pena ni gloria su ingenio y su juventud, mientras que algunos de sus paisanos (Gil-Orozco, Martínez Checa, Elías García, Pérez Carrasco, Gil Ballester...) habíanse abierto un halagador porvenir. El, en cambio, permanecía como anclado en aquel estrecho ámbito de luchas caciquiles, indolencias y noctámbulas tertulias... Y es fama que, alentado por su esposa, en abril de 1892 decidió poner rumbo a la capital para consagrarse al periodismo.

En Valencia sufrió la primera decepción al enfrentarse con correigionarios y periodistas, quienes se lo quitaron de encima pretextando que «sobraban plumas de pavo real y escaseaban las plumas de cuatro reales». Don Teodoro Llorente le brindó las columnas de *Las Provincias*. Luego pasó a *El Pueblo*, con Vicente Blasco Ibáñez.

Alentado por su amigo y paisano el periodista Julián Pérez Carrasco, en octubre de 1893 Venancio Serrano Clavero marchó a Barcelona, trabajando en la revista *La Saeta*, en *El Noticiero Universal* y en otras publicaciones, pero no consiguió estabilizar su vida en aquellos difíciles tiempos. A ellos corresponden *Mi campanica* y el bellissimo poema *Nostalgia* que se incluyen en *Rosal de España*, y en el que nuestro vate no pudo hacer mejor y más expresiva síntesis de su estado de ánimo; ya que, meses después, quebrantado de cuerpo y alma, regresaba a sus lares.

* * *

En Requena, donde nuestro hombre se desenvolvía como el pez en el agua, no tardó en hacerse cargo de uno de los semanarios más ponderados que vieron la luz en nuestra ciudad: *El Eco de la Región* (1894-1895). También volvió a la oficina de Consumos.

En dicho periódico, siempre al servicio «de los de su cuerda», publicó versos y prosas rezumantes de ingenio e intención («Cosas de Venancio», decía la gente), siendo los temas predilectos los relacionados con «la cosa municipal», con la miseria de los tiempos y hasta con sus propias desventuras. Porque Serrano Clavero —genio y figura—, llegó a reírse de su sombra; muchas veces olvidando la propia estimación.

Veamos algún que otro extracto de las crónicas que publicó en *El Eco de la Región* con el seudónimo de «Cleto»:

«Los contribuyentes nos estamos consumiendo. Lo digo por los consumos... El reparto de este año ha consumido nuestro buen humor y amenaza consumir nuestro bolsillo. Por más que éste: *¡Consumatum est!*... Durante la semana se ha desarrollado en nuestra ciudad la epidemia «papeletera». De la peste se han librado algunos vecinos (los que por ser concejales están en gracia)... La enfermedad se declaró el miércoles anterior, tomando rápidas proporciones. Los atacados de «consumosis» presentan los siguientes síntomas: una papeleta en el bolsillo, gesto avinagrado, temblor de dientes y los puños cerrados.

...A mí, a Dios gracias, también me extienden papeleta; pero digo como Querubini: *«Non li pago.»*

«Lo mismo que me lo temía ha llegado. Me refiero al invierno. No sé por qué, allá por septiembre, me dió el corazón que para estos fríos no tendría yo capa nueva... ¡Maldita sea mi sombra, si el día de San Nicolás no estreno capa!... La capa todo lo tapa, dice el adagio; pero llevo yo una chaqueta que por la espalda parece la tabla de edictos del Ayuntamiento. El traje es un expediente de atrasos... En Valencia me quiso comprar un traperero. Yo no quiero venderme y esto disgustó mucho a un político amigo mío, que también tiene trapos que algún día saldrán a relucir... Volviendo a mi actual capa, es decir, al boceto de capa que poseo, he de confesar que tiene más agujeros que la Ley. Cuando salgo con ella, parezco la silueta del Ayuntamiento con las atenciones municipales: Todo son descubiertos...»

«Un mes nada menos hemos estado padeciendo bandos sin música. La corneta vieja del municipio se ha gastado, como todo lo de aquella casa prehistórica... El pregonero se ha pasado la vida soplando (en el buen sentido de la palabra)... La verdad es que un bando oficial sin el obligado «tararí», parece un pregón de sardina. Pero, al fin, ya tenemos corneta nueva... Para los contribuyentes, esa trompa épica representa la trompeta del Apocalipsis... Cuando suena para fijar el período de elecciones, aquello es un toque de rancho o de pienso... Cuando anuncia la cobranza de Consumos, ya se sabe: paso de ataque... Si convoca a la junta de Riegos, ¡a dar agua al macho!... Para el bando de buen gobierno, debe emplearse el toque de silencio...»

* * *

Sin duda, estos años de fines del siglo XIX y principios del XX son los más fecundos y desiguales del popular trovador requenense que, además

de poner su pluma al servicio de nuevos semanarios (*Cleto, El Baluarte, El Somatén...*), escribió para el teatro:

Requena por dentro o el sueño de un desdichado. Revista cómico-literaria, con música de Mariano Pérez Sánchez y Casimiro Pino Lavara (Imp. Valencia, 1894).

Trátase de una crítica paralela a la *Gran Vía*, en la que se ridiculiza la anemia local de fines de siglo personificada en don Vino, don Alumbrado Público, doña Plaza de Toros, doña Casa Consistorial, etc.

Todo queda en casa, Juguete cómico (Imp. Requena, 1896).

¡Patria! Monólogo en verso alusivo a las guerras coloniales. Dedicado a la actriz María Santoncha (Imp. Valencia, 1897).

El Secreto. Monólogo en verso (Imp. Valencia, 1897).

Señores: Soy de Aliaguilla.

Soy el sacristán de allí...

(Al apuntador)

quite usted la campanilla
que me estorba un poco... ¡Así!

Estoy chiflado por una
chica de aquí muy morena
y que tiene una fortuna
en lo mejor de Requena.

Ella estuvo este verano
en mi pueblo una semana;
me hice amigo de su hermano
y así me acerqué a la hermana...

En fin, para terminar,
que la chica me atendió
y que, bien a mi pesar,
a Requena regresó.

Aquí, al cabo de dos meses,
vengo por las causas esas.
¡No traigo más intereses
ni me avengo a más empresas!

Anoche llegué de allá,
corrí, llamé, me miró...

—Sisenando, ¿aquí estás ya?

—Sisebuta, ¿aquí estoy yo!

—Verte mañana me inquieta
¿Te veré... —Desde la esquina.
Vendré con la bicicleta.

—Llámame con la bocina...

Hoy llego al anochecer,
¡pi! ¡pi!, suena la señal
y ella no se deja ver
para aumento de mi mal.

En vano desde la esquina
oprimo con mano inquieta
la reluciente bocina
de mi limpia bicicleta.

La gente, gastando guasa,
llegó a rodearme al fin
y yo, con fuerza no escasa,
de un saltó gané el sillín.

Monté muy mal, lo confieso,
me tiraron un tomate,
entré por la calle del Peso
y rompí un escaparate.

Salió el dueño, yo escapé
sintiendo afanes prolijos
y en el Portal me atasqué
¡en un montón de botijos!

Se irritó la vendedora,
escapé con dobles ganas
y atropellé a una señora
al cruzar por Cantarranas.

Una muchedumbre inmensa
corría detrás de mí
y hasta escuché cierta ofensa...
y, por prudencia, seguí.

Mis ideas intranquilas
me impulsaron a correr...
y en la fuente de las Pilas
¡casi maté a una mujer!

Seguí sin decir palabra
y en la huerta de Tarás
espanté un burro, una cabra...
¡y me espanté yo además!

¡Todo a mi paso era escollo!
La gente gritaba: ¡Pillo!
Llegué al camino del Rollo
y ¡zas! derribé a un chiquillo.

—¡Animal! ¡Salvaje! ¡Bruto!
¡Correr, que cogerle apremia!
¡Esto es un día de luto!
¡Esto es más que una epidemia!

Y mil piedras sin cesar
lanzaba la turba impía
al tanto que yo, al azar,
pedaleaba y corría.

—¡Quién se volviera paloma!—
loco de angustia pensé,
y entonces llegué a La Loma
¿qué por dónde? ¡No lo sé!

Tendió la noche su manto,
como diría el poeta;
y dominando mi espanto
detuve la bicicleta.

Gracias a la oscuridad
pude llegar hasta aquí,
¡vaya si es formalidad
la que pesa sobre mí!

Yo que soy un inocente
y que carezco de vicios,
de una manera inconsciente
he causado estos perjuicios...

Si alguna víctima mía
me oye, a rogarle me atrevo,
que pase a contaduría
y me diga cuánto debo.

Que no me pida un derroche
ni me considere un pillo,
porque me encuentre esta noche
sin un cuarto en el bolsillo.

Puede seguir la función
aunque este belén me agobia,
pero entonces... ¡por compasión!
¡que no se entere mi novia!

El prospecto. Apropósito en un acto. Dedicado a la actriz Amparo Guillén (Imp. Requena, 1900).

Cosas del otro mundo. Parodia agridulce, en verso. Estrenada en el Teatro Principal de Valencia (Imp. Valencia, 1902).

Asentada ya sobre sólida cimentación, la obra literaria de Serrano Clavero se asoma a las páginas de prestigiosas publicaciones (*Bellas Artes*, de Valencia; *Heraldo Literario*, de Madrid...). Y en el *Almanaque de Las Provincias* de 1901, se incluye el siguiente fragmento «de una obra en preparación»:

LA IDEA

¡Oh, idea, que cansada y perezosa,
duermes el del amor sueño tranquilo,
y te repliegas, ebria de placeres,
de mi cerebro en el rincón sombrío!

Dios te creó para misión más alta;
Dios te infundió para mejor principio;
y ni rendida al amoroso halago,
ni esclavizada por el torpe vicio,
has de caer, como bacante estúpida,
en saturnal festín, harta de vino.

Tú eres la relación maravillosa
que lo mortal enlaza a lo infinito,
y, viniendo de Dios, a Dios retornas
siempre que el hombre, de la ciencia al brillo,
presiente y adivina lo ignorado,
su origen, su existencia, su destino,
la noche de su ser: ¡cuna y sepulcro!
¡Eterno enigma del humano espíritu!

Inextinguible rayo poderoso
que sondea las sombras del abismo,
de la ciencia sorprendes los misterios
y al porvenir señalas su designio.
En tu lucha tenaz con los idólatras
llegaste a conmover los viejos siglos...
la ráfaga deista arrolla y rompe
la figura del Hércules egipcio;
en las tartesias costas, los cadáveres
son colocados en los altos riscos,

y las feroces aves turdetanas
clavan sus garras en los miembros rígidos,
para llevar después, con vuelo tardo
a presencia de Endóbel los espíritus.

Del profeta Ezequiel la voz sagrada
déjase oír en la orgullosa Tyro;
los ídolos de Osiris y Anubis
de sus grotescas aras caen vencidos;
un Algo superior adivinando,
alzan sus piedras blancas los fenicios;
la mano de la fe reduce a polvo
pirámides, efigies y obeliscos,
y es la Atlántida templo consagrado
al culto extraño de un extraño rito.

El escita feroz, junto al mar Caspio,
a Júpiter ofrece su sacrificio
mil víctimas humanas, cuya sangre
recogida en los cráneos, es el vino
que ante la tosca efigie, ansiosos, beben
del Cáucaso oriental los torpes hijos,
en tanto que el indígena del Asia
despedaza en su altar a los cautivos
y con cabezas trucas adornado
recibe adoración grotesco símbolo.

¡Qué espacio de pavor y de negrura
separa de los tiempos primitivos
al Gólgota, la Cruz y el Nazareno,
alborada feliz del Cristianismo!

Tú fuiste, Idea, el poderoso impulso
que hizo polvo los tronos y los ídolos;
desde un polo a otro polo te lanzaste
a transmitir la voz de Jesucristo.
Y como al fondo de la obscura gruta
llega el rayo de sol, ardiente y vívido;
así hasta el alma, que entre sombras yace,
llegó la fe con esplendente nimbo.
Sembrastre la concordia entre los hombres,
a tu ley fraternal reconocidos,
¡y hasta el trono de Dios suben grandiosos
de las naciones los sublimes himnos!

* * *

En diferentes ocasiones observamos una placentera inclinación del poeta hacia determinadas disquisiciones filosóficas y hacia los más diversos aspectos de la naturaleza. También airearemos su preferente inclinación por las ideas filantrópicas, así como a los apóstoles de la humana solidaridad y por el triunfo de la razón sobre la fuerza. Y, con respecto a sus andanzas políticas, diremos que cuando naufragó el federalismo local, uniósse a los republicanos centralistas y, luego, a los castelarininos. Por cierto que, con motivo del fallecimiento del insigne tribuno, se editó un folleto titulado *Requena a Castelar* (Imp. Valencia, 1899), en el que figuran de nuestro vate los siguientes versos:

LA LIRA ROTA

Cantos para Castelar
no tiene la musa mía.
¿Quién prestó más luz al día
y más grandeza al mar?
¿Qué lira puede imitar
lo dulce de aquel acento
que gozoso llevó el viento
con giros halagadores,
y era luz del pensamiento
y envidia de ruiñeñores?

Palabra de influjo tanto,
que, humilde a la voluntad,
era ronca tempestad
o melancólico canto.
Magnetismo sacrosanto
que unía los corazones
en iguales emociones,
era su forma galana
asombro de las naciones.

¡Castelar! Para llorarle
y honrar tu saber profundo,
ni hay lágrimas en el mundo
ni grandezas en el arte.
Tú fuiste el firme baluarte
de la nación española...
¡Pobre mártir que se inmola
y tras la pelea dura
llora ante tu sepultura,
quedando huérfana y sólo!

¡Ya no, al amable conjuro
de tu acento regalado,
cobrará vida el pasado,
para ti jamás obscuro!
En el agrietado muro
y en la enmohecida reja
de la fortaleza vieja,
encontró la inspiración
maravillosa conseja
e histórica lección...

Tantas benditas memorias
se fueron con Castelar,
que su cuerpo al enterrar
enterraron nuestras glorias.
Caballerescas historias,
admirables devaneos,
justas, zambras y torneos,
todo el antiguo esplendor
cayó con el trovador
¡español sin Pirineos!...

* * *

Día inolvidable para el trovero requenense fue aquel radiante 5 de julio de 1903.

En la Glorieta de Valencia celebróse un homenaje organizado por *Lo Rat Penat* y el Ateneo Científico en honor del patriarca de las letras valencianas don Teodoro Llorente y Olivares. En dicho acto intervinieron las más altas figuras de la intelectualidad valenciana, sonando a gloria los siguientes versos que nuestro poeta recitó con emoción profunda:

AL MAESTRO LLORENTE

Yo también, a esta mesa de florista,
traigo, maestro, mis humildes rosas.
Harto sé —y el saberlo me contrista—
que mis flores no son las más hermosas.

Las cogí en los picachos de la sierra,
y, al percibir su natural aroma,
no te asombre en sus hojas hallar tierra
o el perdido plumón de una paloma.

Pobres son en matices y en olores;
sus gracias, tan mezquinas,
que al señorial jarrón no van mis flores.
Las cogen los pastores
para adornar cabezas campesinas.

Verás que en este desigual manojo
que a tu corona de laurel agrego,
todo es mezquino y flojo:
las amapolas de vuelillo rojo,
romero en flor y quebradizo espliego.

La musa que modela mis canciones
no es musa cortesana;
huye del lujo, de espléndidos salones,
y con hojas de hiedra se engalana.

No sabe ella cantar delicadezas,
no rendir mentirosas cortesánias;
no conoce escolásticas lindezas
ni llega a ti con pérfidas falsías.

Ella aprendió sus cantos en la augusta
soledad de los valles, en la choza
donde esconden su faz triste y adusta
los viejos padres y la casta moza,
al recuerdo del ser idolatrado
que en extraña región murió olvidado.

La imponente quietud de estos hogares,
la esteva en el barbecho abandonada,
de los sufridos parias los pesares,
a mi musa indignada,
arrancaron enérgicos cantares.

Sus estrofas mejores
son para los oscuros luchadores
que en el surco, en la mina o en el tajo,
celebran, sofocando sus dolores
la sacrosanta misa del Trabajo.

Hoy de los montes la empinada cuesta
abandonó mi musa sonriente
para asistir a la dichosa fiesta
del levantino trovador Llorente.

Por eso canta aquí, por eso ansía
ceñir a la cabeza venerable
de su íntima y grandiosa simpatía.

Como en el hondo surco la simiente
con creadora acción vierte el labriego,
así tu, sembrador inteligente,
viertes de inspiración el vivo fuego.

También como el obrero del andamio,
tú cantas y construyes
confundiendo en gracioso epitalamio,
del grave historiador la razón fría
y del bardo la ardiente fantasía.

Deja, maestro, que en tu sien gloriosa
que en raudales de luz el genio baña,
deposite mi musa temblorosa,
como ofrenda amorosa,
las flores que he cogido en la montaña.

De Valencia el artístico portento
cantas, investigando los escombros
que remueve en la historia tu talento.

El mejor monumento
está sobre tus hombros!

* * *

5. CUATRO TITULOS IMPORTANTES

Ya por entonces intuimos en nuestro ilustre paisano ese aplomo, esa plenitud literaria que le permite trenzar diferentes estilos en los que hace gala de sus recursos y facilidad versificadora. Como lo evidencian las siguientes producciones:

Docena de fraile: Composiciones festivas en las que el poeta evidencia una vez más la lozanía de su ingenio (Imp. Valencia, 1897, 64 págs., en 4.º. Prólogo de José María de la Torre). Veamos una de sus trece composiciones:

ORTOGRAFIA

¿Que quieres aprender Ortografía
para evitar así que yo me ría
de tus cartas?... ¡Horror!... ¡Nunca, bien mío!
¡No aprendas, por favor! Yo te lo ruego.
¿Para qué aprender, di? ¡Si no me río!

Bien al contrario, enamorado y ciego,
cuando leo tus cartas, me entusiasman
esas haches que pones
en amor, en infiel, en ilusiones.

Tan pequeños descuidos no me pasan.
¡Con que yo soy poeta
y escribo a veces cazador con zeta!
Es una tontería
que quieras aprender ortografía.

Cumple al pie de la letra mi consejo.
¡Tienes más poesía
cuando escribes con «g» caja y espejo!
Yo nunca me he quejado ni me quejo
de que escribas vivir con «b» de burro;
y es que lo mismo da, según discurro,
poner en cajón «g», y en gallo «j».

Por último —y tercero no me taches—,
para ser yo dichoso, tú me bastas.
Pero, por Dios, cuando me pongas hastas
ponlas, acuérdate, con muchas haches.

Jarrón de flores. Ochenta y tres deliciosos madrigales y silu^uetas de las jóvenes requenenses de su tiempo (Imp. Requena, 1900), trátase de una réplica a otro libro similar del ingenio requenense Manuel García Lledó titulado *Claveles y violetas*, impreso en el mismo lugar y fecha. Veamos un ejemplo:

D. V.

Ojos que roban la calma,
labios que son un capullo,
frente pura como su alma,
acento que es un arrullo
y talle como una palma.

La albura de la azucena
tiene su mano elegante;
mirada dulce y serena...
es la joya más brillante
de la ciudad de Requena...

No doy detalles mejores,
permitidme, pues, que calle.
Ella es flor entre las flores



El poeta con su esposa, padres e hijos (Grao de Valencia, 1902)

y se olvidan los «dolores»
con esa reina del «valle».

Y entre otros muchos madrigales que ofreció a las requenenses de su tiempo, incluiremos el dedicado a Pilar Viana Tarín:

Como junco flexible es su cintura
de airoso busto y citador sostén.
Son sus ojos de mirada pura,
dos luceros que ofrecen dicha y bien.

Más blanca que la nieve de la sierra,
es el color de su serena faz.
Y es un ángel que está sobre la tierra,
llevando en su alma discreción y paz.

Es alta, bien formada, cariñosa...
sufre por el ajeno padecer,
y aunque Dios quiso hacerla tan hermosa,
la modestia es el norte de su ser.

De Olivas en la calle está su casa,
forma esquina donde hay guardacantón.
Y a todos los pesares pone tasa,
la Virgen de su nombre en Aragón.

Rebeldías. Veinticinco poesías calificadas de «revolucionarias» por el simple hecho de recrearse el autor con las miserias e injusticias humanas (Imp. Valencia, 1903). Veamos un ejemplo:

LA BARRICADA

Sobre la irritada turba,
como avalancha feroz,
de los húsares lanzóse
el aguerrido escuadrón.

En las toledanas hojas
quebraba su luz el sol,
los jinetes inclinaban
su busto sobre el arzón,
la izquierda mano en la brida,
dejando el estrago en pos
y hundiendo la fina espuela
en el vientre del trotón.

A la ruda arremetida
la turba se replegó,

buscando en la barricada
parapeto defensor.

Sobre el roto adoquinado
que la sangre enrojeció,
exhalaban los heridos
rudos ayes de dolor.

Tras la recia barricada
en apretado montón
juntáronse los paisanos,
y osada mano clavó
en lo alto de aquellas piedras
un guiñapo tricolor.

Por la angosta bocacalle
y en correcta formación,
de bisonos cazadores
una compañía entró.

Sobre ellos la barricada,
con indecible furor,
como volcán desatado
plomo y piedras vomitó.

Paráronse los soldados
y «¡fuego!», rugió una voz.
Terrible nube de balas
sobre las piedras cayó,
y una vez más con su sangre
pagó el pueblo su tesón.

La derribada bandera
un granujilla cogió
y trepando por las piedras
con entusiasmo y vigor
clavóla de nuevo arriba,
gritando con brava voz:
—¡Abajo la tiranía!
¡Viva la revolución!

Sonó una horrible descarga...
y el granujilla cayó
salpicando con su sangre
el guiñapo tricolor.

Venganza. Poema de altos vuelos editado por el Ateneo Científico y Literario de Valencia (Imp. Valencia, 1905). Consta de 530 versos, basados en un hecho real. De él se ha dicho que «es de tan delicada e irreproachable

factura, de tan alta y soberana concepción, que bastó por sí sólo para consagrar el nombre literario de Serrano Clavero.»

Además de estas cuatro obras, nuestro poeta dio cima por estos años a diversas producciones teatrales que representaron los aficionados locales, porque bueno será decir que en los albores de la presente centuria, destacaron aquí excelentes conjuntos teatrales, que lo mismo le daban a la comedia que a la zarzuela. Todavía recordamos a Providencio, Suárez, Moya, Marcelino, Soteres, Zanón, Segundo, Lechuga, García de Leonardo, Cebrián, etc.

Entre los ensayos líricos de aquella etapa recordaremos también su zarzuela *El arte de cazar hembras* (1905), con música de Pérez Sánchez.

6. EXITOS Y FRACASOS

Apremios y zancadilleos endurecieron la vida incómoda de aquel soñador que, dicho sea de paso, incurrió en no pocas contradicciones, llegando a perder los estribos al adoptar actitudes insólitas frente a sus detractores, como se transparenta en estos rotundos versos:

REPTILES

Arrojad, miserables, la saliva
con que el odio emponzoña vuestras lenguas;
sobre mi nombre honrado y mi fe viva
no lograréis dejar crespón ni mengua...

Verted en el laurel, que es mi fortuna,
el veneno, evitando que os ahogue,
¡es el honor cual veneciana luna
y la difamación gota de azogue!

En mis obras clavad vuestros colmillos;
golpead sin temor mi altiva frente;
¡vosotros, a caer como martillos;
yo, a brillar como yunque resistente!

Y así, de mi tesón y vuestro azote,
saldrá la creación perfecta y pura;
¡se forja a martillazos el lingote
y reluce después en la armadura!



V. Serrano Clavero

Asimismo, contrastando con las competencias pueblerinas y la poliquitería imperante, nuestro romántico poeta pugna por superarse en un constante afán creador, como si presintiera hallarse cerca del verdadero camino.

* * *

Pero al ruiseñor requenense, el ambiente que le subyugó y al que consagró sus mejores años, se le iba haciendo poco menos que irrespirable.

El poeta sentíase profundamente deprimido, desengañado. Y decidió marchar a Madrid con la esperanza de abrirse camino con la pluma. Las cosas no debieron irle bien, ya que poco después recalaba en Barcelona, donde se le unieron los suyos.

Frustrados una vez más sus sueños de gloria, harto de estrecheces y bo rrascas, tomó la heroica resolución de «cruzar el charco», como hicieran otros calificados arquetipos de la bohemia andariega.

Pero antes, sabemos que estuvo por el Midí francés (Port Vendres, Cerbère, Cette...) donde residían algunos de sus amigos requenenses dedicados al negocio de la exportación de vinos, sustituyendo a los «franchutes» de la tacita. Sin duda este viaje debió facilitar los planes del poeta.

Data de entonces su poema *La Frontera* (abril 1907).

De nuevo, en Barcelona y, previas las gestiones para dar cima a sus planes, con el pensamiento puesto en los suyos y en su ciudad amada, escribió estos conmovedores versos:

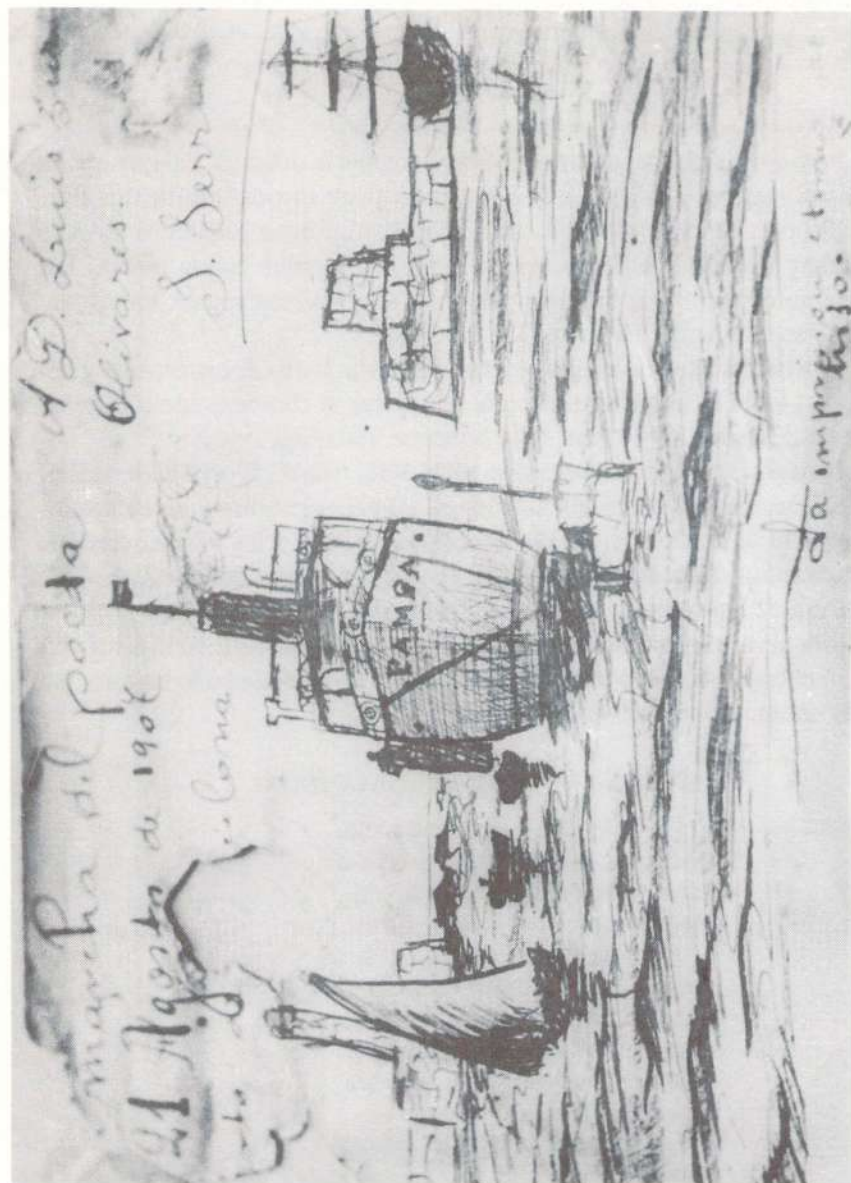
¡ADIOS A LA TORRE DEL SALVADOR!

¡Torre esbelta que altiva desafías
del tiempo insano los rigores crueles!

¡Mudo índice de piedra que señalas
donde la mayor paz hallarse debe!

¡Faro querido de aspereza y dicha
que con gozo saluda al requenense
cuando a través de brumas azuladas
vislumbra tu silueta informe y leve!

¡Yo te saludo! ¡Adiós, leal vigía
de Requena la noble, la valiente
ciudad donde mi cuna se ha mecido
y donde tuve mi paterno albergue!
Ya no más llegará hasta mis oídos
de tus campanas el sonido alegre,



José Serrano Claramunt, primogénito del poeta, tenía diez años cuando plasmó en este dibujo, la salida del «Pampa» del puerto de Barcelona

ni más de tu reloj el eco grave
que la cita amorosa me recuerde.

Lejos de ti, cuando al morir la tarde
el toque de oración al viento entregues,
¿se abrirán, por ventura, algunos labios
que una plegaria a mi recuerdo eleven
o mi nombre, tal vez, oscuro y pobre,
en el olvido sepultado quede?

.....

¡Adiós, coloso altivo! En nuestra ausencia
no temas que te olvide indiferente;
pues el mayor placer será que un día
cuando entorne mis párpados la muerte,
el metálico «adiós» de tus campanas,
tierra querida, hasta mis oídos llegue!

* * *

Fue en la mañana del 21 de agosto de 1907 cuando Serrano Clavero embarcó en el puerto de Barcelona, rumbo a la República Argentina, a bordo del vapor «Pampa». Tres meses después se le unían su esposa e hijos.

El vate requenense tenía entonces dos hijos: José Víctor (que destacó como pintor y literato) y Justino (que fue escribano en Buenos Aires). En Argentina nacieron Alvaro y Américo (fallecidos), Consuelo y Roberto.

Al cerrar esta primera etapa de la vida del poeta —vida irregular, colmada de sueños e insatisfacciones—, señalaremos que su copiosa creación literaria, a nuestro juicio, resulta tan confusa como desigual; debido, sin duda, a la prodigalidad de su obra y, también, al inevitable choque entre su arrebatada vocación y el ambiente en que se debatía.

Aunque cultiva los más diversos géneros con desigual fortuna, su producción romántica es la más pretenciosa y literaria; si bien, en buena parte de ella predomina un pesimismo tan lúgubre como artificioso, pródigo en lamentaciones y cementerios.

Por el contrario, en su producción satírico-jocosa transparéntase con toda sinceridad la otra cara del escritor que, si puso su ingenio al servicio de mezquinas politiquerías, sin duda, fue para mantener vivo «el fuego de sus convicciones y... el de su propio hogar».

De todas formas, hemos de considerar a nuestro insigne poeta como un hombre tan difícil como desafortunado; digno de mejor suerte.

Cuando, al fin, decide volar en busca de una estabilidad que hasta entonces no había podido alcanzar, Serrano rompe con lo populachero para inaugurar una segunda etapa en la que, como vamos a ver, se remonta hacia un lirismo deslumbrante, colmado de nobles ideales.

II

ARGENTINA, NOVIA DEL POETA

1. NUEVOS HORIZONTES

Bien poca cosa escribió nuestro poeta acerca de su desesperada resolución de abandonar la Madre Patria. Tampoco dejó constancia inmediata de tan larga y angustiosa travesía, sólo y abatido. Sin embargo, siempre creímos que esta insospechada resolución, tomada a la edad de treinta y siete años y con una esposa y dos hijos, no tendría nada de irreflexiva. Debió ser una réplica a tantos fracasos y desengaños; a la evidencia de que en España no había sitio para un hombre como él: soñador y generoso, aunque insumiso e incorregible. Un hombre que, según propia confesión, «no había nacido para esclavizarse en una covachuela ni para someterse a los caprichos de un amo».

En su poema *Alma andaluza* y en los desgarradores versos de *Camino adelante* dedicados a su esposa, entrevemos alusiones a aquellas horas angustiosas en las que, más que un fugitivo, parece huir de sí mismo. Aquí, en el solar hispano era un descentrado, indolente e incompendido; un bohemio que sólo sabía escribir versos, un rebelde, como ya hemos apuntado, a la más elemental subordinación que, al malograrse una y otra vez sus sueños de gloria, decide rehacer su vida lejos del nidal de sus amores.

Al poco de poner pie en las tierras del Plata, Serrano Clavero comenzó a trabajar de firme en el diario bonaerense *La Argentina*. Sus brillantes crónicas teatrales abrieron pronto las puertas de *El Diario Español*, también de Buenos Aires, portavoz de la numerosísima colonia española.

Resulta altamente curiosa la rápida transformación que se operó en la ilusionada mente del poeta. Maduro de experiencias literarias; en su imaginación fueron anidando, impregnadas de nostalgias y fervores patrióticos, ideas renovadoras que pronto cristalizaron en un lirismo melodioso y emotivo —«el arma secreta» de nuestro vate—; lirismo que en su incesante peregrinar por las inmensidades platenses, alcanzó resonancias épicas raya-

nas en un misticismo que no ha sido valorado en toda su magnitud. Porque durante largos años, del Chaco a la Pampa, el poeta requenense sembró de emoción española los núcleos de emigrantes, alcanzando creciente popularidad y admiración.

* * *

En pos de afanes renovadores, lejos de la inquietante zozobra que siempre gravitó sobre nuestro poeta, asistimos a una vigorosa y rotunda manera de hacer que reafirma su madurez literaria, matiza sus resentidos impulsos, estabiliza su vida e inunda de felicidad su hogar porteño. Todo esto era debido a que trabajaba con ilusión, cotizándose sus colaboraciones en diferentes revistas (*La Antorcha*, *P.B.T.*, *Mundo Argentino*, *Caras y Caretas*, *El Hogar*, etc.).

En *Caras y Caretas* publicó algunos retazos populares sobre temas requenenses, como el que damos a continuación:

«¡HA VENIDO MAYO! El «Mayo» de aquel año prometía ser sonado, pues en buenas manos estaba el pandero... ¡Ahí es nada!... Pedrete y Navalón: los mejores tañedores de vihuela de la comarca, y Segundo, con su vozarrón de sochantre, que lo mismo enfilaba una jota que un lacrimoso motete. En total: un par de docenas de músicos y cantores bien conjuntados por el maestro Pérez Sánchez, autor de la música, pues la letra era «del que sus escribe»... ¡Qué bien sonaba aquello!

A ti, que eres mi ilusión
canto mi copla primera...

¡Eso eran «Mayos» y no el empalagoso sonsonete del antiguo, que las más de las veces acababa a guitarrazo limpio!

Advertiré que la bellísima costumbre de cantar el «Mayo» a la moza preferida se mantiene en mi pueblo y en otros muchos de España como un rito secular.

Mediada la última noche de abril, los ilusionados jóvenes, formando grupos filarmónicos salen a cantar el «Mayo» a sus novias, recorriendo el pueblo hasta el amanecer.

¡Cuánta delicadeza, cuánta poesía encierra esta romántica y secular costumbre!»

* * *

Las inquietudes creadoras del vate requenense pronto se desbordaron. Ahora dióle por los temas caballerescos de corte clasicista y desenlace imprevisto. Veamos el siguiente ejemplo:

MOROS Y CRISTIANOS

—¡Vengan a mí mis leales
servidores de Briviesca!
¡Vengan a mí los donceles
que me asisten y me arrean!
No ciñáis hoy a mi cuerpo
la dalmática ligera;
ni los ricos borceguíes
ni el capotillo de seda.
Ni el tahalí cortesano
cuajado de finas piedras,
ni la daga damasquina,
ni la lujosa escarcela.
Que he de salir esta tarde
a justar en plaza abierta
con el moro Alí Ben-Aja,
soberbio infiel que me reta.
Traerme presto mi armadura,
mi armadura milanese,
mis guanteletes de liza,
mi casco de plumas negras.
Mas antes, sobre mi pecho
colocad las santas prendas
que al caballero cristiano
acorren cuando pelea.
Colgadme de Godofredo
la antigua banda bermeja;
ponedme en pecho y espalda,
como protectora nuestra,
la roja cruz de Santiago
junto a la cruz de Montesa.
Colocadme el relicario
que guardo entre raso y perlas,
dos astillas venerandas
del leño de Galilea,
Ponedme también el pomo
que roja y viva conserva
la sangre del protomártir,
del glorioso San Esteban.
Ponedme el rosario blanco
de la Virgen de la Almena,



Retrato del poeta pintado por su hijo José que figura en la Galería Municipal de Requenenses Ilustres

que nunca llegan las armas
a donde los santos llegan.
Y lanza, escudo y caballo
a disponer daos priesa,
no diga el árabe luego
que en reñir puse pereza.

Así hablaba cierto día
a dos mozos de faz necia,
incorporado en el lecho,
el infanzón de Briviesca

.....

Jinetes en nobles brutos
que piafan con impaciencia,
moro y cristiano a igual hora
en la liza se presentan.
Armado de punta en blanco
el buen caballero llega;
no así el moro, un guapo mozo,
que flotar al aire deja
su jaique blanco; sujeto
sobre la altiva cabeza
por el turbante, que adorna
la media luna agarena.
El corvo y lujoso alfanje
sostiene un cordón de seda
y los rojos borceguíes
abarcán finas espuelas.
Brilla el acerado peto
que es de su pecho defensa,
y brilla sobre su brazo
la musulmana rodela.

Aplaude la muchedumbre
tanto garbo y gentileza;
a una señal de los jueces,
lanza en ristre, a la carrera
se acometen los rivales,
y con tal furia se encuentran,
que la lanza del cristiano
rota por los aires vuela,
en tanto que la del moro,
más resistente y certera,

como flojo monigote
desarzona al de Briviesca,
que rueda pesadamente
sobre la encendida arena.
El pueblo aplaude frenético
del musulmán la destreza;
en hombros de sus vasallos
el noble infanzón se aleja,
en tanto que el vencedor
cruza ufano la palestra.

.....
Sobre el blasonado lecho
yace el señor de Briviesca,
quejándose amargamente
del dolor que le atormenta.
Vénse sobre el pavimento
de la armadura las piezas
y un cirujano examina
al doliente con paciencia.
Después del prolijo examen,
dice con voz grave y queda:
—Hay cuatro costillas rotas,
la clavícula derecha,
magullamiento en las nalgas
y dislocada una pierna.

El hidalgo al oír esto,
oprime con mano trémula
la banda de Godofredo,
el pomo de San Esteban;
el rosario, las dos cruces
de Santiago y de Montesa,
y exclama reconocido:
—¡Gracias, milagrosas prendas!
Si no venís hoy conmigo...
¡ese moro me revienta!

Estos versos, con su buena carga de ironía e intención, evidencian también el amplio campo cultural en el que se desenvolvía nuestro poeta; todo ello fruto de incesantes lecturas, así como de una poderosa capacidad de asimilación.

* * *

En los inicios de esta segunda etapa, la labor poética de Serrano nos parece mejor pensada. Tenemos buenos ejemplos en *La Visión de Cervantes* y en

BALANCE DEL AÑO

Al terminar el año, hacen balance
el noble don Quijote y Sancho Panza...

Sancho vive de la usura y compra-venta;
Quijano, de ilusiones y esperanzas;
y cada cual del año que agoniza
la pérdida examina y la ganancia.

Apoltronado en un sillón observa
el escudero el libro de la caja
y sonríe al mirar la enorme cifra
que deja su fortuna asegurada.

Y Sancho filosofa. Llegó a América
hace veinte años ya. Salió de España
cansado de sufrir las tonterías
del ridículo hidalgo de la Mancha.

Todo eso del honor meticuloso
pertenece a otros siglos y a otras razas;
hoy sólo es caballero aquel que es rico;
y más útil que el yelmo y que la adarga
es el tanto por ciento de los préstamos
o el rigor de la ley hipotecaria...

En cambio, don Quijote, en una pieza
que habita en compañía de las ratas,
a la luz de una lámpara de aceite
hace balance de una empresa vana.

Derramó su amistad y su dinero
donde los derramó una justa causa;
defendió al desvalido contra el fuerte,
amparó la virtud atropellada...
y en poder de venteros y yangüeses
quedaron libros, armadura y lanza.

La ropilla manchega mal zurzida
pregonó la derrota de la hazaña
y la legión de Sanchos, al mirarle,
rió con mofa de su pobre facha...

* * *

Durante un par de años, Serrano Clavero se alejó de *El Diario Español* consagrándose a los negocios teatrales por tierras de Tucumán, en cuya ciudad se estableció.

Allí, donde pronto alcanzó gran popularidad, publicó su bellissimo Cancionero de la Raza, titulado:

Sangre y Oro (Tucumán, 1914; con un prólogo de Justo S. López de Gomara). De esta obra se hicieron ediciones en Buenos Aires en 1918 y 1921.

Serrano, cual nuevo arquetipo de la bohemia andariega, recorrió aquellas lejanas tierras, en la vecindad de la cordillera andina, al frente de un abigarrado grupo de cómicos.

En San Miguel de Tucumán sentíase feliz nuestro hombre hasta que, bien porque las cosas no rodaran a su gusto o porque su inconstancia triunfara una vez más, decidió abandonar aquella vida aventurera y volver a su periódico de Buenos Aires.

Veamos la despedida:

EL JILGUERO SE VA

¡Tucumán!... Un soñador,
un hermano peregrino,
siente hoy el beso de amor
de tu campo esmeraldino
y tus naranjos en flor.

Tienes galas orientales
y arrullos sentimentales
cuando la tarde declina
y perfuma la glicina
tus altos cañaverales.

El oro del sol te baña,
y en tu espíritu sin par
resaltan en mezcla extraña,
la albura del azahar
y el azúcar de la caña.

Bulle tu sangre ardorosa
con musulmana vehemencia
y en tu respeto reposa
la casa humilde y gloriosa
cuna de la independencia.

Y como flor que engalana
tu placidez virgiliana,
como tesoro divino,
es la mujer tucumana
gloría del suelo argentino...

¡Tucumán!, rival del día,
vergel de la poesía...

Un pájaro levantino
entró en tu huerta y se va;
pero al borde del camino
con un quejumbroso trino
su despedida te da.

En mi corazón se abriga
tu memoria siempre amiga,
y como al cenit el sol,
a ti el corazón me obliga
por poeta y español!

* * *

En el ámbito literario del Plata, el vate requenense había adquirido una alta consideración, lo que justifica el homenaje que se le tributó en el Teatro Sanmartín, de Buenos Aires.

El poeta J. López Silva le ofreció estos veros:

A SERRANO CLAVERO

A esta fiesta de cariño
en honor de un vate excelso
fui llamado y aquí vine
sin otro requerimiento...

Es el que aquí festejamos
un noble varón de aquellos
que saben honrar la tierra
bendita donde nacieron,
porque a él se ven unidos
con admirable concierto,
la virtud y el patriotismo,
la hidalguía y el talento.

Ninguno cantó a la patria
con tan viriles acentos,
que su musa, fuerte y joven,
toda savia y toda nervio,

pues su amor por nuestras cosas
es tan hondo y tan sincero
que no se concibe fiesta
donde no brille su ingenio.

Nadie reclamó su ayuda
que no lo hallara dispuesto,
ni llamó a su corazón
quien no lo encontrara abierto;
que allí donde hiciera falta
su inspiración y su esfuerzo
ni supo esquivar la pluma
ni quiso esconder el cuerpo.

Amarrado al duro yunque,
sin buscar favor ajeno;
contra la corriente lucha
sufrido, pero altanero;
y así, con la frente erguida
por el camino derecho,
va el que pudo por atajos
hacer fortuna más presto.

Este es el hombre a quien todos
los españoles debemos
admiración y cariño
y gratitud y respeto;
y pues es cosa inaudita
tropezar en estos tiempos
con virtudes tan extrañas
y varones tan completos,
del homenaje a Serrano
estar ufanos podemos;
que si su honor es muy grande
lo es también el honor nuestro.

En otro homenaje, el académico argentino Alfonso Durán dedicaba a nuestro poeta el siguiente soneto:

Heraldo de la Raza, gran trovero
que en las alas de mágico destino
vas llenando de estrofas el camino
cual de rapsodias lo llenara Homero.

Del alma el coruscante reverbero
ilumina tu andar de peregrino;

«che tu non ti rivogli al belgiardino»,
casi siempre es de espinas el sendero.

Flores en tu carcaj, lauro en tu frente,
sin la maza de Heracles vas marchando,
sólo es verso de amor, es tu saeta.

Algunos gritarán: Es un demente;
más, otros, tus canciones escuchando:
«Es Serrano Clavero, el dulce poeta.»

2. INCESANTE PEREGRINAR

Los diferentes grupos de emigrantes establecidos en tierras argentinas, formaban núcleos regionales en las grandes ciudades, conmemorando jubilosamente las fiestas típicas con actos patrióticos y folklóricos. En buena parte de estos actos, los versos vibrantes de nuestro poeta supieron enardecer a las gentes con unánimes clamores.

A este grupo corresponden los poemas *Aragón y Libertad*, *Alma andaluza*, *Airiños*, *La visita del hermano*, *Alma leonesa* y otros que se incluyen en los libros *Rosal de España y Sangre y Oro*.

He aquí los versos que escribió para el Círculo Valenciano de Buenos Aires con motivo de la visita del gran poeta Salvador Rueda y que nos remitió Luis García de Fuentes, sobrino del poeta.

Huertanos: prended la traca,
tirad murta y albahaca
¡derrochad flores y luz!
que hoy ha entrado en la barraca
el ruiñeñor andaluz.

Dejó en el Carmen florido
sus amores y su nido,
tendió el vuelo, cruzó el mar
y por la puerta, sin ruido,
entró y se puso a cantar.

Canta el amor y alegría
y entre nosotros se ufana...
¡Qué bien suena la poesía
en la huerta valenciana,
ruiñeñor del mediodía!

Sus jazmines y parrales
dejaste atrás en la ausencia,
con verdes cañaverales

y amorosos naranjales
hoy te recibe Valencia.
Valencia noble y sencilla
que te ofrece alborozada,
sobre la blanca mantilla
los claveles de Sevilla
y las rosas de Granada.

Valencia que muestra alzada
el típico campanil
de su Micalet mellado,
como un viejo enamorado
de la Giralda gentil.

Valencia, la tierra hermana
de tu solar andaluz;
que es mora siendo cristiana;
porque luce la sultana
sobre el albornoz la cruz.

Valencia que se extasía
igual que tu Andalucía
con el arte y el amor
y es en los celos sombría
y pródiga en el favor.

Pueblo que del tuyo, hermana,
fijando su ardiente exceso
en el arte soberano
la palanca del progreso.

¡Canta, pues, con alegría
y une tu dulce poesía
a nuestra ruidosa traca,
porque es tuya esta barraca,
ruiseñor de Andalucía...!

* * *

Como Serrano Clavero no dejó un diario de su incesante peregrinar por la inmensidad platense, diluyéronse en el olvido buena parte del anecdotario de su vida aventurera.

Hasta nosotros llegaron las peripecias de un viaje a Punta Arenas (Chile), donde había sido invitado por la colonia española para conmemorar el centenario de la fundación de dicha ciudad.

El viaje, a bordo de un viejo carguero con emigrantes españoles e italianos, no pudo ser más accidentado.

Partió el barco de Buenos Aires e hizo diversas escalas en las que desembarcaron la mayor parte de los emigrantes. Pero al enfilarse el cabo Vírgenes, a la entrada del estrecho de Magallanes, se les vino encima un recio temporal. La nave, seriamente averiada, pudo, al fin, refugiarse en un solitario embarcadero.

Los pasajeros saltaron a tierra llenos de alborozo, acomodándose en un cobertizo contiguo a una taberna, donde cenaron, bebieron y cantaron hasta que les rindió el sueño.

Pero cuando alboreaba el día, fueron sorprendidos por unos facinerosos que les despojaron de cuanto llevaban.

Pasado el aturdimiento y la sorpresa, contaba nuestro poeta que se vió frente a un mozo que, jugueteando con un revólver, le dijo que acababa de repasar los versos de su maleta. «Me gustan (dijo); yo también escribí versos, pero cambié de oficio para no morirme de hambre.»

Serrano, suplicante, le refirió los motivos de su viaje e intercedió por aquellas gentes. El forajido y su hueste fueron generosos; si bien, nuestro trovero se quedó sin el reloj de oro que años atrás le había regalado su suegro (el tío Nicolás Claramunt, *Gachamiga*).

Al poco, los del grupo montaron a caballo y partieron velozmente. En cabeza iba aquel mozo sonriente que, alzando la diestra, repetía: «¡Adiós, poeta!»

Dos días después, nuestro hombre recalaba en Punta Arenas, en cuyo coliseo desgranó su bello poema *La novia austral*.

* * *

Tras los grupos regionales vinieron las grandes ciudades. Como ya hemos dicho, el vate requenense ocupaba un lugar distinguido entre los literatos argentinos del momento, brillando sus versos en los más importantes Juegos Florales del país. Hemos visto algunos diplomas alusivos a estos actos. En el de Trelew (Chubut) se le concede la flor natural por su composición *A la lengua castellana* (1921).

Nuestro hombre habíase especializado en ese tipo de composiciones, en las que deslumbraba a las gentes con las pirotecnias de su arte singular. Veamos un ejemplo:

A PARANA

A tu orilla virgiliana que cansado besa el río
un poeta de la Raza, de la Raza y de tu brío,



Venancio y Consuelo con sus hijos José Víctor y Justino

viene a darte sus amores, pintoresca Paraná.
Soy un raro peregrino de una tierra nunca extraña,
soy un pájaro escapado de los cármes de España,
soy acento de una madre que su amor a entrambos da.

Soy tu hermano aventurero que dejando de Castilla
el solar hidalgo y fuerte, viene a traer en su ropilla
el perfume de la patria protectora de Colón,
de la patria generosa que en tres blancas carabelas
imborrables ha grabado sus magníficas estelas
en los mares misteriosos como luz de redención.

¡Paraná!: Jardín de España transplantado a verde loma
remojando su plumaje bajo el fuego tropical.
No te asuste de mi acento la rudeza castellana,
deja al pobre peregrino que en los brazos de su hermana
deposite en dulces versos su tesoro fraternal.

Miro el río que a tus plantas rumoroso se desliza
y en simbólica avanzada de valor, descubro a Urquiza
como genio de una raza, cabalgando bajo el sol.
Y al mirarlo de sus glorias como envuelto por el brillo
quise ver cerca, muy cerca, la figura del caudillo
y hallé el temple romanesco del espíritu español.

Dame hermana, tus amores, sin desdén y sin recelos;
bajo el toldo azul y blanco de tu amor y de tus cielos
vengo a hablarte de una madre que nos mira desde allá.
Soy el raro peregrino de una tierra nunca extraña,
soy un pájaro escapado de los cármes de España.

¡Déjame cantarte amores, sonriente Paraná!

Fue entonces cuando, en un arranque de plenitud, surgió uno de los
aciertos más definitivos del poeta requenense; una síntesis castiza y en-
trañable de pasión españolista; un poema que resonó en todo el mundo
hispanico y que «se recitaba en las escuelas bonaerenses como una oración
a España». Nos referimos al popularísimo poema *Mi novia*.

También queremos destacar que en la copiosísima producción literaria
del bardo requenense, tendremos ocasión de saborear sus afectos y nostal-
gias hacia el valenciano suelo, porque bueno será decir que el poeta de la
Castilla Valenciana o de la Valencia Castellana sintió siempre una especial
predilección por las cosas de Valencia. En Buenos Aires se reveló como uno
de los promotores más eficientes del Círculo Valenciano.

Fue en 1917 cuando dedicó a nuestra tierra el poema *Valencia mía*, al

que siguieron *Mi morriña*, *Saludo a Valencia*, *Tarde de toros*, *La muerte de la huertana*, *Himno de amor*, etc. que se incluyen en *Rosal de España*.

3. CANTOR DE LA RAZA

Con ímpetu arrollador, los versos de Serrano Clavero, inflamados de amor patrio, resonaron en Salta, Corrientes, San Miguel, Córdoba, Paraná, Santa Fe, Mendoza, Rosario, San Luis, etc., dejando por doquier un florido reguero de verdades hispanas: desde la prodigiosa empresa colonizadora hasta el milagro de la fe y del idioma.

Y resulta curioso señalar que en el preámbulo que precedía a sus recitales, tras ser presentado siempre por alguna persona importante, nuestro héroe dejaba caer con aire solemne estas o parecidas palabras: «—Amigos míos: yo no soy un hombre de negocios; yo soy un poeta enamorado de mi oficio y de mi Patria». Sorprende, pues, que quien abandonó España por no encontrar en ella el acomodo que creía merecer, se revelase lejos de ella como uno de sus más ardientes paladines, como lo evidencia sus vibrantes poemas *La Raza* y *¡España!*

Mientras en la prensa argentina se calificaba a nuestro paisano de ilustre, genial, eximio y excelso poeta, en España era poco menos que desconocida la quijotesca cruzada de aquel soñador trovero de la Hispanidad.

Asimismo, ofrendó Serrano el halago de sus versos a grandes figuras por las que sintió especial admiración (Víctor Hugo, Joaquín Costa, Francos Rodríguez, Mariano de Cavia, Antonia Mercé...)

Incluimos aquí estos patéticos versos:

EL PAJARO MUERTO

(Ante la tumba del poeta Deusdedit Criado.)

¡Otro al hoyo!... ¿Quién es él?

Es un náufrago social
que yendo en pos de un laurel,
topó con un hospital.

Un ser que sufrió condenas
de la vulgar injusticia,
por traer sueños de Atenas
al mercado de Fenicia.

Uno de tantos absortos
que pasan trances amargos,

haciendo renglones cortos
en vez de negocios largos.

Pequeño zorzal del arte
que para propio recreo
exhalaba en cualquier parte
su imperceptible gorjeo.

Sin más alto apetecer,
sin más fuerte ambicionar
que un surco donde comer
y un árbol donde cantar.

No fue el águila que deja
su regio nido en la altura;
fue la solícita abeja
que al silfo su miel procura.

Pensamiento que en la llama
girando con ciega fe,
supo disfrazar un drama
con las líneas de un cuplé.

Un obscuro celebrante,
que puso más vivo afán
en buscar un consonante
que en la conquista del pan.

Su musa ambrienta y sencilla
en los escenarios llora;
¡él bañó la tonadilla
con lágrimas de dolora!

Hoy que en su labio jovial
tan cantador de pesares
pone su mueca final
la magia de estos lugares,
dejad que la hora se envuelva
en la fúnebre poesía
de esta triste queja mía...
¡Los pájaros de la selva
tienen camaradería!

* * *

Uno de los muchos «palillos» que tocó el vate requenense fue el de libretista teatral (zarzuelas, cuentos escenificados, juguetes cómicos, monólogos, etc.). Según referencias familiares, escribió un centenar largo de



Serrano Clavero y el maestro Padilla, autor de la popularísima canción titulada *Valencia*

estas obritas, muchas de las cuales se perdieron. Entre las impresas conocemos:

La hija de España. Zarzuela en un acto y tres cuadros. Música del maestro Larrima (Imp. Buenos Aires, 1909).

El dolor de una dolora. Zarzuela en un acto y tres cuadros. Música del maestro Avendaño (Imp. Buenos Aires, 1910).

El suspiro del moro. Zarzuela dramática en un acto y tres cuadros. Música del maestro Padilla (Imp. Buenos Aires, 1914).

La estudiantina. Juguete cómico (Imp. Buenos Aires, 1914).

El príncipe Cañamón. Cuento escenificado (Imp. Tucumán, 1915). Diez años después, era representada esta obrita en Madrid y Valencia por el precoz artista Narcisín (Narciso Ibáñez Menta).

Isabel la Católica. Monólogo (Imp. Buenos Aires, 1916). Lo estrenó la actriz Ana Adamuz.

La samaritana. Monólogo (Imp. Buenos Aires, 1917). Lo estrenó la actriz Lola Membrives.

Maruja. Ensayo dramático de ambiente andaluz (Imp. Buenos Aires, 1917).

Cañas y Barro. Zarzuela en un acto y tres cuadros, basada en una novela de Vicente Blasco Ibáñez, con música del maestro Pérez Sánchez. Se estrenó en el Ruzafa de Valencia en 1917. Veamos una escena de esta interesante obrita:

TIO PALOMA

.. Entre el bosque y la Albufera
hay una llanura baja,
la que llaman los barqueros
la llanura de la Sancha...

Hase muchos, muchos años
un pastorello cuidaba
en el llano un pequeño
rebaño de cabras

Vivía el niño
como un salvaje
y los barqueros le oían
que gritaba entre el bosque:
¡Sancha, Sancha!
Ven a mí.
¡Sancha, Sancha!
Ven aquí.

Era Sancha una serpiente
pequeñica y relusiente,
que acudía dosilmente
a las voses del pastor.
A sus plantas se enroscaba
y a su cuello la rodeaba
sin esfuerso y sin temor.

El pastor se hiso moso
y soldado cayó,
y ocho años o nueve
en la guerra pasó...

Volvió de granadero,
alto y setrino,
los del Saler le vieron
por el camino.

Metióse por la selva
costeando por el lago,
sintiendo de otros días
el dulce y tierno halago.

Entre los matorrales,
de pronto, se paró
e igual que cuando chico
fuertemente gritó:

¡Sancha, Sancha!
Ya volví.
¡Sancha, Sancha!
Ven aquí.

Oyóse un ruido espantoso
de las cañas al troncharse
y apareció entre los juncos
la serpiente formidable,
tan resia como un pino,
los claros ojos grandes,
perdiéndose a los lejos
su cola al arrastrarse.

Reconosió al soldado
y loca de cariño
se rodeó a su cuello
igual que cuando niño.
Y apretándole amorosa
con frenéticos excesos
fue asfixiando al viejo amigo
hasta crujirle los huesos...

4. ESPAÑOL Y ARGENTINO

De tarde en tarde, llegaban a Requena noticias del poeta ausente y, con ellas, fotografías, folletos y recortes de prensa colmados de versos henchidos de nostalgias; versos que se insertaban en los semanarios locales para dar testimonio del afianzamiento de aquel juglar apasionado, generoso y cordial.

En más de una ocasión hemos considerado la incesante actividad literaria de nuestro poeta en un país extranjero, así como la facilidad con que se movía en aquel ambiente.

Cierto que los atávicos rencores pasaron a la Historia y, sobre todo, que «el español no es extranjero en tierra argentina, debido a las raíces y vínculos entrañables que nos unen y, también, a la enorme masa de compatriotas, hijos y nietos de los españoles que allí residen» y repetía que España y Argentina eran como madre e hija, título que lleva un hermoso poema incluido en *Rosal de España*.

Veamos una lindísima expansión hispano-argentina del poeta requenense:

LA MANTILLA ESPAÑOLA

Lucen las niñas porteñas
sobre sus caras risueñas
la sevillana mantilla
¡y está envidiosa Sevilla
de estas gitanas trigueñas!

¡La mantilla! Triunfal arco
del amor y de la gracia,
del arte linda eficacia,
porque es de belleza el marco
y es airón de aristocracia.

¡La mantilla! Palio leve
que bajo flores de nieve
custodió con donosura
de una raza, la hermosura
que nadie a eclipsar se atreve.

¡La mantilla! ¿Quién sabría
su vaga etimología,
su galante procedencia?
La lleva airosa Valencia
y gentil, Andalucía.



Serrano Clavero y Blasco Ibáñez en el Hotel Colón de Buenos Aires

Son sus blondas primorosas
sutil muralla de encaje
y del calado almenaje
llueven flechas amorosas
que rinden al vasallaje.

Aprendieron las ondinas
a tejer las blondas finas
y echaron desde las olas
sobre frentes argentinas
las mantillas españolas.

Bajo el azul sin rival
de este cielo tropical
flotó la mantilla blanca...
¡de ahí creo yo que arranca
la bandera nacional!

Si la mantilla a Castilla
nos recuerda en esta orilla,
¿qué extraño es que airosa cuadre
a las hijas la mantilla
que tan bien llevó su madre?

5. LOS GRANDES POEMAS

En la plenitud de su arte, el eximio requenense prosigue cantando con creciente entusiasmo, con épicos acentos las gestas españolas y argentinas. Y es ahora cuando surgen cuatro de sus definitivos poemas: *La Grande*, *Otoño de almas*, *Los conquistadores de América* e *Isabel la Católica*, que se incluyen íntegros en *Rosal de España*. Su lectura nos obliga a repetir a los cuatro vientos que no se hizo justicia con la ardorosa cruzada españolista que, durante unos quince años, mantuvo por tierras argentinas este ilustre requenense.

Para formarnos una leve idea de estas composiciones, sin duda las más ambiciosas del poeta, diremos que *La Grande*, con 124 versos, alude al premio mayor de la lotería que obtuvo aquel mozo de la «estanzuela». Abandonó a sus padres y recorrió el mundo dilapidando salud y dinero. Al final, volvió derrotado a la «estanzuela».



La familia Serrano Clavero en la cubierta del vapor «Antonio Delfino», minutos antes de que el poeta emprendiera viaje a España con una patriótica misión

Otoño de almas consta de 269 versos. Alude a dos hermanas que, ante la vida, tomaron caminos distitos. Rosa-Luz se consumió entre placeres y aventuras; Malvarrosa profesó en un convento.

Los conquistadores de América consta de 186 versos de encendido clamor patriótico. Comienza así:

El sol de la justicia ha desgarrado
los velos nocturnales de la Historia,
y a su luz, el cadáver del pasado
muéstrase envuelto en su cendal de gloria...

Y termina así:

...¿Por qué tranquila está lo mismo que antes?
¡porque es virrey de América, Cervantes;
porque son de la madre los honores;
porque en cada familia de emigrantes
llegan conquistadores!

Isabel de Castilla es un monólogo cuya acción se sitúa frente a Granada. He aquí sus últimos versos:

...Para realizar tu sueño
y hacer verdad tu problema,
voy a poner en empeño
el oro de mi diadema.
Este rasgo no me humilla,
pues así mi escudo brilla
donde brilla tu pendón;
porque si es grande Colón,
grande también es Castilla.

6. CABALLERO ANDANTE

El Diario Español de Buenos Aires, portavoz de la numerosa colonia española y del que, a la sazón, Serrano Clavero era redactor-jefe, tras intensa campaña, promovió la ofrenda de una corona de laurel ante la tumba de los héroes de Monte Arruit (Marruecos), designando para tan honrosa embajada a nuestro eximio poeta.

En aquellas horas de emoción indescriptible, de su pluma infatigable

salió *El retorno a la Patria*. Desde Lisboa, durante la Navidad de 1923, envió su *Saludo a Valencia*.

En las últimas composiciones de nuestro genial trovero hemos comprobado un auténtico derroche de piropos originales a la Madre Patria, a los eternos valores, a las universales empresas españolas, a Valencia...

Sólo nos resta, al dar cima a este capítulo dejar paso franco al luminoso juicio crítico que de nuestro poeta hace su prologuista López de Gomara, director de *El Diario Español*: «Serrano Clavero está consagrado por una brillante labor en el periódico, en el teatro y en la tribuna. Su obra de poeta es como puñados de oro lanzados al azar por la mano de un príncipe derrochador. Ha sido preciso que buenos amigos advirtieran al trovador pródigo la conveniencia de recoger ese oro y acuñarlo en artísticos trofeos, para que se decida a ofrecerlo, en toda su magnitud de valor y fulgores, a la admiración de los espíritus selectos, y agregarlo al soberbio y glorioso joyel de las letras españolas... Serrano es el tipo más representativo del enamorado, pasional hasta el misticismo, que en la ausencia siente doblemente exaltado su sentimiento hasta el éxtasis. El primer mandamiento de su devoción patriótica es, lejos de España, amar a España sobre todas las cosas. Y al servicio de este culto lo ha puesto todo... Encierra la poesía de Serrano Clavero cierto acento misterioso de austeridad y de fe que subyuga y entusiasma como el himno sonoro de una gigantesca epopeya. No hay en sus rimas esas exóticas desviaciones que el modernismo ha intentado imponer sobre las reglas próceres de las clásicas escuelas. Castizo y armonioso. Serrano Clavero sabe tejer sus opulentos tapices literarios con el oro viejo de la pura y limpia forma castellana. España es la Dulcinea de este andante caballero que por las assoladas llanuras americanas pasea su ardiente fe, con la canción en los labios y un sagrario de amores y heroísmos en el corazón... Serrano no es sólo un gran poeta por las armonías en que moldea sus delicados pensamientos y las imágenes maravillosas en que plasma sus ideas, sino más aún por el ritmo de grandeza y valor a que ciñe sus actos, siendo su vida la mejor y más rotunda de sus poesías, el vuelo más recio y más alto de sus inspiradas y magistrales obras.»

III

ESPAÑA,
PASION DEL POETA

1. MISION PATRIOTICA

El retorno del poeta a la Madre Patria, tras dieciséis años de ausencia, constituyó un singular acontecimiento, ya que como emisario de la colonia española en la República Argentina, traía la honrosa misión de depositar una ofrenda ante la tumba de los héroes de Monte Arruit.

Las entidades patrióticas y culturales, la prensa toda exaltaron esta fervorosa embajada del poeta requenense, que fue recibido por el monarca español con gran complacencia.

En aquella memorable visita que se desarrolló en el Palacio Real de Madrid, en la mañana del 2 de enero de 1924, cinco días después de haber desembarcado en Lisboa, según relato familiar, estuvieron presentes el miembro del Directorio Militar general Gómez Jordana, el marqués de Villalobar, el encargado de negocios argentinos y otras personalidades. Tras los saludos de rigor, nuestro héroe leyó un patriótico mensaje de la colonia española en la Argentina, alentando al monarca para que visitara aquellas tierras y recogiera el homenaje de millares de compatriotas «que mantienen vivo el santo amor a España». Alfonso XIII pronunció unas palabras de agradecimiento, y el poeta intercedió entonces por los prófugos españoles de allende el Atlántico. Y, ya al margen del protocolo, nuestro poeta informó al rey de la brillante ejecutoria liberal de Requena, su ciudad natal, y de los sacrificios que el vencido en armas hizo por la causa de su augusta abuela Isabel II, suplicando para su pueblo una bandera nacional. El soberano accedió complacido, con el deseo explícito de que nuestro ilustre vate fuera el portador. Al despedirse, el monarca le dijo muy cordialmente: «Tengo una deuda contigo.» Y el poeta, que comprendió el sentido de estas palabras, dijo que el alto honor de ser portador de la enseña nacional cancelaba honrosamente dicha deuda. Lo

DRID DIA 5 DE
BRERO DE 1924
MERO SUELTO
CENTS. 〰〰〰

ABC

DIARIO ILUSTRADO.
AÑO VIGESIMO.
N.º 6.580
10 CENTS. 〰〰〰

MADRID: UN MES, 3 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 9. EXTRANJERO: SEIS MESES, 38 PESETAS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO N.º 43



cierto fue que Serrano Clavero, fiel a sus convicciones republicanas, guardó de esta entrevista un discreto silencio.

Precisamente en aquel día memorable, el poeta requenense era agasajado por los periodistas madrileños.

Dos días después, emprendía viaje a Valencia.

* * *

Requena disponíase a vivir jornadas inolvidables con motivo del regreso de su preclaro hijo, quien llegó a la ciudad amada el domingo 5 de enero de 1924 en el tren de mediodía. Le acompañaban el presidente de la Asociación de la Prensa don José María López, el poeta don Rafael Villena, el capitán Alcantarilla y otras personalidades. En la estación fue recibido por las autoridades locales, entidades, bandas de música y el pueblo en masa. En medio de un apoteósico desbordamiento popular, la comitiva se dirigió a la Casa Consistorial. Poco después, en la tómbola de la Glorieta, en un emocionante acto, el poeta entregó al alcalde don Joaquín Ferrer Herrero la enseña nacional que le había concedido Alfonso XIII. La comitiva, tras los discursos de rigor, se dirigió al templo del Salvador, donde la bandera fue bendecida por el arcipreste don Antonio Ossinalde, actuando como padrinos doña Remedios Monsalve, de Ferrer Herrero, y nuestro poeta. De nuevo en la Casa Consistorial, Serrano Clavero recibió el título de Hijo Predilecto de la Ciudad. Y, entre delirantes aclamaciones, se rotuló con su nombre la calle del Río Grande, frente a su casa natalicia, ofrendando luego la correspondiente lápida rotuladora el escultor José Arnal.

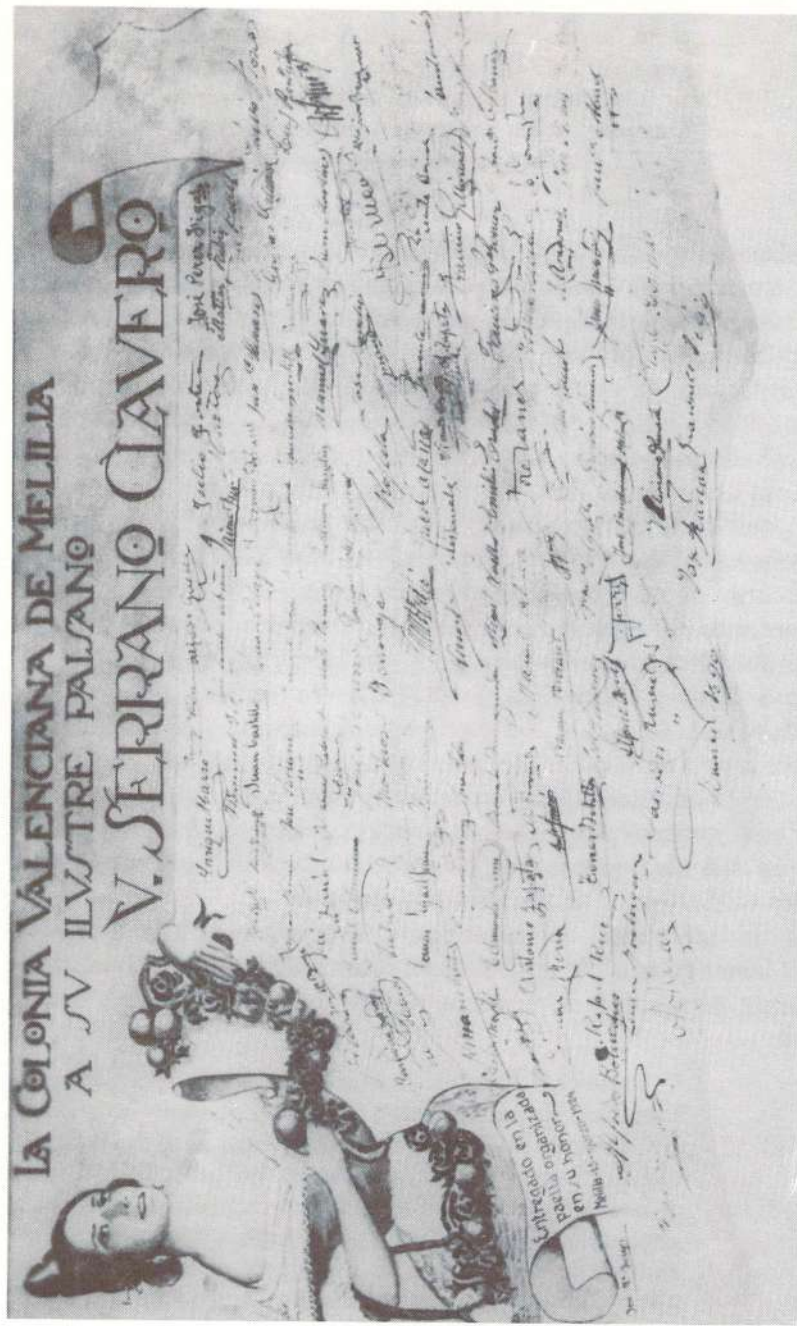
A estas jornadas de entusiasmo popular siguieron diversos homenajes. Y fue en estas horas gozosas cuando el poeta supo conmover a sus paisanos con los cálidos versos de su *Ofrenda a Requena*.

Autoridades y entidades (la sociedad el Arte, en vanguardia) se disputaban el honor de agasajar al poeta, con el ansia de reverdecer aventureras andanzas, de saborear el regalo de sus emotivas recitaciones en la intimidad.

También el Ayuntamiento de Valencia, correspondiendo a la valencianía de nuestro poeta, le envió el siguiente mensaje: «El Ayuntamiento de Valencia en nombre de la ciudad os saluda y os ofrece el testimonio que merecéis no sólo por haber tenido la suerte de estar dotado de la inspiración que os convierte en gran poeta, sino, además, porque nuestra patria ha tenido la fortuna de que esta inspiración la haya puesto a su servicio y el nombre de España y de Valencia tan honrado y enaltecido por vuestra pluma allende

LA COLONIA VALENCIANA DE MELILLA
A SV ILUSTRE PALANQ

V. SERRANO CLAVERO



el Atlántico. Valencia os hace justicia y os devuelve con aplausos y con laureles la honra que le dispensáis, sintiéndose orgullosa de que bajo este cielo viera la luz primera un poeta que tan dulcemente modula sus versos. Recibid con cariño esos aplausos y esos lauros que deseo os sirvan de estímulo para continuar nuestra obra en la República hijas de España, teniendo la seguridad, insigne poeta valenciano, de que vuestra Patria os bendice y os envía la ofrenda de su agradecimiento. Valencia, 21 de enero de 1924. El Alcalde, Juan Artal.»

Algunos años después, se rotuló con el nombre de nuestro poeta una calle de Valencia.

* * *

Días después, el 27 de enero, invitado el vecindario por el alcalde de la ciudad, se sumaba unánimemente a los actos en memoria de los héroes de Monte Arruit.

«Don Joaquín Ferrer Herrero, Alcalde constitucional de esta ciudad. Hago saber: Que siendo una de las misiones patrióticas que han traído a España a nuestro querido paisano don Venancio Serrano Clavero, la entrega de una corona de bronce dedicada por *El Diario Español*, de Buenos Aires, para ser colocada en la tumba de los héroes de Monte Arruit... El Ayuntamiento que me honro en presidir, celoso por cuanto signifique enaltecimiento nacional y consagración sublime de sus héroes, invita al honrado y entusiasta pueblo de Requena a asistir mañana domingo, a las nueve, a la misa de Requiem que se celebrará en el camarín de la Virgen de los Dolores, iglesia del Carmen, en sufragio de las almas de nuestros bravos soldados, trasladándose después a la Casa Consistorial, desde donde el Ayuntamiento, con la bandera de la ciudad, se dirigirá a la estación para recibir la patriótica corona con los honores y el respeto que merece. Conociendo los nobles sentimientos de esta ciudad, vuestro alcalde considera innecesario acentuar el deber espiritual que a todos nos obliga en este acto.»

El Ayuntamiento en corporación, con el pendón de la ciudad y la banda de música, después de asistir a la misa de Requiem, seguido de una inmensa muchedumbre, dirigióse a la estación férrea para recibir la preciada ofrenda con todos los honores. Llegado el convoy, en medio de un impresionante silencio, se colocó dicha ofrenda sobre una peana, en cuyo centro destacaban un trofeo formado por los colores nacionales argentinos y españoles,

portándola jóvenes requenenses, de uniforme, que habían prestado el servicio militar en la zona marroquí. Encabezando la impresionante manifestación iban algunos padres de requenenses que habían dado su vida por la patria. La bandera de la ciudad era portada por el caballero laureado don Loreto Gallego, héroe de Baler (Filipinas); seguían la Corporación Municipal y diversas representaciones oficiales. Entre delirantes aclamaciones, la comitiva se detuvo en la Casa Consistorial, donde el alcalde señor Ferrer Herrero impuso a la corona una cinta con expresiva dedicatoria, pronunciándose patrióticas alocuciones.

Semanas después, Serrano Clavero cumplía su honrosa embajada en los campos de Monte Arruit. Ante rígidas formaciones militares presididas por el general don Enrique Marzo, comandante general de la zona de Melilla, la voz del eximio poeta, velada por la emoción, lanzó al viento su *Ofrenda* a los héroes del Monte Arruit.

2. LIRICO PEREGRINAR

A la impresionante jornada de Monte Arruit siguieron diversos recitales poéticos por Andalucía y Levante, en donde el admirado poeta requenense derramó sus versos a manos llenas e, incluso, hizo gala de su portentosa facilidad de improvisación, de la que hablaremos más adelante.

Serrano Clavero dió a la estampa por entonces un precioso libro de versos titulado

Rosal de España (Imp. Valencia, 1925), con el prólogo que Justo S. López de Gomara le escribiera para *Sangre y Oro*.

Instalado en Valencia, nuestro poeta se consagró al periodismo, colaborando en diversas publicaciones, en las que dió a conocer algunas tradiciones y leyendas requenenses. En *El Mercantil Valenciano* llevaba una sección denominada «Notas del día», publicando varias crónicas pintorescas de los pueblos de la montaña, además de algún que otro poema, como *El cetro nuevo* (con ilustraciones de Luis Dubón).

Durante esta época, su obra más sugestiva y popular, dedicada al ilustre requenense, don José Joaquín Herrero, poeta y académico, titúlase *El fantasma de la Villa* (leyenda trágica). A aquellas jornadas pertenecen los poemas *Cosecha perdía* y *El poema de la vid*.

3. UN VALENCIANO DE REQUENA

La pasión de Serrano Clavero por la Valencia de Llorente y Blasco, alcanza reiteradas muestras en todas las etapas de su andariega existencia.

Aquí diremos algo de los contrastes que nos ofrece la vida inquieta de este ilustre requenense. Con su prosa característica, tan bella como artificiosa, «pues palabras nunca le faltaron», nos ofrece unas pinceladas autobiográficas en *Salmo de gratitud* (*La Voz de Requena*, número 257). Dice así: «Fértil vergel de flores ha sido siempre mi corazón, acaso por la cruel frecuencia con que la reja de la adversidad ha roturado el campo de mi vida. Ni las ráfagas del desaliento ni los hielos del desengaño han logrado esterilizar en mi alma combativa los gérmenes sanos del afecto, prontos a florecer a la primera ojeada de un sol benéfico.»

Como nuestro vate «sólo sabía escribir versos», cuando recaló en tierras argentinas, en vez de dar un viraje en redondo como hicieron otros, siguió fiel a su pasión literaria, comenzando a proclamar que él no era un hombre de negocios sino un poeta enamorado de su oficio y, sobre todo, de su patria. Y desde los primeros momentos, con aires nostálgicos y entusiasmo delirante, se consagró a exaltar todo lo español.

Por otra parte, sus actitudes contradictorias (familia, ideales, mujeres, etc.), con las que tanto se ha especulado, no constituyen ninguna novedad en estos hombres de imaginación poderosa (tan apasionados como desordenados), en los que la popularidad y el aplauso vienen a ser moneda constante y sonante; y Serrano Clavero era, como escribió Ricardo de Val, «poeta de ambición nacional, y así quería que se le viera».

A una personalidad ilustre que españoleó «lo suyo» por tierras americanas —Federico García Sanchiz— y que conoció a nuestro poeta, oímosle decir a este respecto: «De Clavero, como de los hombres geniales, nos interesa su obra; lo demás pertenece a su intimidad, y la intimidad es cosa sagrada. No olvidemos que la perfección humana es patrimonio de los bienaventurados.» Y sacaba a relucir los nombres de Unamuno, Benavente, Rubén Darío, Blasco Ibáñez, Menéndez y Pelayo...

4. EPILOGO DE UN GRAN POETA

En la prosa de Serrano Clavero observamos una agilidad tan cantarina como artificiosa: Y es que su fuerte eran los versos. Temperamentalmente era un versificador de grandes recursos que, desde sus mocedades, hacía versos con pasmosa facilidad. Y siempre tenía a mano una imagen rebosante de ternura, una oportuna cadencia, una frase conmovedora...

También sabemos que su capacidad improvisadora —con escasos minutos de margen— era extraordinaria. Se cuenta a este respecto que, recién llegado de América, visitando con unos amigos la solitaria fuentecilla de San José, hizo una demostración de su sorprendente facilidad como improvisador. Con el lápiz y su inseparable cuadernillo en ristre, distancióse algo de sus amigos. Minutos después, y en medio de la natural expectación, recitaba por vez primera *La Fuentecilla de San José*.

Por aquellos días, el admirado requenense leía en el Ateneo Científico y Literario de Valencia (como hiciera veinte años antes con su poema *Venganza*), un poema inédito titulado.

Flor de olvido (Imp. Requena, 1926). Con un prólogo de Nicolás Agut y Sastre.

Recordaremos que durante los actos que luego se celebraron con motivo del centenario del poeta, sus familiares ofrecieron el original de este poema (590 versos) al Ayuntamiento de nuestra ciudad.

He aquí una síntesis argumental:

El pueblo de Albañores
con su blanco y humilde caserío
su huerta, maravilla de verdores
y la cinta ondulante de su río,
es un lugar de calma y alegría
que en vano, lector mío,
buscarás en cualquier geografía.

Al pie de una empinada serranía
y del humano tráfico distante
el pobre pueblo, en su quietud sumido,
ofrece la atracción interesante
de un ignorado y venturoso nido...

Sol y lluvia resbalan en las tejas
de sus casucas míseras y viejas,
y trazan el poblado

desiguales y sórdidas callejas
de piso por los moros empedrado...

En el lugar vive la joven Consuelo, apasionada por los libros y por la música; que entretiene sus soledades tañendo el órgano de la parroquia.

Al lugar llegó un apuesto pintor llamado Roberto. Era hijo del marqués de Villafría, amigo íntimo del anciano cura del pueblo. Allí, en la casa del cura, se conocieron los jóvenes.

Y en la solemne calma
de la hora luminosa y apacible,
Cupido va tendiendo de alma en alma
los hilos de su telégrafo invisible...

Los jóvenes inician su nocturno idilio ante una reja florida. Al cabo de algún tiempo, el pintor tiene que marchar lejos, muy lejos en pos de su gloria, haciendo solemnes promesas de que volverá; pero Consuelo sospecha todo lo contrario.

La gloria es fe suprema,
diosa ideal, la más apetecida,
en cuyas aras el artista quema
su inspiración, sus ansias y su vida...

Al principio, las cartas eran frecuentes. Luego, se esparcieron, hasta que vino el silencio.

Como falta de sol y agua del cielo
pierde la rosa su matiz preciado,
así pierde Consuelo
el color de su rostro acongojado...

Consuelo decide ingresar en un convento. Habían transcurrido más de tres años, alternando su vida claustral con el órgano.

Precisamente por aquellos días, las religiosas andaban afanadas en adornar el templo.

El caso es, en verdad, extraordinario;
ante el santo Sagrario
van aquella mañana a unir sus vidas
en solemne promesa

dos figuras de cuna distinguida:
un apuesto marqués y una condesa...

El brillante cortejo nupcial penetra en el templo, rebo-
sante de flores y luz.

El órgano seguía
esparciendo su plácida armonía
en torrentes triunfales;
a veces, parecía
el dolor de unas quejas pasionales,
el recuerdo de dichas olvidadas,
gritos del corazón impenitente,
funeral de venturas enterradas,
llamarada de pasión, suspiro ardiente.

El órgano gemía... De repente
la mano se crispó sobre el teclado,
arrancando una extraña y larga nota,
como el ¡ay! prolongado
de una ilusión por el engaño rota.

Su rostro en el altar volvió el prelado...
corrieron hacia el órgano sonoro
mientras la superiora, en faz de duelo,
decía, alzando la turbada vista:
—¿Qué le pasa, Dios mío, a sor Consuelo?
Y contestó otra monja con anhelo:
—¡Es que se ha desmayado la organista!

* * *

Hemos visto cómo Venancio Serrano, poeta de estirpe popular, que nutrió su fantasía y sus ansias creadoras en los ya resecos manantiales del romanticismo, había evolucionado hacia un lirismo desbordante que le reveló en su tiempo, lejos de la Madre Patria, como uno de sus más apasionados e insignes cantores.

Para quienes dábamos los primeros revoloteos literarios con desbordada ilusión, Serrano Clavero era, por obra y gracia del prestigio de sus versos y por su aureola aventurera, algo así como un héroe legendario al que rendíamos fidelísima admiración. Por eso no olvidaremos aquellas horas triunfales de su regreso y el día feliz en el que un grupo de estudiantes fuimos presentados al poeta en la sociedad «El Arte». Nunca olvidaremos aquella jornada, en la que aleteó sobre nosotros la arrolladora simpatía del poeta.

Parece como si le estuviéramos viendo. Era Serrano de mediana estatura, bien proporcionado y de porte distinguido; de ojos claros y mirada fascinante... Le recordamos también en aquellos multitudinarios homenajes recitando lo más emotivo de su obra (*Mi novia, El fantasma de la Villa, Flor de olvido...*) en medio de un impresionante silencio. Dueño del campo, el poeta parecía transfigurarse con sus gestos y ademanes al servicio de una voz enronquecida, pero matizada con insinuaciones y solemnes pausas de efectos conmovedores. Porque bueno será decir que por aquellos años todavía alentaban por aquí románticos rescoldos mantenidos en periodiquillos y veladas literario-musicales por grupos entusiastas del insigne emigrante (Manuel Ferrer, José María Sánchez Roda, Manuel Cebrián, Juan Piqueras, Julián Espinosa...).

A su arrolladora simpatía hemos de añadir su cortesana desenvoltura y su innata galantería. Recordaremos, a este respecto, que, conversando con una señora en el Portal, pasó el poeta. Al reconocerla, la saludó efusivamente. La señorá aludió a sus achaques, a su blanco pelo... a lo que nuestro hombre respondió: «Las rosas nevadas son mucho más bellas.»

* * *

Le recordamos en el lecho de un sanatorio abrumado por frecuentes neuralgias. Allí, con mano temblorosa, nos ofreció un autógrafo que constituye la síntesis de su aventurera existencia:

Mi vida ha sido siempre vida sin calma:
días de sufrimiento y horas felices...
Y he sacado, de todo, cansina el alma
y el corazón cubierto de cicatrices.

Totalmente restablecido, en los primeros días de marzo de 1926, el poeta marchó a Madrid. Había sido nombrado inspector general del Comité Internacional de Emigración, con residencia en Buenos Aires.

Días después regresaba a Valencia enfermo de gripe.

Apenas restablecido, acometiéronle agudas neuralgias y trastornos nerviosos.

Tras laboriosas consultas, se diagnosticó un tumor cerebral.

Como Serrano Clavero vivía últimamente en una pensión, la Asociación de la Prensa dispuso su traslado a la Casa de Salud del camino del Grao (antiguo Instituto Candela).

En vista de su agravación, el doctor don Arturo Ferris que le



Tumba del poeta en el Cementerio de Requena (lápida de José Arnal)

atendía, celebró consultas con los doctores Bartrina, Sanchis Bergón y García Clavero (este último, titular de Caudete de las Fuentes, era primo del poeta). También se previno al doctor López-Trigo para que le practicase la trepanación; pero se desistió de ello ante la gravedad del paciente.

Dos semanas estuvo Serrano Clavero luchando entre la vida y la muerte... Sabemos que en sus momentos de lucidez recitaba a las monjitas que le asistían aquellos inmortales versos de *Mi novia*:

Yo tengo una novia
¡qué novia más guapa!...
¡De fijo que todos
la habéis conocido!
¡Mi novia es España!

El fatal desenlace se produjo a las nueve y cuarto de la noche del 15 de abril de 1926. Tenía el poeta cincuenta y seis años de edad.

Tres días después, la ciudad amada acogió con emoción los restos mortales de su esclarecido hijo.

5. POST MORTEM

Al conocerse en Buenos Aires el fallecimiento de Venancio Serrano Clavero, la prensa toda destacó su alta personalidad. El Círculo Valenciano celebró en su memoria una velada necrológica, en la que distinguidos escritores exaltaron la labor españolista de nuestro poeta, promoviéndose la iniciativa de levantarle un busto en la capital argentina; pero desfavorables circunstancias políticas malograron estos propósitos.

Todas las incidencias posteriores relacionadas con nuestro ilustre paisano, pueden concretarse en las siguientes efemérides:

1926. En el mes de octubre se estrenó en el Teatro Ruzafa de Valencia la obra póstuma de nuestro poeta: un poema lírico en un acto y tres cuadros titulado *Venganza de amor* (basado en el poema del mismo título que publicó veinte años antes), con música de José Manuel Izquierdo.

1952. Se constituyó en Buenos Aires una comisión integrada por don Vicente Gasent, el académico Castagnino, el general Suárez, el doctor Toranzo y otras personalidades para dar cima a la

erección de un monumento al excelso poeta requenense. También fracasó este segundo intento.

1955. En la Galería Municipal de Requenenses Ilustres se colocó el retrato del poeta pintado por su hijo José Serrano Claramunt.

1970. Con motivo del centenario del nacimiento de Serrano Clavero, en el salón de Recepciones de nuestro Ayuntamiento se celebró un emocionante acto literario en su honor, interviniendo los poetas don José María Viana, don Antonio Yeves, don Luis García de Fuentes (hijo del doctor García Clavero, primo del poeta), don José María Sánchez Roda, el cronista de la ciudad don Rafael Bernabeu, el alcalde don Heliodoro Collado y el hijo del vate requenense don José Serrano Claramunt, colocándose una placa conmemorativa debajo de la que da nombre a la calle de Serrano Clavero. Algún tiempo después, la entidad valenciana «Amigos de la Poesía» dedicó un sentido homenaje a nuestro poeta, interviniendo la poetisa Emilia López Toledo, el alcalde señor Viana González y los señores don Rafael Bernabeu, don Eduardo Buil y don Luis García de Fuentes.

1980. El Colegio Nacional contiguo a la Escuela Hogar «Ciri-lo Cánovas», se rotuló con el nombre de nuestro eximio poeta.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Al margen de estas notas, dejamos las colaboraciones y trabajos críticos alusivos a Serrano Clavero que figuran en la prensa argentina (*La Antorcha*, 1907; *La Argentina*, 1907; *El Diario Español*, 1908-26; *P. B. T.*, 1909-20; *Caras y Caretas*, 1910-18; *El Hogar*, 1908-18; *Mundo Argentino*, 1915-22...), en la valenciana (*El Pueblo*, 1893; almanaque de *Las Provincias*, 1901-27; *El Mercantil Valenciano*, 1924-26...) y en los semanarios requenenses (*Cleto*, 1898, *El Somatén*, 1899; *El Baluarte*, 1900; *El Eco de la Región*, 1894; *El Eco de Levante*, 1920; *El Cometa*, 1920; *La Voz de Requena*, 1924-32...).

AGUT, NICOLÁS: Prólogo al poema *Flor de olvido* (Imp. Requena, 1925).

ANÓNIMO: *Recordando al poeta requenense* (Alberca, número 6).

BERNABEU, RAFAEL: *Historia Crítica y Documentada de la Ciudad de Requena* (1.^a edición, 1945, pág. 195; 2.^a edición, 1982, pág. 507). *Valencia Atracción* (abril, 1970). *El Trullo* (abril, 1970). *Más estampas requenenses* (Requena, 1974, pág. 53).

BLANCO, RUFINO: *Literatura Española* (Madrid, 1925, pág. 402).

BONO BARBER, BERNARDO: *El poeta Serrano Clavero* (*Levante*, 10 nov. 1976).

CEBRIAN, MANUEL: *Serrano Clavero* (*El Cometa*, 1921).

CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA: *La Riada de 1897* (Colaboran Castelar, Campoamor, Pérez Galdós, Azorín, Serrano Clavero, Borso, López Chavarri y otros).

CHANZÁ, SALVADOR: *Homenaje a un gran poeta* (*Levante*, 1 de abril de 1970).

DE LA TORRE, JOSÉ MARÍA: Prólogo de *Docena de fraile* (Valencia, 1897). *El poeta Serrano Clavero* (*El Noticiero*, Valencia, 11 de junio de 1904).

DE VAL, RICARDO: *Castilla Valenciana* (Valencia, 1948, pág. 53).

ESPINOSA, JULIÁN: *Nuestro gran poeta* (*El Cometa*, 1921).

GAOS, ALEJANDRO: *Breve semblanza crítica de Serrano Clavero* (Programa de la Feria de 1948). Reproducido en *Alberca* (Requena, 1952).

GARCÍA, ANGELINA: *Recordando a Serrano Clavero* (*El Trullo*, 1951).

GARCÍA DE FUENTES, LUIS: *Serrano Clavero, cantor de la Raza* (*El Trullo*, mayo 1971).

- GARCÍA GÓMEZ, MANUEL: *Venancio Serrano Clavero, requenense, poeta y andariego* (*Levante*, 25 de enero de 1975).
- GASENT, VICENTE: *De Buenos Aires* (*Alberca*, marzo-abril, 1952).
- GIL FAGOAGA, LUCIO: *Serrano Clavero y la poesía popular* (*La Voz de Requena*, 1924, número, 173).
- GIL-OROZCO GARCÍA, PRÁXEDES: *Serrano Clavero* (*El Cometa*, 1921).
- GÓMEZ ROCAFORT, J.: *Recordando a un patriota* (*La Almoina*, Buenos Aires, abril, 1927).
- GREGORIO, PILAR: Reunió en varios cuadernos manuscritos numerosas composiciones del vate requenense.
- LÓPEZ DE GOMARA, JUSTO S.: Prólogo de los libros *Sangre y Oro* (Tucumán, 1914) y *Rosal de España* (Valencia, 1925)).
- PIQUERAS MARTÍNEZ, JUAN: *Un recuerdo al poeta* (*La Voz de Requena*, 1926, número 331).
- RICO DE ESTASEN, JOSÉ: *El postrer homenaje a la memoria de Serrano Clavero* (*Las Provincias*, 6 de abril de 1933).
- SÁNCHEZ RODA: JOSÉ MARÍA: Divulgó la obra del poeta requenense en numerosos recitales.
- YEYES, FELICIANO ANTONIO: *Glosa poética y espiritual de Serrano Clavero* (*El Trullo*, 1969). *En torno a un próximo centenario* (*El Trullo*, 1970).
- ZAHONERO, SALVADOR: *Quiero ser tu seguidor* (*El Trullo*, junio, 1970).

V. SERRANO CLAVERO



ROSAL DE ESPAÑA

(CANCIONERO DE LA RAZA)

POESÍAS

VALENCIA

IMP. Y LIT. E. MIRABET.—HERNÁN CORTÉS, 14

1925

¿PRÓLOGO?

Como los hombres perfectamente dotados de energía física y moral no necesitan de guía ni de báculo para cruzar a lo largo de la vida, este libro no requiere, en verdad, prólogo recomendatorio. Sóbranle fuerzas, pujanza, dinamismo, para alcanzar el triunfo que como breviario de la patria y florón de la literatura, merecen sus páginas vibrantes.

Serrano Clavero no necesita tampoco de embajadores ante la opinión. Su nombre está consagrado por una brillante labor en el periódico, el teatro y la tribuna. Su obra de poeta, esparcida generosamente por los surcos de la publicidad, es como puñados de oro lanzados al azar por la mano de un príncipe derrochador. Ha sido preciso que amigos buenos advirtieran al trovador pródigo, la conveniencia de recoger ese oro y acuñarlo en artísticos trofeos, para que se decida a ofrecerlo en toda su magnificencia de valor y fulgores, a la admiración de los espíritus selectos, y agregarlo al soberbio y glorioso joyel de las letras castellanas.

Pero es Serrano tan cariñoso y leal conmigo, y conoce tan fielmente el cariño que le tengo, que ha querido darme la satisfacción de apoyarse en mi brazo para presentar su ofrenda, y no he de negar que tanta hidalguía me enorgullece y tan noble efusión me conmueve hasta el punto de aceptar complacido tan honrosa lisonja.

En ese concepto escribo estas líneas, que no pretenden, pues, «descubrir» a Serrano Clavero ante el lector.

El estudio crítico que de derecho corresponde a todo prologuista, está así previamente renunciado por mi voluntad, ganada hace largos años por el autor, como poeta y como hombre, aún cuando no podría haber sospecha de parcialidad, cuando se trata de méritos tan imperiosamente notorios como los que este libro testifica.

EL POETA

La musa de Serrano Clavero trasciende a honradez, como la Jimena del Cid. Exhalan sus estrofas un sano aroma de montaña que embriaga y fortifica a manera de saludable ráfaga en este ambiente de mentiras y convencionalismos.

El mismo lo dice:

*«Mi musa no es Safo
delicada y tierna:
es mujer de pechos robustos, pletóricos
de savia de vida para razas nuevas.»*

Serrano Clavero es el tipo más representativo del enamorado, pasional hasta el misticismo, que en la ausencia siente doblemente exaltado su sentimiento hasta el éxtasis. El primer mandamiento de su devoción patriótica es, lejos de España, amar a España sobre todas las cosas. Y al servicio de ese culto lo ha puesto todo: mejor dicho, ese culto se le ha impuesto a todo: acción, pensamiento y palabra, ¡la vida entera! Desde que pisó tierras de América, su vida ha constituido, en efecto, una gloriosa cruzada por el enaltecimiento de la vieja madre, para la que ha conquistado, en brillantes torneos, el alma, el aplauso y el respeto de todos los públicos, que ven en este paladín de la raza, la personificación caballeresca y culta de la España generosa, brava y sentimental.

Encierra la poesía de Serrano Clavero cierto acento misterioso de austeridad y fe que subyuga y entusiasma como el himno sonoro de una gigantesca epopeya. No hay en sus rimas esas exóticas desviaciones que el modernismo ha intentado imponer sobre las reglas próceres de las clásicas escuelas. Castizo y armonioso, Serrano Clavero sabe tejer sus opulentos tapices literarios con el oro viejo de la pura y limpia forma castellana, y las más ricas sedas de las magníficas crisálidas nutridas en el sagrado bosque de nuestro glorioso clasicismo.

España es la Dulcinea de este andante caballero que por las asoleadas llanuras americanas pasea su ardiente fe, con la canción en los labios y un sagrario de amores y heroísmos en el corazón, que se le asoma entero en aquella hermosa frase: «¡Mi novia es España!», y con tanta energía y arrogancia en el brazo como en el alma.

Pero si España es su dulce amada, la Argentina es su buena y preferida hermana. Leed su inspirada composición «Madre e hija», arrobadora y fe-

liz síntesis del sentimiento cordial de estos dos pueblos familiares. Gustad la majestuosa grandeza con que esta española lira de oro canta la gloria de la independencia argentina:

*«Saludemos a Mayo con la venia,
¡Es el mes de la patria!»*

Y más adelante, estudiad cómo advierte el sentido filial que noblemente ha de inspirar la histórica conmemoración:

*«¡Mayo es el heroísmo! Ante la madre,
reverentes se inclinan las espadas,
porque no por ser libre es parricida
la hija mayor de la valiente España.»*

Serrano Clavero une la robustez de la épica a la exquisita dulzura del madrigal. Es un poeta, en toda la inmensa amplitud del lírico concepto. Las pocas veces que su musa, como alondra sagrada, abandona el severo ramaje del árbol patrio, refúgiase en las frondosidades románticas del sentimiento y exhala cantos tan quejumbrosos y tiernos como «El misterio de la nieve», «Otoño de almas», «Amor imposible», «¡Siempre!» y «Venganza», poema este último, de tan delicada e irreprochable factura, de tan alta y soberana concepción, que bastó por sí solo para consagrar en España el nombre literario de Serrano Clavero.

Teodoro Llorente, el gran vate levantino, le distinguió con un afecto paternal y admirativo. Serrano se ha enorgullecido siempre con el título de discípulo de aquel llorado maestro, cuyo numen tanto y tan excelsamente ha enriquecido el áureo caudal de las letras españolas. Cuando Valencia, puesta en pie, rindió público y solemne homenaje a Llorente, poeta e historiador, bajo el verde toldo de los árboles, en la hora sublime del grandioso apoteosis, la voz de un poeta joven, de un discípulo leal, de Serrano Clavero, desgranó sobre el corazón del pío auditorio este raudal de perlas líricas, que te ofrezco, lector, como principesca regalía:

*Yo también a esta mesa de florista
traigo, maestro, mis humildes rosas.
Harto sé —y el saberlo me contrista—
que mis flores no son las más hermosas.*

*Las cogí en los picachos de la sierra,
y al percibir su natural aroma,
no te asombre en sus hojas hallar tierra
o el perdido plumón de una paloma.*

Pobres son en matices y en olores;
sus gracias tan mezquinas,
que al señorial jarrón no van mis flores.
¡Las cortan los pastores
para adornar cabezas campesinas!

Verás que en este desigual manojo
que a tu corona de laurel agrego,
todo es humilde y flojo:
las amapolas de vuelillo rojo,
romero en flor y quebradizo espliego.

La musa que modela mis canciones
no es musa cortesana;
huye el lujo de espléndidos salones
y con hojas de hiedra se engalana.

No sabe ella cantar delicadezas
ni rendir mentirosas cortesías;
no conoce escolásticas lindezas
ni llega a ti con pérfidas falsías.

Ella aprendió sus cantos en la augusta
soledad de los valles; en la choza
donde esconden su faz triste y adusta
los viejos padres y la casta moza,
al recuerdo del ser idolatrado
que en extraña región murió olvidado.

La imponente quietud de esos hogares,
de los sufridos parias los pesares,
la esteva en el barbecho abandonada,
a mi musa indignada
arrancaron enérgicos cantares.

Sus estrofas mejores
son para los oscuros luchadores
que en el surco, en la mina o en el tajo,
celebran, sofocando sus dolores,
la sacrosanta misa del Trabajo.

Así se lanzó el numen de Clavero, desde una noble cima de admiración,
a conquistarse para sí mismo en las más altas cumbres de la inspiración,
el cariño y el entusiasmo que, desde entonces, arrastra como esclavos.

Serrano Clavero, cuando ya su nombre estaba consagrado en el campo de las letras y tenía conquistado un puesto en la palestra de la política, que le habría llevado a grandes satisfacciones materiales, de posición e influencia, sintióse dominado por esa inquietud característica de nuestra raza y, entregado de lleno a su espíritu andariego y curioso, renunció al bienestar inmediato; quiso conocer América y se metió en un barco, tirando de un golpe por la borda un porvenir brillante y un acta de diputado, rasgo que seguramente condenarán los Sanchos y justificarán con idealistas comprensiones los pocos Quijanos que por aquí velan las armas.

Apenas llegó a Buenos Aires le ofrecí un puesto a mi lado en El Diario Español, donde luchando con su temperamento aventurero y desenfadado, aguantó seis años, hasta que un día, repentinamente, y fundando su renuncia en motivo tan baladí como era un vale de teatro, que, sin duda destinaba a una dama, abrió las alas, y se escapó de esta casa, que era la mitad de su hogar. Y aquí descubro nuevamente el ceño asombrado de los bienhallados, gozadores de lo seguro, que tampoco aprobarán este segundo arranque de nuestro poeta. Tampoco lo aprobé yo, porque lo quería y lo quiero entrañablemente como hombre, amigo y compañero, más aún cuando el inconveniente podría haberse subsanado con un poco de franqueza. Pero ni El Diario Español era una jaula opresora, ni la secretaría una cadena esclavizante, ni el director hacía (ni hace, ni Dios permitiría que haga), pesar sobre sus camaradas la autoridad profesional, y como Serrano se había propuesto volar, volar le dejé, repitiéndose con él —como era lógico en su cariño y en su inteligencia— el caso de esos pájaros que picotean los juncos de su jaula, vuelan al espacio y guiados por un instinto de atracción irresistible, tornan voluntariamente al nido de su querencia, en el que entran contentos por el mismo junco que acaban de romper.

Así quedó Serrano, en esencia y presencia, para siempre unido a mi obra; como hijo intelectual, que la misma savia cerebral vigoriza, y animan idénticas cualidades y pasiones del alma; la misma energía de la idea y del músculo, y yo que, como digo, tan hondamente conozco a Serrano como hombre, que he penetrado hasta lo más íntimo de su alma, que he presenciado, con admiración sus rasgos de grandeza moral, su santa, noble y serena despreocupación de todo amor egoísta ante el cumplimiento de supremos deberes, sin detenerle el juicio hipócrita de la parte desalmada de la sociedad, ni importarle aplausos, ni ingratitudes, yo que le veo a todas

horas, bueno, sencillo, generoso, repartiendo las mercedes de su ingenio y el de los frutos de su trabajo, el oro de su inteligencia y sus sentimientos y el papel de sus modestas compensaciones con cuantos, anhelantes de luz intelectual o desfallecidos de necesidades y aflicciones, buscan en el maestro enseñanza o remedio, puedo afirmar que no es sólo gran poeta por las armonías en que moldea sus delicados pensamientos y las imágenes maravillosas en que plasma sus ideas, sino más aún por el ritmo de grandeza y valor a que ciñe sus actos, siendo su vida la mejor y más rotunda de sus poesías; el vuelo más recio y más alto de sus inspiradas y magistrales obras.

Y concluyo, seguro de no haber dicho nada nuevo respecto a este gran escritor y español ejemplar; pero, precisamente, en eso está mi muy especial satisfacción: en que acreditándome a mí de verídico, y de justos, a sí mismos, cuantos me leyeren, exclamen sinceros al terminar estas líneas: «¡Vaya una novedad! ¡Eso es lo que todos sabíamos!»

Y no podía ser de otra manera, desde que respecto a las dotes y facultades privilegiadas de Serrano Clavero, sólo puede haber una opinión y no es sino un convencido más.

† JUSTO S. LÓPEZ DE GOMARA,
Director de *El Diario Español*, de Buenos Aires

POESÍAS

SÍNTESIS

Mi vida ha sido siempre vida sin calma:
días de sufrimiento y horas felices...
Y he sacado, de todo, cansina el alma
y el corazón cubierto de cicatrices.

LA RAZA

¡Raza de la epopeya, raza mía!
¡Brilló en los cielos el dichoso día
en que puestos en ti los turbios ojos,
cante la Humanidad tu valentía
y ante tu majestad se hinue de hinojos!

Gota a gota tu sangre generosa
en el cáliz cayó de la Quimera;
y hoy que ese cáliz por tu amor rebosa,
es la Historia canción de primavera
y es cada corazón fragante rosa.

¡España! ¡Noble España!
Como trigal espeso y sin cizaña
levántase hoy tu raza sobre el suelo
en torno de tu nombre refulgente,
albergando en el ser un mismo anhelo
y alzando al sol la victoriosa frente.

¡Es la raza elegida!
¡La que en el amplio libro de la Vida
escribió la aventura soberana
con la sangre abundante de su herida
y el oro de su frase castellana!

¡Es la legión sagrada del destino!
La que en su empeño audaz y peregrino,
para alumbrar su gesto de bravura

hizo del sol, monarca de la altura,
antorcha servicial de su camino.

¡La raza en cuyo pecho
como furiosas olas se han deshecho
las torvas irrupciones,
salvando así las aras del derecho
y el alto porvenir de las naciones!
¡Raza tenaz, romántica y revuelta,
en donde se amalgama
con la sublime gravedad del celta
la del ibero arrolladora llama!
¡Raza sacerdotisa
de Minerva en los mágicos altares!
¡Extraña pitonisa,
que desde Palos de Moguer divisa
un mundo tras la bruma de los mares!
¡Raza-Fénix, filósofa y guerrera,
que abre a todos los vientos su bandera!
¡Anfora secular de eterno aroma;
para la lid, enardecida fiera,
para el amor, erótica paloma!

Raza inmortal, por cuyo solo nombre
el hombre siente orgullo de ser hombre!
¡Alzate en este día,
al mundo muestra tus fulgentes rastros;
y si alguien regatea tu hidalguía,
tu gloria está más alta que los astros
y despide más luz que el claro día!

¡ESPAÑA!

¡Soy España! ¿Qué villano
podrá escatimar mi gloria?
En mi nombre soberano
grabó, asombrada, la Historia
los temblores de su mano.

Miente el numen agorero
que dude de mi vigor.
Siempre en mí vive altanero
el hidalgo mosquetero
y el bravo conquistador.

Patria grande entre las grandes,
en las plazuelas de Flandes
quedó el signo de mi Fe,
y la huella de mi pie
en la cumbre de los Andes.

No ha desmayado mi brío,
no decayó mi albedrío,
porque, lo mismo que el sol,
es eterno el poderío
del espíritu español.

Cuando gallardas y solas,
por el mar en son de reto
van las naves españolas,
a su paso con respeto
se abren las inquietas olas.

Y en el límpido cristal
se copia, del sol al brillo,
mi bandera nacional,
¡Lienzo rojo y amarillo
que es del triunfo la señal!

Hice un alto en mi jornada;
en la escarpia del hogar
colgué la guerrera espada,
empuñé la fuerte azada
y me puse a trabajar.

Aires de sana alegría
la vida nueva me trajo,
y en la santa paz del día
entona la raza mía
las canciones del trabajo.

Abro entrañas minerales,
entablo agrícolas lides
y doy consuelo a mis males
con el zumo de mis vides
y el oro de mis trigales.

Mas si con torpe doblez
alguna insensata mano
provocase mi altivez,
con ademán soberano
demostraría otra vez
que yo soy la España que era,
la que con genio tozudo
no ha tolerado altanera
ni mancillas a su escudo
ni escarnios a su bandera.
¡Aún la sombra del buen Cid
guarda, altiva, mis terruños!
¡Aún, sin rufianesco ardid,
me sobran para la lid
vergüenza, coraje y puños!

¡España! La que en Granada
domó el poderío infiel,
clavando con mano osada
la noble enseña morada
de Fernando y de Isabel.

¡España! La que en Lepanto
y Cádiz y Trafalgar
supo luchar tanto y tanto,
que aun de sus glorias el canto
repite, rugiendo, el mar.

¡España! La que la tierra
cruza, docta y heroína,
con un símbolo que encierra
su guantelete de guerra
y su copa minervina.

¡España! ¡La del león,
la de los sagrados fueros,
la que en cualquier ocasión
tiene majas y chisperos
y Agustinas de Aragón!

MI NOVIA

Tengo yo una novia
¡qué novia más guapa!
No encuentro en el mundo ni diosa ni reina
con que compararla.
Es de sangre noble
y de ilustre raza;
lleva a todas horas
la frente muy alta,
que en ella no ha habido ni estigma de afrenta
ni sombra de infamia.
Está siempre hermosa
mi novia del alma:
unas veces viste las tocas severas
de la castellana;
otras veces luce
el traje de charra
con largos collares y cintas de seda
cayendo a su espalda.
En los barrios bajos
la he visto gallarda
ir a la verbena con mantón de flores,
crugiente la falda,
los claveles rojos sobre el negro pelo,
los brazos en jarras
y con un pasito menudo y ligero
que el pie en las baldosas repiqueteaba.
La vi en Barcelona
salir de la fábrica,

meterse en un corro de mozos y mozas,
bailar la sardana,
cimbeando su talle, mostrando sus manos
de obrera y honrada.
Y la he visto en Murcia
¡nenica simpática!
ciñendo su busto pañuelo de encaje,
cortica la saya,
los pies como almendras, aprisionaícos
en las alpargatas,
llevando en las ropas el aroma sano
de los *azadares* y las albahacas.
¡Vicente Medina
sabía cantarla!
La he visto en Galicia
ruborosa y cándida,
cruzando los valles, cantando cariños
al son de la gaita.
Bajo los manzanos
me ofreció otras veces la sidra dorada
en la noble Asturias,
cuna de Pelayo, mural de la patria.
Bailé con mi novia sentidos «aurrekus»
en la tierra vasca,
y a la sombra augusta del viejo Guernica
cantóme aquel himno que es voz de su raza.
Después, junto al Ebro,
al pie del Moncayo, de cumbres nevadas,
crucé con mi novia las fértiles tierras
donde perdió antaño sus plumas el águila.
Hasta Zaragoza
me llevó mi «maña»
y mirando juntos la puerta del Carmen,
me dijo: —Repara
si son esas piedras seguras y fuertes.
¡Más es mi palabra!,
que llevo en mis venas sangre aragonesa
¡y Aragón no engaña!

Con ella otras veces crucé la fragante
 huerta valenciana
donde entre naranjos y cañaverales
alza, siendo mora, su cruz la barraca,
¡Qué hermosa mi novia con aquel vestido
 de flores de grana,
hundida en sus bucles la peineta de oro,
collares de perlas sobre su garganta,
puesto en las orejas el regio prestigio
 de las arracadas,
ofreciendo pródigas sus manos de nieve
claveles y rosas para «la batalla»!
 Y he visto a mi novia
 juncal y gitana
 en tarde de toros
 salir de la plaza,
los sedosos rizos sombreando su frente,
orlando su rostro la mantilla blanca
y entre el fino encaje, los claveles rojos,
que amores y celos, sangrientos, proclaman.
 La red de madroños
rodeando su claro vestido de maja;
 del breve zapato
surgía el encanto de la media blanca.
 Detrás de la reja
por cuyos barrotes las rosas trepaban,
 mi reina andaluza
oía en la esquina puntear la guitarra
y las hondas notas de una malagueña:
 reproche de amores,
 canción de esperanza,
 rugido de fiera,
 resbalar de lágrimas...
algo que en la dulce quietud de la noche
de los idos moros parecía el alma.

Yo tengo una novia
¡qué novia más guapa!

Reina y labradora, señorita y chula,
obrero y manola, creyente y gitana.
¡De fijo que todos la habéis conocido!
¡Mi novia es España!

¡ARAGÓN Y LIBERTAD!

¡Aragón, Aragón! Tu nombre suena
a grito de altivez y a cañonazo.
Pueblo que sabe unir a un alma buena,
indomable tesón y fuerte brazo.

Como el sol en el amplio firmamento,
el nombre de Aragón brilla en la Historia;
es cada piedra suya un monumento
donde a la Lealtad canta la Gloria.

Altar de independencia es el Moncayo,
que al invasor opone su barrera;
¡de aquellas rudas cumbres baja el rayo
cuando alza el despotismo su bandera!

Pueblo de irreductibles terquedades,
alta la frente por la Historia cruza
y ofrenda sus sagradas libertades
con la sangre gloriosa de Lanuza.

¡Aragón, Aragón! Alma gemela
de los invictos héroes de Numancia,
tu noble altanería se revela
en la rota epopéyica de Francia.

Cerrada tu razón al torpe engaño
proclamas sin temor tu pensamiento
porque en el limpio corazón del maño
jamás la falsedad tuvo aposento.

Sabes cantar si la escasez te agobia;
sabes cantar en la ocasión riente;

y siempre, por la patria y por la novia,
cantas la jota, ¡el himno más valiente!

¡La jota de Aragón! ¡Cuando se escucha,
embarga el pecho una ansiedad extraña:
es voz de triunfo, de pasión y lucha,
acento nacional, rugir de España!

¡Canto de libertad, canto de guerra,
fuerte pregón de honor y valentía,
reto viril que al extranjero aterra,
palabra musical de la hidalguía!

¡Aragón, Aragón! ¡Mientras tu jota
pueda lanzar al viento una garganta,
no se hundirá la patria en la derrota,
no perderá su independencia santa!

EN EL CIRCO

(Pensamiento de Hugo)

Sobre la cálida arena
del circo que el pueblo llena,
sacude con energía
su crespa y larga melena
el león del Mediodía.

Un etíope vigoroso
fuerte compuerta levanta,
y del cubil tenebroso
lentamente el polar oso
sale con pesada planta.

Tras breve contemplación,
va derecho hacia el león
rechinando el diente agudo
y buscando la ocasión
del encuentro airado y rudo.

El león, con faz altiva,
clava su mirada viva
en aquel contrario arisco
y con ágil salto esquivo
el enconado mordisco.

Queda inmóvil un instante,
avanza luego arrogante
y con un rugido recio
dice al feroz contrincante:
—¿Por qué me acometes, necio?

¿No ves cómo a los romanos
regocijan nuestras luchas?
¿De sus tiránicas manos
el palmoteo no escuchas?
¿No ves que somos hermanos?

¿No ves con cuánta atención
está esperando Nerón
ver a quién la muerte abate
en este fiero combate
entre el oso y el león?

Libres la Naturaleza
nos creó; dionos fiereza,
cielo azul y sol ardiente.
¿A qué emplear la destreza
de mi zarpa y de tu diente?

Combate imbécil y vano
sería esta lucha, hermano.
La fuerza de nuestro encono
divertiría al tirano
que nos mira desde el trono.

Cuando en la riña brutal
juntas tu sangre y la mía
regaran el arenal,
símbolo el charco sería
de la púrpura imperial.

No seas, pues, inocente,
y reserva tu furor.
¿A qué causarnos dolor?
¿No fuera más conveniente
matar al emperador?

AMOR IMPOSIBLE

Puso el azar un día en mi camino
a una diosa de rostro peregrino,
de árabes ojos y fragante boca;
y al cruzar su mirada con la mía,
sentí que se encendía
mi sangre en ansia apasionada y loca.
¡Era ella!, la soñada, la secreta
novia ideal de mi alma de poeta;
luz que del corazón borra el enojo,
flor que tiene humildad de violeta
y española altivez de clavel rojo.

Fue una visión fugaz y deslumbrante;
iluminó mi espíritu un instante
y perdióse en la sombra...
¡Aún escucho su voz dulce y distante
que me arrulla y me nombra!
Canta —dice— y espera.
Yo seré tu invisible compañera.
Yo de tu inspiración sobre la pira
avivaré de tu ilusión la hoguera
para que más feliz suene tu lira.

Yo tendré para ti besos de novia,
y en esas horas de hondo desconsuelo
en que la duda tu razón agobia,
sabré infundirte el creador anhelo.
Tuya seré, sin que jamás tus brazos

mi cuerpo opriman en amantes lazos;
yo seré para ti crencha de espuma,
ráfaga acariciante y rumorosa,
girón inalcanzable de la bruma,
perfume fugitivo de la rosa...
Yo alentaré tu pasional empeño,
y de noche, callada y dulcemente,
cuando cierre tus párpados el sueño
yo besaré tu frente...

—¡Ven, mujer!— le respondo delirante.
Mi vida entera toma
a cambio de sentir sólo un instante
sobre mis labios tu divino aroma.
¿Por qué has de condenarme al sufrimiento
de un amor sin fortuna,
amor de la hoja al veleidoso viento,
amor de la luciérnaga a la luna?

—¡Infeliz soñador! ¿Por qué te quejas
si eres cautivo de tus propias rejas?
Si te sientes arder en ese fuego
de tu pasión indócil e ilusoria,
¿no adviertes, pobre ciego,
que te has enamorado de la gloria?

BALANCE DE AÑO

Al terminar el año, hacen balance
el noble Don Quijote y Sancho Panza;
habita el soñador una guardilla
y el escudero una mitad de cuadra.

Sancho vive de usura y compra-venta;
Quijano, de ilusiones y esperanzas;
y cada cual del año que agoniza
la pérdida examina y la ganancia.

Apoltronado en su sillón observa
el escudero el libro de su caja
y sonríe al mirar la enorme cifra
que deja su fortuna asegurada.

Y Sancho filosofa. Llegó a América
hace veinte años ya. Salió de España
cansado de sufrir las tonterías
del ridículo hidalgo de la Mancha.

Todo eso del honor meticuloso
pertenece a otros siglos y a otras razas;
hoy sólo es caballero aquel que es rico;
y más útil que el yelmo y que la adarga
es el tanto por ciento de los préstamos
o el rigor de la ley hipotecaria.

Por la borda del barco que le trajo
arrojó la conciencia y las abarcas
y Sancho entró en América dispuesto
a triunfar por las buenas o las malas.

La victoria fue suya; los millones
en los Bancos le dan producto y fama,
su nombre resplandece en los negocios,
tiene tienda, automóviles y chacras.

Cierto que con el frac y la chistera
queda patente su figura zafia
y que sigue tan bruto y tan grotesco
y que todos se ríen cuando él habla.

Pero Sancho a su vez también se burla
de la gente sabihonda y literata
que conoce a los clásicos de Grecia
y no puede pagar una tostada.

Contemplando la cifra del balance
sonríe satisfecho Sancho Panza.

En cambio, don Quijote, en una pieza
que habita en compañía de las ratas,
a la luz de una lámpara de aceite
hace balance de una empresa vana.

Derramó su amistad y su dinero
donde los reclamó una justa causa;
defendió al desvalido contra el fuerte,
amparó la virtud atropellada...
y en poder de venteros y yangüeses
quedaron libros, armadura y lanza.

La ropilla manchega mal zurcida
pregonó la derrota de la hazaña,
y la legión de Sanchos, al mirarle,
rió con mofa de su pobre facha.

Y don Quijote, al terminar el año,
piensa en lo inútil de su ideal jornada
y no ve redención... ¡porque él no sabe
hacer guarismos ni vender patatas!

Buenos Aires

MADRE E HIJA

¡España, la del león,
la de la rica diadema,
la del noble corazón,
la del glorioso blasón,
la del eterno poema!

¡España, la del destino
por lo sublime, divino;
la que a través de la historia
dejando va en su camino
constelaciones de gloria!

¡España, viejo sagrario,
nombre augusto y legendario,
patria-luz, alma-crisol
que tuvo por siervo al sol
y al mundo por tributario!

¡Aventurera genial
que inflamada de ideal
grabó sus empresas grandes
desde lo alto de los Andes
al africano arenal!

España, madre y señora,
la de los altos destinos,
vaya a ti en esta gran hora
la salve ardiente y sonora
de españoles y argentinos.

Entre el bélico fragor
de la Europa enloquecida
por la fiebre del rencor,
llegue a ti el beso de amor
de tu América querida.

En medio de angustia tanta,
la Argentina se levanta
de los mares tras el tul,
desplegando en la paz santa
su enseña blanca y azul.

Es la hija de tus amores,
es la gloriosa heredera
de tu genio y tus honores,
la que se te ofrece entera
con sus trigos y sus flores.

La que nunca es parricida,
ni puede para tu vida
ser inquietud y amenaza,
porque tiene de tu raza
la noble sangre encendida.

¡Madre, madre! En esta hora
en que el mundo conmemora
tu episodio refulgente,
deja a tu hija labradora
besar tu gloriosa frente.

¡Madre, madre! La Argentina
no ciñe la damasquina
cota de la edad guerrera,
pero en la quietud pampera
con tus glorias se ilumina.

Aunque es la paz su fragancia,
castiga con arrogancia
al que en su altivez la roza,
porque es nieta de Numancia
y hermana de Zaragoza.

Con desinterés profundo
ofrece pan y calor:
sobre su suelo fecundo,
todas las razas del mundo
se confunden con amor.

Y es porque la vieja encina
aunque sus ramas inclina,
no está abatida ni sola.
¡Es porque el alma argentina
no es más que el alma española!

¿Qué importa aquel transitorio
litigio de territorio?
Nada hubo que nos desdore.
¿Qué madre habrá que no llore
de una hija en el desposorio?

Disipado está el rencor,
cicatrizada la herida
y el cargo trocado en flor,
porque es la ley del amor
ley sublime de la vida.

¡Españoles! ¡Argentinos!
¡Llanos están los caminos,
unidos los pabellones,
enlazados los destinos
y juntos los corazones!

LA ARTERIA ROTA

Al pretil que limita el poderío
de las revueltas y blancuzcas aguas,
agólpase la turba de impacientes,
fija en el horizonte la mirada,
atentos al avance perezoso
del barco que en la línea se destaca,
tremolando en su tope
la bandera querida de la patria.
Aquel lienzo parece que saluda
a los que ansiosos en el dique aguardan,
anticipando besos y emociones
de los que ansiosos en el buque avanzan.

Como guía solícito, el pequeño
remolcador, de enseña azul y blanca,
conduce, resoplando fatigoso
al enorme navío por la rada.
Ya se acerca... La turba de impacientes
deja libres salir nombres y lágrimas,
para dar amorosa bienvenida
con el pañuelo, que sacude el ansia.

Y cuando lentamente, de costado,
junto al muro de piedra el buque atraca,
los que están aguardando y los que llegan
se buscan con la vista y con el alma.

En hiriente contraste, los viajeros
se ofrecen al que observa su llegada.

La cubierta de un barco es el proscenio
en donde con mayor fuerza resalta
la brutal diferencia que establece
el dinero en el seno de una raza.

En «clases» dividida
cruza los mares la familia humana:
los ricos, en «primera»;
los pobres, hacinados en la cámara.

Reclinando sus bustos en la borda,
las elegantes damas
al puerto nuevo sonrientes miran
y exclamaciones de alegría lanzan.
Alguna descubrió ya su carruaje
o el lujoso automóvil que la aguarda
y que pronto, a través de la urbe inmensa,
la llevará veloz a su morada,
donde amor y riqueza y atenciones
esperan su presencia y su palabra.
Junto a ellas, atildados caballeros
del «sport», del comercio y de la banca
muestran su faz de júbilo
y los brillantes que a la luz irradian.

Más allá, en la cubierta
a la «tercera clase» destinada,
en montón miserable
el rebaño emigrante se destaca.
¡Sorolla solamente el cuadro triste
al lienzo, con fortuna, trasladara!
Dolor, hambre, infortunio,
semblantes contraídos por la rabia,
pechos maternos que sin jugo cuelgan
sobre infantiles cabecitas pálidas...

Sin conocerse, todos se conocen;
los juntó la miseria despiadada
y despertóse en ellos
la hermandad del rencor y la desgracia.
Del poderoso buque transatlántico

sobre las lisas tablas,
las regiones hambrientas confundieron
sus penas y añoranzas.

Contó el aragonés que ya sus vides
no eran báquicas ubres para Francia,
y el estéril sarmiento
hoy se tiende olvidado entre la grama.
Refirió el andaluz que ya sus brazos
no alquila el capataz por la mañana,
y el alcalde no puede
matar el hambre de familias tantas.
Relató el valenciano
que la crisis cerró taller y fábrica,
que en las obras del Puerto
los braceros sobraban.
Bilbao, Galicia y Cartagena hablaron,
y fue la narración igual y amarga;
y en solidaridad de pesadumbre
se unieron las regiones desgraciadas,
formando con harapos
el nacional y desolado mapa...

Cuando el pobre rebaño, mar adentro,
se fue alejando de la costa patria,
y en vasta redondez de olas y cielo
perdió su pensamiento y su mirada,
América surgió, como la diosa,
del fondo misterioso de las aguas,
promesa de ventura,
oasis de riqueza y esperanza...

El barco queda inmóvil;
los marineros la escalera bajan
y los dichosos de la «clase» rica
al suelo ansiado los primeros saltan.

Atrás, entre equipajes y maromas,
la emigración aguarda,
juntando las cabezas en rebaño

con faz de asombro ante la tierra indiana.

.....
.....

¡Cada buque emigrante me recuerda
la bíblica ballena, en cuya panza
viene el Jonás obrero
para ser arrojado en estas playas!

¡Me parece el Atlántico
arteria rota de mi madre España,
por donde en chorro grande y silencioso
la riqueza y la vida se le escapan!

Buenos Aires

EL LEON MUERTO

*(Homenaje rendido a la memoria de Joaquín Costa,
en el Teatro Avenida de Buenos Aires)*

La musa tiembla cobarde
ante el cadáver de Costa:
¿cómo dar a tal grandeza
la pequeñez de la estrofa?

Hombre-símbolo, alma-cumbre,
crisol de la raza toda,
ese muerto que lloramos
era la esencia gloriosa
de una España refundida
sobre el yunque de la lógica,
una España menos fatua
y mucho más labradora,
que guardase con dos llaves
las osamentas heroicas.

Tuvo Costa, como Jano,
una faz vuelta a la Historia
y otro rostro hacia el futuro
limpio de errores y sombras.
Fue su voz apocalíptica
la que en las menguadas horas
del nacional desaliento
hizo temblar las coronas,
sonrojar a los culpables
y retorcerse a los Opas.

Como el «Manes, Thacer, Fares»
de la cena babilónica,
a los ojos de la patria
surgió una castiza prosa
que era tralla restallante
cruzando frentes traidoras
y era furioso rugido
del león de Zaragoza.

Mesías de calzón corto,
sobre las turbas atónitas
dejó caer la semilla
de su nacional reforma.
Implacable cirujano,
hundió en la carne española
su pluma, que era escalpelo,
y abrió las entrañas rojas
para raer los prejuicios
el virus de muertas glorias,
los gérmenes de la holganza,
la tumefacción histórica,
el microbio del Quijote
y la pulpa fanfarrona.

El hispánico organismo,
limpio de su vieja roña,
sometido al tratamiento
de una educación juiciosa
y del amor al trabajo,
hallaría salud pronta
prefiriendo cuerdamente
el arado a la tizona,
el estudio a la baraja
y su tierra a la remota.

Hacer de la España vieja
una España fuerte y moza,
segura de su energía
y maestra de sí propia.
Una España, sin migajas
de ajenas voces y modas,

adornada con su seda,
satisfecha con su idioma,
¡una España muy baturra
para ser doble española!

 Mi musa tiembla cobarde
ante el cadáver de Costa,
esperando que el difunto
se alce en su caja mortuoria
y nos pague el homenaje
con estas voces de cólera:
—¡Más libros y menos loros!
¡Más pan y menos estrofas!

DOLENCIA DESCONOCIDA

La pobre Rosalía,
hundida en un sillón, tras la ventana,
dulcemente moría;
y nimbando su frente en la agonía,
el sol, entre celajes de oro y grana,
enviaba con desmayo
a aquella mustia flor su último rayo.

En el triste aposento
imponía la muerte paz profunda,
que apenas si turbaba con su aliento
la joven moribunda.
La vida se acababa por instantes.
Inmóviles los ojos,
parecían mirar interrogantes
del alma los recónditos antojos;
y los pálidos labios,
como dando perdón a hondos agravios
o tal vez el adiós a un imposible,
pronunciaron de modo imperceptible
un nombre apasionado: era el de un hombre,
y se escapó la vida con el nombre.

Llegó entonces la Ciencia: un doctor viejo
que en su larga experiencia
y de la observación en el consejo
aprendió lo que no explica la ciencia.
Miró a la pobre niña con ternura,

auscultó el corazón, tocó la frente,
y con voz insegura
—Ha muerto —murmuró maquinalmente.
—¿De qué ha muerto, doctor —dijo llorosa
la vehemente Rosa,
amiga la más fiel de Rosalía—.
¿Anémica tal vez? ¿Tuberculosa?
¿De qué ha muerto la pobre amiga mía?
—Ni el pulmón ni la sangre la han matado
—dijo el viejo doctor—. Esta inocente
constituye hoy un caso inusitado.
Su mal en nuestros días no es frecuente.
Estas enfermedades
pertenecen a históricas edades,
pero la humanidad, día tras día,
con impulso espontáneo
puso Interés donde antes Poesía,
y sobre el corazón proclamó el cráneo
su mercantil y cauta tiranía.
Allá en la antigüedad, el sentimiento
eligó el corazón por aposento.
En los tiempos presentes
es otra la mortal naturaleza
y hoy los afectos son simples agentes
que, a la región cardíaca indiferentes,
van rectos a agolparse en la cabeza.

La concurrencia oía,
absorta la estupenda teoría,
pero, inquieta y curiosa,
otra vez al doctor preguntó Rosa:
—Entonces, ¿de qué ha muerto Rosalía?
Calmando la impaciencia desbordada
habló el doctor: —Es raro, lo confieso;
pero ha muerto ¡de amor! la desdichada.
—¿De amor? —dijeron todos—. ¿Y qué es eso?

PAN Y TOROS

¡Paso a mi patria, la España noble
de la epopeya, de la alegría,
a cuyas plantas laurel y roble
muestran eternos su lozanía!
¡Paso a mi España, la patria mía!
Sagrada musa de mis cantares,
a la que mi alma su ósculo envía
sobre la comba que alzan los mares.
¡Paso a aquel pueblo, crisol de razas,
de honor y gloria rico venero,
que guarda siempre las nobles trazas
del caballero
hecho al ajuste de las corazas
y al trato amigo del largo acero!
¡Paso a mi España, la generosa
madre de mundos, sencilla y buena,
la que sonríe, pobre y gozosa,
labrando hidalga la dicha ajena!
¡La España grande, que canta y ruge,
que enseña y lucha, mora y cristiana,
la que ante el riesgo le sobra empuje
y en los dolores su amor desgrana!
¡Pueblo valiente,
de alma impetuosa, de sangre hirviente,
fácil a todo requerimiento
de la hidalguía,
del heroísmo, del sentimiento;

pueblo que esparce sabiduría
y a su bravura no pone doma;
que tiene helena la fantasía
y acude al circo y aplaude a Roma!
Pueblo que gusta de la belleza
que hay en su rica literatura
y se entusiasma con la guapeza,
con el peligro, con la bravura.
¡Raza exclusiva,
audaz, piadosa, fuerte y esquivo!
En ti está el germen inacabable
de la victoria definitiva.
¡Aún guardas, pueblo, la frente altiva
como Lanuza y el Condestable!
Rezas cristiano, moro peleas,
nada codicias, nada deseas
si a manos tienes una guitarra
y hay una reja bajo una parra
y tras la reja tu amor sonrío...
¡Pueblo bizarro que al sol se engrío
cuando contempla desde el tendido
el busto airoso
de la manola
y abajo al hombre de luz vestido,
mientras la sangre del toro herido
borda en la arena huella española...!
¡Honrada patria, la patria mía
que no conoce falsos decoros,
que tiene propia sabiduría,
que es franca y noble, terca y bravía...!
¡Bendito pueblo de Pan y Toros!

LA VISIÓN DE CERVANTES

Sal, noble hidalgo, lanza en astillero
puesta sobre los ojos la celada,
a buscar a tu fe de caballero
la ocasión en los libros columbrada.
Sal de la venta, loco don Quijote,
a ser sobre tu flaco Rocinante
de malandrines ejemplar azote,
de Dulcineas defensor andante.
Sal en busca de odiosas sinrazones,
ve a deshacer románticos agravios,
que de justicia han sed los corazones
y ávidos de piedad se abren los labios.
El universo tu locura sabe
y así la Humanidad tu nombre ensancha
¡que el mundo entero se concentra y cabe
en la estéril llanura de la Mancha!
Sigue tu ruta, y donde España cierra
su confín con el mar, dobla tu brío.
Hay detrás de los mares otra tierra
que te ofrece un eterno señorío.
América te aguarda y se recrea
ansiosa de tu genio soberano:
¡América, la hermosa Dulcinea
del inmortal idioma castellano!
¿Qué importa que a este pobre alcahalero
a quien debes el ser, la cena falte?

Mi pluma, que te ha armado caballero,
hará que el orbe tu grandeza exalte.
Y las razas presentes y futuras
con letras de oro escribirán tu mote;
¡que su ejemplo han de ser las aventuras
del ingenioso Hidalgo Don Quijote!

LA FRONTERA

Altos como la idea que me enardece,
grandes como mis ansias y mis deseos
entre nieblas confusas, cuando amanece,
ante mí se levantan los Pirineos.

La vieja y egoísta codicia humana
trocó en hito y en muro la cordillera,
la raza dividiendo que nació hermana,
con el mote mezquino de la frontera.

A un lado y otro lado de esa gran jiba
hay amores y lágrimas y sufrimientos,
y la frontera salvan, con ansia viva,
de los hombres rebeldes los pensamientos.

Pasaron maldecidas aquellas horas
en que las viejas razas se desangraron
al grito de invadidas o de invasoras
con que del Pirineo la paz turbaron.

Hoy es Ceres risueña quien vence a Marte,
borrando con los surcos el negro rastro.
Polvo es ya la grandeza de Bonaparte,
polvo es ya el heroísmo del terco Castro.

Fundiendo antiguos odios en los crisoles
del amor y el trabajo —¡vías y mieses!—
en fraternal abrazo los españoles
se confunden gozosos con los franceses.

¡Borremos la frontera, valla maldita!
Ante el hombre, esos riscos son los pigmeos.
¡Es la letra de molde la dinamita
que volar puede un día los Pirineos!

Port Bou, 1907

EL MISTERIO DE LA NIEVE

Con tu mano pequeña entre las mías
—Qué bonita es la nieve! —me decías
viendo los fríos copos descender.
—Parecen diminutas mariposas,
inmaculados pétalos de rosas
que arranca en lo alto un invisible ser.

La tarde que mi hermano fue a la guerra,
también bajaba a la angustiada tierra
la blanca nieve con tristeza igual...
Callaste ante el recuerdo doloroso
y resbaló por tu semblante hermoso
una lágrima dulce y fraternal.

El bosque, la montaña, la llanura
iba envolviendo en su ideal blancura
la nieve como un velo de dolor;
y bebiendo tu llanto en un suspiro
seguiste contemplando el vago giro
del copo silencioso y volador.

¿Es verdad que del cielo en los jardines
las vírgenes deshojan los jazmines
y los arrojan al azar después?
¿O es cierto que jugando entre las nubes
pierden sus albas plumas los querubes
y bajan, hechas nieve, a nuestros pies?

Yo quisiera aprender la bella historia
de esos copos que vienen de la gloria
y caen sobre la tierra con amor.
Tú la debes saber. ¡Habla, poeta!
Revela a mi alma la razón secreta
de la nieve y su beso de candor.

Yo contemplé tu frente inmaculada,
más pura que el blancor de la nevada,
y dije, a tu ansiedad poniendo fin:
—No es la nieve la pluma desprendida
de la legión etérea y elegida;
no es la nieve las hojas del jazmín.

La nieve está formada por el llanto
que arrancó a tantas madres, el quebranto
de la guerra fatídica y cruel;
es el suspiro de los hijos muertos,
es la sangre caída en los desiertos
campos donde Caín triunfó de Abel.

De la tierra empapada de amargura
levantóse una nube hacia la altura,
de justicia y consuelo acaso en pos;
y dejando tras sí dolientes rastros,
a través del silencio de los astros
la nube del pesar llegó hasta Dios.

Y es su mano, piadosa y compasiva,
la que deja caer desde allá arriba
la nieve como manto de piedad,
envolviendo con puros azahares
las ruinas, las trincheras, los hogares
y de la cruz la augusta soledad.

¡SIEMPRE!

De este amor que mi espíritu esclaviza
la dueña serás siempre.

¡Siempre, mi dulce bien! Aunque el olvido
en tu adorado corazón me entierre.

Yo ignoro si el orgullo o la desgracia
nos lanzará con rumbos diferentes:

¡tal vez mañana, de este amor profundo
sólo cenizas en tu pecho queden!

Mas cuando el frío de la ausencia un día
tus juramentos de cariño hiele,

¡piensa, mujer amada, que en mi pecho
tu imagen vive siempre!

Mientras la vida brille en mis pupilas
mientras la sangre por mis venas ruede,
mientras mi corazón, con sus latidos,
te llame a ti, luchando con la muerte,
¡de mi amor, de mi fe, de mi alma toda,
la dueña serás siempre!

Y si es la muerte un tránsito glorioso
y se abren en la tumba los dinteles
de eterna y nueva vida, en ese mundo
de excelsa paz y de verdad perenne,
al encontrarse mi alma con la tuya
repetirá su juramento: ¡Siempre!

ALMA ANDALUZA

*(Poesía leída en la velada inaugural
del Círculo Recreativo Andaluz.)*

Son la patria y la madre
santos amores
que en el alma florecen
siempre lozanos,
y que ni la distancia
con sus rigores
ni ruidos contratiempos
abrumadores,
apagan en el culto
de los humanos.

Aquel que ha contemplado
su madre muerta
y ha besado, lloroso,
su frente yerta;
y ese dolor más tarde
con otro ha unido:
el de mirar, inmóvil,
sobre cubierta
alejarse la costa
donde ha nacido,
quien ha experimentado
tal armadura,
conoce de las penas
las dos mayores;

pensar que de su madre
la sepultura
está en la patria amada...
tras la llanura
de un mar que ha recogido
llanto de amores.

Esa atroz y callada
melancolía
que el corazón abruma
del emigrante,
también se halla clavada,
cual flecha impía,
en el alma risueña,
fuerte y amante
de los hijos alegres
de Andalucía.

Lejos de aquella tierra
donde los ojos
recibieron las ricas
primeras luces;
recordando en las grupas
caireles flojos
y en femeninas trenzas
claveles rojos,
suspiran en América
los andaluces.

¡Quién te viera de nuevo,
bella Granada!
¡Quién subiera a tu cumbre,
Sierra Nevada!
¿Dónde están tus perfumes,
noble Sevilla?
¿Dónde tus frescos patios,
Córdoba amada?
¿Dónde está, ¡vino de oro!
la manzanilla?

¿Cómo olvidar aquellos
ricos jardines
que prestan al paisaje
regio decoro,
donde bajo las rosas
y los jazmines
parece que aún resuenan
los bandolines
y la voz amorosa
del galán moro?

Para el alma andaluza,
toda alegría,
la calle americana
rinde y hastía.
¡Place más lo torcido
de la calleja,
una reja con flores
y tras la reja
una reina gitana
de Andalucía!

Bien hacéis, andaluces,
como las aves
en juntaros en banda
y unir quebrantos.
Los duelos en compañía
no son tan graves.
La guitarra os convida
con notas suaves
¡Lanzad de vuestra tierra
los dulces cantos!

Que extienda por las pampas
de la Argentina
sus ecos quejumbrosos
la granadina;
que se beban amores
en la rondeña;

que alce la sevillana
su intención fina;
que humedezca los ojos
la malagueña.

Vuestro canto, andaluces,
el alma baña
con rocío de afectos
la tierra extraña;
resbalarán las coplas
sobre los mares
y al llevarse las olas
vuestros cantares,
como lluvia de besos
irán a España.

EL SALUDO IMPERIAL

Hay en mi larga vida de bohemio
una noche, ¡una sola!,
en que de la región de los espíritus
vieron mis ojos animadas sombras.
Nostalgia y desamparo aquella noche
me echaron por azar a la Moncloa
y caí sobre un banco, donde el sueño
vino a endulzar mis íntimas congojas.
Ignoro el tiempo que pasó... De pronto
me despertaron las pisadas próximas
de alguien que en el misterio de la noche
avanzaba con marcha cautelosa.
Abrí los ojos y un asombro inmenso
heló mi sangre toda.

Envuelto en su capote de campaña,
inclinada la frente sin corona,
haciendo resonar a cada paso
las espuelas que el águila decora,
Napoleón, el rey de los franceses,
la pesadilla trágica de Europa,
avanzaba, llevando bajo el brazo
la brida recia y floja
de su noble caballo, cuyos cascos
el lodazal manchó de la derrota.

¡Resurrección extraña! Parecía
que por desquiciamiento de la lógica

su curso hubiese detenido el tiempo
para hojear el libro de la Historia.
Era aquél un instante redivivo
de la noche espantosa
que en Waterloo se hundiera desangrada
la Francia militar y arrolladora.
Del grandioso vencido a las espaldas
parecía sonar, lejana y sorda
la feroz confusión de la batalla;
los coraceros, que en carrera heroica
alcanzan la meseta, y en el foso
como una catarata se desbordan;
los cañones de Prusia y de Inglaterra
que barren las columnas napoleónicas;
y la guardia, que muere sin rendirse,
al pie de su bandera altiva y rota.

Pasó el emperador ante mis ojos;
y en la imponente soledad de la hora,
de Daoiz y Velarde frente al grupo
hallóse de improviso. Majestuosa,
encuadró su figura Bonaparte;
brillaron sus pupilas en la sombra
y alzando hasta la sien su diestra augusta,
del Dos de Mayo saludó la gloria.

La mirada del César prestó vida
al grupo que la hazaña rememora...
¡Y el saludo imperial, Daoiz y Velarde
pagaron con marcial venia española!

MI NIDO

Ni la envidia me atormenta
ni me ciega la ambición;
el obstáculo me alienta
y aborrezco la traición.

Soy más pobre que una rata
y el ser pobre no deploro,
pues si ando escaso de plata,
tengo de amor un tesoro:

Esposa honrada y risueña,
cinco hijos que son mi orgullo,
y una chiquilla porteña
que es de mi vida el capullo.

Un nido alegre y barato,
flores en todo rincón,
cuatro pájaros y un gato
que me gana a dormilón.

¡Que siempre así se deslice
vida en que tanto amor puse,
sin oro que me esclavice,
sin amo que me cotice
ni conciencia que me acuse!

LUCHA DE COLOSOS

Indiferente a la saña
del estruendoso oleaje,
firme, soberbia y salvaje,
levántase la montaña.
Vieja fortaleza huraña
corona la mole enhiesta;
y al alba, cuando protesta
el mar furioso y vencido,
del cañón el estampido
en la altura le contesta.

Gigantesco simbolismo
en un contraste violento
ofrecen al pensamiento
la montaña y el abismo.
El secular despotismo
en aquel cuadro se encierra:
el mar, siervo de la tierra,
bate el duro acantilado,
y está el peñón dominado
por el monstruo de la guerra.

Una tarde... El sol su lumbre
hundía en región lejana,
tiñendo con luz de grana
el castillo de la cumbre.
Con traza de incertidumbre,
un joven de faz altiva,

caminaba monte arriba,
sin mostrar en la ascensión
ni penosa agitación
ni voluntad decisiva.

Su planta siguió al azar
un sendero mal trazado,
y el hombre se encontró aislado
entre el castillo y el mar.
Paraje tan singular
de su agrado debió ser,
pues con gesto de placer
tumbóse sobre un tomillo,
y sacando del bolsillo
un libro, se dio a leer.

¿Qué era aquel libro? La queja
de una conciencia irritada,
a las páginas llevada
a través de fuerte reja.
Horrorosa historia vieja
de castigos y prisiones,
de víctimas y sayones,
de códigos contrahechos,
¡estallar de corazones
en martirizados pechos!

El sol hundió en occidente
su destello soberano.
Con el libro en una mano
se irguió el hombre airadamente.
Sonó el Angelus doliente
en una iglesia lejana;
y ahogando de la campana
la pausada vibración,
tronó en la cumbre el cañón
como advertencia inhumana.

Cuando el estampido recio
la montaña estremecía,

la fortaleza sombría
miró el hombre con desprecio.
—Presumes de un poder necio
—dijo con ruda firmeza.
—No es el bronce, es la cabeza
la que luz al siglo da.
¡Truena, truena, fortaleza!
¡El libro te vencerá!

Barcelona, 1906

LA MUSA

 Mi musa no tiene
 la tez de azucena,
 ni el lánguido porte
 de la dulce Ofelia,
ni el acento blando de la azul ondina
 que en el lago juega.
 Mi musa no viste
 damasquinas telas,
 ni manto de púrpura,
 ni graciosa vesta;
 ni ciñe a su frente
 dorada diadema,
ni hay oro en sus manos, brocado en sus plantas,
 ni en su cuello hay perlas.
 Mi musa es humana,
 vulgar y plebeya,
de mano callosa por la dura máquina
 o la tosca esteva,
 a que la esclaviza
 la ambición burguesa.
 Mi musa no es Safo
 delicada y tierna;
es mujer de pechos robustos, pletóricos
de savia de vida para razas nuevas.
 No es el mito bello,
 es la infeliz hembra

que da para el amo su esfuerzo en el surco,
su hija al apetito y el hijo a la guerra.

¡Musa desolada,
ceñuda y famélica,
que sufre y trabaja,
que ruge y protesta!
Por eso en mi lira
no hallaréis la leda

nota melancólica de afectos en calma,
ecos apacibles de la humana fiesta...

Enlutada y triste
mi musa plebeya,
en la amarga rima
clama rebeldías, llora de vergüenza...

EL COCHE BLANCO

En el frío rincón de la guardilla
sollozaban la niña y el anciano,
temblorosos los dos, uniendo su hambre
y su dulce cariño en un abrazo.

¡Dos días sin comer!... Vana defensa
en la implorada caridad buscaron.
El mundo dijo al hombre: —Dios te ampare—
y de la niña en los oídos castos
murmuró en las esquinas: —Yo te compro;
véndeme tu honradez y tus encantos—.

Y la virgen y el viejo aquella noche
con su dolor y su hambre se juntaron;
y Satanás, oculto en las tinieblas,
cogía a la doncella de la mano...

El viejo murió allí, solo, en la sombra;
la muchacha, al volver, lo encontró helado,
y mordió, rencorosa, las monedas
que le entregó aquel hombre que halló al paso.

Después... un cuerpo que por siempre se hunde
en la fosa común del camposanto;
y otro cuerpo, pletórico de vida,
hundiéndose entre vicio y entre fango.

La muerte, más piadosa que los hombres,
dio a la niña infeliz pronto descanso;
voló el alma hasta Dios y quedó el cuerpo
entre cuatro tablones encerrado.

Cuando el fúnebre coche la esperaba
del lupanar ante el oscuro patio,
el mundo, siempre imbécil, se reía
¡porque el coche era blanco!

RECOMPENSA

Aterido por la nieve
y azotado por los vientos
a la aventura camina
el desventurado viejo.
Son sus pies torpes y flojos
menguado sostén del cuerpo,
y a los agobios del asma
parece un fuelle su pecho.
Aquellos brazos temblones
que el hambre ha dejado secos,
dos palancas del trabajo
en la obscura mina fueron,
con fuerza de catapulta
y resistencia de acero.
Esclavo de capataces,
galeote del opulento,
carnaza de la codicia,
topo humano del subsuelo,
de las entrañas maternas
pasó, ignorado y contento,
a las entrañas de un monte,
donde, infatigable y terco,
dejó marcada con sangre
su larga historia de siervo.
En las horadadas peñas
el impúber se hizo viejo,

con apetitos de bestia
y aspiraciones de réprobo...
La obscuridad de la mina
penetró hasta su cerebro;
de los desgajados bloques
dureza tomó su pecho:
fue la mina su amor único,
el pico su compañero...
Cuando, gastado y enclenque,
faltáronle los arrestos
y suplió la vagoneta
al fuerte pico de hierro,
y la sociedad minera
hizo traspasos de créditos,
sin socorro, sin amores,
sin hogar y sin consuelos,
aterido por la nieve
y azotado por los vientos,
implorando una limosna
que le niegan sus negreros,
a la ventura hoy camina
el desventurado viejo.

A LA FRAGATA «SARMIENTO»

Golondrina
peregrina
que abres al viento tus alas
y parece que resbalas
sobre la comba marina,
llevando a remota tierra
el entusiasmo que encierra
la hidalga patria argentina.
Sobre su cubierta santa
por vez primera mi planta
pongo con honda emoción
y, hecho un cáliz, se levanta
hasta ti mi corazón.
No soy aquí un extranjero
curioso, ni pasajero.
Soy un amoroso hermano
que de este mar al arrullo
saluda con noble orgullo
la bandera del Belgrano.
Bandera de una nación
que tras afanes prolijos
conquistó su redención:
¡bandera que es pabellón
en la cuna de mis hijos!
¡Airosa y bella fragata!
¡Rauda gaviota del Plata
que entre festones de espuma

y entre cendales de bruma
en tu derrotero avanzas,
enlazando a tus destinos
juveniles esperanzas
y entusiasmos argentinos!
¡Blanca «Fragata Sarmiento»!
¡Quiera Dios que de ola en ola
besen el triunfo y el viento
la bandera que tremola
al tope en este momento!
Argentina
golondrina
que de la región austral
llevas a tierras remotas
las dulces y graves notas
de tu canción nacional.
¡Que siempre luzcas tus galas,
que siempre se abran tus alas
victoriosas bajo el sol,
que la suerte hinche tus velas,
que honor bruñan tus estelas
te desea un español!

MAR Y CIELO

Bate el mar con furia loca
el costado de la roca,
y aunque es vana su altivez,
se repliega cuando choca
para chocar otra vez.

La roca, fuerte y segura,
despreciando la bravura
del estruendoso oleaje,
parece, firme y salvaje
querer perderse en la altura.

Y así, en sabio paralelo,
la Naturaleza enseña
de la soberbia el modelo;
¡que ni el mar hunde la peña,
ni la peña llega al cielo!

REGALO DE REYES

Reinaba en la blanca alcoba
un pavoroso silencio,
débilmente interrumpido
por el fatigoso aliento
de aquel niño que en la almohada
la rubia cabeza hundiendo
recibía de la muerte
el fatal y frío beso.
Devorando con los ojos
el rostro pálido y yerto
de aquel sol de sus amores
que iba hacia el ocaso eterno,
la madre, trágica y muda,
inclinaba el joven cuerpo
sobre el hijo moribundo
pasando el albo pañuelo
sobre los labios febriles,
claveles que mustió el cierzo.
Frente a la mujer, el padre
terriblemente sereno,
buscábase con las uñas
el corazón bajo el pecho.
Moría el niño; la ciencia
cerró sus mágicos textos
ante aquella cama blanca
como la flor del almendro.
Y en la quietud espantosa

de aquel arcón del ensueño,
libraban angel y muerte
combate mudo y siniestro.
Llegaban hasta la estancia
en cruel contraste los ecos
de otros niños que en las calles
al son de alegres panderos
preparaban a los Magos
ruidoso recibimiento.
Abrió el ángel moribundo
de pronto sus ojos bellos
empañados por la bárbara
agonía y dijo quedo,
con voz que la alondra hubiera
traducido en su gorjeo:
—Mamita, ¿vendrán los Reyes?
—Los padres, con dulce anhelo,
aproximando sus bocas
a la boca del pequeño:
—Vendrán, vendrán —repetían,
el llanto al hablar bebiendo.

.....
¡Vinieron, sí! Cuando el alba
iluminaba los cielos
y besó con luz medrosa
la frente del niño muerto,
penetraron en la alcoba
tres hombres con traje negro
y dejaron junto al niño
—que aún estaba sonriendo—
un ataúd de madera
forrado de terciopelo.

INVIERNO

Cuando al declinar la tarde
mires, desde tu ventana,
del monjil huerto vecino
los rosales y las zarzas
sin pájaros y sin flores,
desnudos junto a la tapia,
medita cuán semejantes
son ese huerto y mi alma
desde el día en que tu olvido
deshojó mis esperanzas.

La ilusión, pájaro azul
que mi espíritu alegraba,
lo mató una noche triste,
el hielo de tu mirada.
Un soplo tuyo de orgullo
secó mis amantes ansias
como el cierzo de las cumbres
mustia las rosas tempranas.

En pos de ambicioso ensueño
corriste desalentada,
sacrificando a tu anhelo
del amor las dulces aras.
¡Y hoy también el desengaño
como fúnebre mortaja
envuelve tus ilusiones
de grandeza y bienandanza...

Cuando al declinar la tarde
mires, desde tu ventana,
del monjil huerto vecino
los rosales y las zarzas,
deja rodar por tu rostro
del desencanto las lágrimas
y piensa que a nuestros pechos
no volverá la esperanza
¡aunque regresen los pájaros!
¡aunque florezcan las ramas!

«LA ARGENTINA»

*(A la excelsa artista Antonia Mercé,
en su fiesta de honor)*

Argentina peregrina,
rica flor americana,
gitanaza granadina,
que eres, más que danzarina,
centella, ráfaga, ondina,
vibración, musa y sultana;
más que un literario tropo
a tu gracia, ¡tuya sola!
yo vengo a echarte un piropo
de rancia cepa española.

Queden para otros poetas
las finas comparaciones,
las líricas etiquetas.
Yo siento que mis canciones,
al volar entre estas luces,
no se conviertan, chiquilla,
en claveles andaluces
para adornar tu mantilla.

Tanto te admiro y te quiero
que a tu admiración me inmoló,
y echo ante tu pie ligero
el sombrero
de un manolo
y la capa de un chispero.

Porque viendo tu figura
en la escénica tramoya

se recuerda la frescura
de los colores de Goya.

Pareces una duquesa
que en fiesta del pueblo bajo
ha dejado la calesa
para buscar a su majo.

Tienen tus danzas el sello
de lo clásico y lo bello;
ríe España en tu mohín
y esparces en tu alegría
toda la gitanería
del alma del Albaicín.

Con artístico ademán
al aire tus brazos van
en busca de algo que anhelas,
y es un arrullo galán
el son de tus castañuelas;
con ellas cantas y lloras;
ellas, de tu sentimiento
son intérpretes sonoras,
lenguas de tu pensamiento.

Viéndote cruzar la escena
viene el recuerdo a la mente
de aquella raza agarena
que alivia en danzas su pena
bajo el cielo del Oriente.

Eres tú la conjunción
de la gracia y la pasión;
tienes la línea judía
y quemas tu corazón
en fuego de morería.

Y aún hace más peregrino
ese contraste que asombra
ver que naciste a la sombra
del pabellón argentino.

Por eso, ¿quién no te adora,
si en tu figura cenceña
late la España risueña

con la pasión de la mora
y el amor de la porteña?
Argentina peregrina,
serpentina
que al soplo del aire ondula,
la que con flores se peina,
la que tiene aires de reina
y sentimiento de chula;
la que, garrida y juncal,
de la danza en los primores
ha dado al mantón de flores
rango de manto real;
Argentina,
la divina,
la de las mágicas galas,
la de planta breve y fina
—miniatura de dos alas
de paloma—
clavel de lúbrico aroma,
rayo de oro,
que al arte prestas decoro;
yo quisiera, en vez de versos,
traer a tu bello homenaje
flores de cálices tersos,
prendas de mi vasallaje.
Pero me envuelves, gitana,
de tus gracias en la ola;
y en inflexión cortesana,
ante tus pies de sultana
tiendo mi capa española.
Písala, reina morena,
mientras el aplauso suena,
y la fama en ti culmina...
que pasando la Argentina,
pasa España por la escena.

LUCHA MACABRA

La misma tapia cercaba
los cementerios rivales,
y un mismo azadón cavaba
aquel suelo que tragaba
ateos y clericales.

Otra tapia recia y fuerte,
ambos campos dividía...
¡Libertad y tiranía,
ni en presencia de la muerte
cejaban en su porfía!

La iglesia, en el paredón
de su fúnebre mansión,
puso la cruz nazarena,
mientras el otro frontón
mostraba un reloj de arena.

Y en la augusta soledad
de los que en la eternidad
yacían en hondo sueño,
reñía la Humanidad
su psicológico empeño.

Sobre losas sepulcrales
y entre galas funerales,
la tradición y la duda,
—fieros y eternos rivales—,
proseguían su lid ruda.

En el católico osario
los nichos, en largas filas

fingían al visionario
 quietos ojos sin pupilas
 mirando al campo contrario.

Así, buscando motivos,
 hasta en los despojos yertos,
 siempre fieros, siempre esquivos,
 se amenazaban los vivos
 sobre el polvo de los muertos.

En aquel combate vano,
 con escrúpulo servil,
 cuidaba el rencor humano
 el cementerio cristiano
 y el cementerio civil.

Mas en su torpe ceguera
 los combatientes no ven
 que, mientras en lucha fiera
 sucumben por su quimera
 y por su mutuo desdén,
 subiendo de opuesto lado,
 sobre ese muro elevado
 que divide a los rivales,
 con amor se han abrazado
 las ramas de dos rosales.

Y que sus entrañas puras
 a todos abre la tierra,
 y desde azules alturas
 el sol alumbra su guerra
 y besa sus sepulturas.

OCASO

¿Recuerdas? Del crepúsculo callado
contemplábamos juntos la grandeza;
sobre mi corazón enamorado
reclinaste, confusa, la cabeza
y con acento quejumbroso y triste:

—¿Tendrá el amor —dijiste—
su ocaso como el sol? ¿Tras la ventura
que el alma alegre como claro día,
vendrá el desengaño la amargura,
igual que de la noche la negrura
mata de cielo y tierra la ufanía?

Callé, perplejo y grave.
Sobre nuestras cabezas cruzó un ave,
un pájaro maldito y agorero
que en la solemne calma
del crepúsculo austero
fue presagio de penas para el alma.

Han pasado los años.
Mataron mi pasión tus desengaños,
el rosal de mi fe quedó desnudo...
¡Hoy, como dos extraños,
cruzar solemos un cortés saludo!
Y al seguir cada cual nuestro destino,
al pensar que jamás a nuestro paso
florecerán las zarzas del camino,
oigo una voz que dice: —Peregrino,
¡el amor, como el sol, tiene su ocaso!

A UN JUDAS DE LA FAMILIA

Naciste en la noble España,
murió en presidio tu padre,
fuiste a la escuela; el maestro
sudó pez por desasnarte,
y en cuanto te hiciste mozo,
con precaución de cobarde
huiste del patrio suelo
porque tu preciosa sangre
no se vertiera, si España
te pedía ese homenaje.

Provisto de documentos
más falsos que tu carácter,
pudiste llegar a América,
sin profesión confesable,
sin vocación de trabajo,
sin vergüenza ni equipaje.

Pegadizo como el polvo,
a un amigo te arrimaste
comiendo de su trabajo
hasta llegar a cansarle.

Sabe Dios de cuáles medios
te valiste en Buenos Aires
para dormir bajo techo
y acallar un poco el hambre.

Te ofrecieron unos pesos
por ejercer espionaje

cerca de un gremio huelguista,
y tan bien te comportaste
que fracasó el movimiento,
hubo tiros y hubo sangre;
aquellos que tú vendiste
como un soplón miserabale,
los unos, fueron al hoyo
y los otros a la cárcel.

Para ponerte a resguardo
de consecuencias probables,
tu condición española
por otra extraña cambiaste,
(con lo cual salió ganando
la nación que fue tu madre).

Y hoy, para halagar los gustos
de gente ruin y salvaje,
hablas de España diciendo
que es un pueblo agonizante,
sin progreso, sin escuelas,
sin oro y hasta sin aire.

¡Alto ahí, canalla! De España
pueden decir cosas tales,
o los borrachos por odio
o renegados infames.

¿Qué sabéis lo que es España,
jauría de ganapanes,
si unos, por rencor atávico
y otros por traición cobarde
injuriais a la matrona
que os ha dado hasta su sangre?

¡A callar los viboreznos!
¡A callar los ignorantes!
¡Silencio, que pasa España!
¡La esposa del Sol...! ¡LA MADRE!

Buenos Aires

RÉPROBO

De su postrer juicio en pos
y con gesto penitente,
compareció un delincuente
ante el tribunal de Dios.

—¿Has faltado a mi ley?

—Sí.

—¿Mi amor pudiste olvidar?

—Sí, Dios santo, llegué a amar
a una mujer más que a ti.

En ella puesta mi fe,
culto y altar diole el alma;
por ella perdí la calma
y a mis padres olvidé.

Sus carnes alabastrinas
queriendo adornar mi anhelo,
robé a la Virgen del cielo
un collar de perlas finas.

Pretendió un necio rival
disputarme su pasión,
y en mitad del corazón
le hundí mi agudo puñal.

Si con sangre me he teñido,
si a mis padres he olvidado
y tu altar he profanado,
¡juzga si la habré querido!

Miróle Dios un momento,

tendió sus manos clementes
y preguntó: —¿Te arrepientes?

—Sí, Dios santo; me arrepiento.

—Tras la penitencia expiatoria
que lave tu mancha impía,
podrás, pecador, un día
gozar de la eterna gloria.

—Y para ella, ¿habrá perdón?

—Para ella, no. Cuando muera,
por su castigo le espera
la eterna condenación...

Mirando a Dios con desdén,
el pecador, altanero,
dijo: —Renuncio al Edén.
¡Si al infierno va ella, quiero
ir al infierno también!

A LA HERMOSA PUNTA ARENAS

¡Punta Arenas! ¡Novia austral
cuyo albo velo nupcial
teje el cielo y besa el sol!
¡Escucha el himno triunfal
de un peregrino español!

Trájome aquí la fortuna
a una hora en que la luna
plateaba tus líneas leves,
y me parecías una
pajarita de las nieves.

Dormías... Tu pie pequeño
se hundía en el mar risueño;
y del blanco astro a la luz,
allá en el cerro, una cruz
velaba tu dulce sueño.

Sueño de dicha y amor
que turba siempre el hervor
del interés y el negocio,
sin que nunca alegre tu ocio
el canto de un ruiseñor.

Y eres joven, y bonita,
y lloran por ti su cuita
las olas del Magallanes,
como oriental favorita
mimada por dos sultanes.

Indiferente a su ruego,
del mar gozas la frescura;
y allá, tras la azul llanura,
se asoma Tierra del Fuego
a contemplar tu hermosura.

¡Punta Arenas! ¡Bella nota
que blasonas el paisaje!
¡irisada perla rota!
¡blanca y chilena gaviota
que abres al sol tu plumaje!

Española y araucana,
princesita americana,
trabajadora y coqueta,
¡abre tus brazos de hermana
para estrechar al poeta!

Yo no traigo deslumbrantes
preseas en mi ropilla;
pero en mis versos amantes
traigo el beso de Cervantes
para la musa de Ercilla.

Y si con dulce bondad
oyes la sonoridad
de mi español cancionero,
percibirás la hermandad
entre el roto y el chispero.

Porque la sangre bravía
que arde en tu carne y la mía
y nuestro orgullo acrisola,
nos la dio, con su hidalguía,
la misma madre española.

Con igual desinterés
en el terrible revés
mueren, de la patria en pago,
los majos de Lavapiés
y los rotos de Santiago.

Cuando arrogante y sereno,
desfila al pie de los Andes
el ejército chileno,
finjome en ese terreno
los mosqueteros de Flandes.

Alta la frente morena,
firme el paso, el alma llena
de amor patrio... ¡es una sola
la infantería chilena
la infantería española!

Son hombres de un mismo ser:
galantes con la mujer,
bravos en el pelear,
dulzones en el querer
y fieros en el odiar.

Almas gigantes y hermanas,
con grandezas soberanas
todo en ellas se encadena;
¡si hasta en la cueca chilena
palpitan zambras gitanas!

Punta Arenas, ya lo ves.
El que ahora tiende a tus pies
tanto clavel valenciano,
no es un extranjero, que es
tu trovador y tu hermano.

Yo no te ofrezco diamantes
ni el tesoro de una arquilla;
mas con mis versos fragrantés
¡pongo el beso de Cervantes
sobre el sepulcro de Ercilla!

Punta Arenas (Chile)

LA PLEGARIA DEL PÁJARO

*(En la fiesta Pro Aviación,
organizada por las Damas Mendocinas.)*

Labios como guindas y ojos como estrellas,
ángeles que esconden en sus almas bellas,
fuentes de ternura, nimbos de candor,
salieron al paso del poeta errante
y le demandaron con voz suplicante
como una limosna, gorjeo de amor.

—¡Cántanos, poeta! Canta la hermosura,
canta el dulce encanto de una Virgen pura
que, envuelta en la gloria del celeste tul,
protege en los aires al pájaro humano
y alumbra su mente y guía su mano
en las soledades del espacio azul.

Danos limosna de tus gayas flores,
danos tus estrofas, danos tus amores
para el ara santa de nuestro ideal.
Serán tus cantares como una plegaria,
mensaje de afecto, feliz luminaria,
salve rumorosa de un rezo cordial.

Sonaron tan dulces los píos acentos
del errante lírico en los sentimientos,
que entre los zarzales detuvo su pie;
y como en la roca la bíblica vara,

de viejas creencias la corriente clara
sacó de su espíritu la voz de la fe.

Buenas hermanitas de los peregrinos
que vamos cruzando los aéreos caminos,
ansiendo elevarnos del cieno social;
dulces enfermeras de los soñadores,
ángeles custodios de los aviadores,
¡la Virgen os premie y os libre de mal!

Rogad por nosotros los pájaros locos,
que buscamos ávidos la luz de los focos
y abrimos las alas en busca de sol.
¡Rogad por las águilas y por los jilgueros,
por los nuevos Icaros, los aventureros
que el éter convierten en amplio crisol!

Rogad por el ángel rebelde y ufano
que intenta atrevido rasgar el arcano
con alas de cera o alas de metal.
Rogad por los pobres gusanos con galas
que al viento y al sueño tendemos las alas
y a tierra volvemos con golpe mortal.

¡Virgen de Loreto, patrona divina
que al pie de la abrupta cordillera andina
te envuelves en manto de santo fervor;
extiende tu mano, fuente de bondades,
sobre la amenaza de las soledades
que la muerte ofrecen al aviador!

¡Vigila los giros de la mariposa
que, imitando al cóndor, pretende ambiciosa
volar de astro en astro, quemarse en su luz!
Y cuando las alas del pájaro humano
se quiebren arriba y tornen al llano,
¡pon sobre su tumba los astros en cruz!

¡Virgen de Loreto, Virgencita buena!
Libra de peligros la región serena
donde canta el hada de la tentación.
La hélice es de plata y la estrofa es de oro.
¡Piensa que las aspas y el verso sonoro
vibran en la altura como una oración!

FLORES DEL AIRE

(Leída en los Juegos florales de San Luis)

Reina de la fiesta, reina de hermosura,
por azar extraño plugo a mi ventura
traerme a tu trono de patria y amor.
De dulces amores yo soy peregrino
y flores del aire tronché en mi camino
formando un manojo que ofrezco en tu honor.

En aquellos muertos tiempos medioevales,
alzábanse adustos castillos feudales
en la romancesca tierra provenzal;
y sus levadizos puentes chirriadores
el paso ofrecían a los trovadores
hasta el blasonado salón señorial.

Damas y guerreros de claro linaje
lucían sus galas, rindiendo homenaje
a la dueña hermosa de aquella mansión.
Y ante aquel concurso gentil y curioso
y a las suaves notas del laud armonioso,
exhalaba el bardo su dulce canción.

Como la Provenza, la tierra puntana
sin feudales muros, tiene castellana
de cuerpo de diosa, de amante mirar.
Yo cruzaba el llano como un peregrino;
te vi, reina hermosa; dejé mi camino
y amores y glorias te vengo a cantar.

Con el alma llena de entusiasmo santo
esencia sagrada verteré en mi canto.
Cantaré la Patria, la Fe y el Amor.
Trilogía noble que hasta Dios eleva
nuestro pensamiento y a los pueblos lleva
hacia un presentido nivel superior.

La Patria es el numen de ardientes fervores,
la tumba bendita de nuestros mayores,
la tierra primera que hirió nuestro pie,
el hogar paterno, lleno de fragancia,
en donde gozamos la paz de la infancia
y en donde aprendimos la voz de la fe.

La Fe es una antorcha jamás extinguida,
que enciende la idea y alumbra la vida,
prestando al instinto feliz dirección;
la fe es luz del cielo y es paloma blanca,
impulso fecundo, gigante palanca,
¡vela de la nave que guía a Colón!

El Amor es ala de los corazones
y con ella asciende a etéreas regiones,
bañándose en ondas de gloria y de luz.
Es del universo la razón suprema,
es flor de las almas, el dulce poema
brotado en los labios de Cristo en la cruz.

Yo soy misionero de esos tres amores,
y traigo a esta fiesta los castos olores
de esas flores puras en mi corazón.
Reparte esas flores, dadas a tu hermana
la flor de estos valles, la mujer puntana,
risueña y hermosa como una ilusión!

Dile que un trovero de lejana tierra
cruzando la punta de tu parda sierra
penetró en el llano, llegó a la ciudad,
y al mirar en ella niñas tan hermosas,
supo por qué mueren tan pronto las rosas:
¡las mata la envidia de su vecindad!

Dile que me gusta su encanto sencillo;
dile que en la margen que besa el Chorrillo
son como violetas que brinda San Luis.
¡Y a las mariposas, como a los poetas,
nos seducen siempre las castas violetas
más que el tallo altivo de la flor de lis!

Reina de la fiesta, reina de hermosura,
trájome a tu trono la buena ventura
a cantarte endechas de Patria y Amor.
Reverentemente dejo ante tus plantas
mis flores del aire ¡floreциllas santas!
y su adiós sentido te da el trovador.

San Luis (R. Argentina), diciembre de 1920

NOSTALGIA

En medio de esta lucha
y este tormento
en que agoto la vida
y el pensamiento;
a través de la niebla
cerrada y fría
con que el dolor apaga
mi fantasía;
cuando, falto de fuerzas
para el combate,
mi cuerpo fatigado
tiembla y se abate,
a las dichas pasadas
mi alma convierto;
mas ¡ay! no hallo ninguna:
¡todas han muerto!
Sueños de amor y gloria
que me arrullaron,
como leves celajes
se disiparon;
y de otras ambiciones
al desenfreno,
lo que entonces fue néctar,
hoy es veneno.
Veneno el más terrible
y el de más daño...

¡Pobre alma mía, presa
del desengaño!

Hoy que entregado a rudas
adversidades,
me azotan con su viento
las tempestades,
¡con qué gozo recuerdo
mi dulce infancia,
impregnada de encantos,
luz y fragancia!
La historia de estas penas
que ahora soporto,
tuvo un prólogo bello;
pero muy corto.
Así el agua que brota
de humilde fuente,
con tormentas y obstáculos
forma el torrente.

En un rincón que un tiempo
fue castellano
y ahora es florón rico
del valenciano,
se alza, medio cristiana,
medio moruna,
la ciudad pintoresca
que me dio cuna...
Las desiguales casas
vela y socorre
con su quebrada sombra
la vieja torre;
y entre cañas robustas
que plantó el moro,
y sarmientos que ostentan
colgajos de oro,
se precipita el río
con recios sonos,

batiendo el pie gigante
de unos peñones.

En las interminables
noches de invierno,
me acuerdo de mi casa
desde este infierno.
Bajo el desván saliente
de la cocina,
amontona mi padre
troncos de encina.
La dulce compañera
de sus amores,
la santa que lloraba
con mis dolores,
enlaza junto al fuego
con mano inquieta
los apretados puntos
de la calceta.
Extendiendo a las llamas
su mano fría,
el pobre viejo siente
melancolía;
abismada un instante
la noble anciana,
suspende la tarea
que así la afana,
y ambos su pensamiento
conservan fijo
en una inquietud misma:
—¿Qué hará nuestro hijo?

Yo sé que entre las sombras
y entre los vientos,
besarán a los suyos
mis pensamientos;
y que Dios, que en la lucha
defiende mi alma,

dará a los pobre viejos
horas de calma
mientras, falto de fuerzas
para el combate,
mi cuerpo fatigado
tiembla y se abate.

Barcelona, 1893

¡SALVE, CÓRDOBA!

¡Córdoba, Aljama!
¡Sierra Morena!
Vuestro acorde sonoro
¡qué grato suena!
Suena a zambros y amores
de morería;
es un himno de toda
la Andalucía.
¡Córdoba, Aljama!
¡Guadalquivir!
Aromas orientales,
¡oro y zafir!
En vuestros bellos nombres
canta la historia
y os rodea un eterno
nimbo de gloria.
Yo no te conocía,
Córdoba bella,
deseaba en tu suelo
grabar mi huella,
y hoy que te he visto,
hoy que te gozo,
siento dentro del alma
dulce alborozo.
Cuando tus muros baña
la blanca luna
he cruzado la estrecha

calle moruna;
y en la paz de la noche,
mi fantasía
ha vivido las horas
de la Ajarquía.
Bajo el arco elegante
de tu Portillo
vi en la noche la sombra
de algún caudillo
que en la rica gumía
puesta la mano
iba por feo o por celos
contra el cristiano.
He llegado otras veces
con planta incierta
ante la adusta torre
de la Malmuerta,
cuyos sombríos muros
tiñó de grana
por supuestas traiciones
la castellana.
Llorando los recuerdos
que el tiempo ahoga,
sorprendí en su tristeza
la Sinagoga,
donde ulula el lamento
fiel e implorante
con que expía sus culpas
el pueblo errante.
Y llevado del ansia
que mi alma excita,
me sumergí en la gloria
de tu Mezquita.
¡Córdoba bella!
¡Córdoba amada!
¡Con razón en el mundo
no envidias nada!

La inspiración y el arte
de viejas razas
en tu honor derramaron
sus nobles trazas.
Tu Mezquita es la joya,
la maravilla
que enaltece al Oriente
y honra a Castilla.
Es gladio primoroso,
viril torneo,
que guarda de dos cíclopes
el forcejeo.
¡Mezquita cordobesa!
¡Celeste Aljama!
¿Quién a ti no se rinde?
¿Quién no te ama?
Tu bosque de columnas
es amplia lira
donde el alma de Oriente
canta y suspira.
En tu Mihrab parece
que aún está presa
bajo el extraño brillo
del foseifesa,
que parece en los muros
el llanto de oro
con que llora sus glorias
el pueblo moro.
¡Mezquita cordobesa!
¡Celeste Aljama!
Bajo tus nobles arcos
una voz clama.
Es la voz de Mahoma
que siente el freno
de la cruz victoriosa
del Nazareno.
La Mezquita se queja,
suspira y llora

y está echando de menos
la mirra mora.
Para ella, los altares
con su misterio
son como áureas argollas
de cautiverio.
Y el rezo del cristiano
que a Dios alaba
le dice a todas horas
que yace esclava.
Córdoba la morisca
¡cómo te engríes
con ese paraíso
de las huríes!
¡Córdoba la creyente!
¡cómo te ufanas
con la regia hermosura
de tus cristianas!
Tiene razón tu orgullo
que hasta el sol reta;
para hacerte se unieron
Dios y el Profeta.
Dormida sobre el lecho
de tus laureles,
sin cotas castellanas,
sin alquiceles,
en la paz del trabajo
cuidas tu tierra,
sin que turben tu calma
vientos de guerra,
con ademán sencillo
de labradora,
sintiéndote en afectos
cristiana y mora,
conquistando en el mundo
nuevos honores
con la paleta mágica
de tus pintores.

¡Córdoba amada!
Yo te saludo
y un dulce beso pongo
sobre tu escudo.

Córdoba, 26 mayo de 1924.

EL POEMA DE LA VID

Acoplada en los morillos,
sobre la gavilla seca
que la lame con sus llamas,
comienza a crugir la cepa.
Manos duras e implacables
la arrancaron de la tierra
cuando sus hondas raíces
amustió la filoxera.
Años y años en la viña
se irguió fuerte y opulenta
ostentando en sus sarmientos
la hoja reluciente y nueva
con los oscuros racimos,
galardón de la cosecha.
Como una madre orgullosa
de su prole sana y bella,
entre la enramada báquica
que la región festonea,
levantaba su ufanía
la fértil y añosa cepa.
Ella se ofreció callada,
orgullosa y satisfecha,
a la codicia del hombre
que con mano lista y diestra
separaba de sus brazos,
cuando la vendimia llega,
los racimos colganderos

como lámparas de ofrenda.
Eran los hijos habidos
con el sol y con la tierra,
con la lluvia generosa
y la azada jornalera.
La noble vid se sentía
gozosa de que su fuerza
trocada en ríos de vino
y en montones de moneda,
era la dicha del amo,
el placer de su vivienda,
el lujo de los vestidos,
el viaje, el brillo y la fiesta,
los gastos estudiantiles
y el decoro de la mesa.
Arraigada en el subsuelo,
la humilde y callada cepa
fue siempre de la familia
la amiga leal y buena.
Toda la prosperidad
de aquella comarca extensa,
era la obra generosa
de las prolíficas cepas.
Y al cabo de tantos años
de vigor y de largueza,
la vid sintió en sus raíces
la frialdad de la anemia,
y bajo el pámpano débil
las uvas, antes tan plenas,
raquíticas, asomaron
con indecisión siniestra.
Y el nieto de aquel abuelo
que antaño plantó la cepa,
al advertir, asustado,
que faltaba la cosecha,
implacable y egoísta
desarraigó de la tierra
a aquella amiga de siempre,

a la aliada fiel y buena
que dio a tres generaciones
felicidad y riqueza.
La pobre cepa, arrancada
del regazo de la tierra,
fue al hogar, y entre las llamas
con que amorosos la besan
los sarmientos, condenados
al mismo suplicio que ella,
la noble vid cruje y lanza
su llama final e intensa,
ofreciendo a la familia
hasta en la ocasión postrera
el consuelo de su fuego
cuando hosca la noche cierra
y en el ramaje nevado
los pajarillos se hielan.

OFRENDA A REQUENA

Al pisar otra vez tu noble suelo
tras largos años de sentida ausencia,
siento en mi corazón como un consuelo
y nueva luz inunda mi existencia.

Hijo inquieto, andariego y quimerista,
dejé un día el calor de tu regazo,
y de un noble ideal tras la conquista
vibró mi ser y se agitó mi brazo.

Es la fe manantial que no se agota;
y por la fe alentado en la pelea,
sentía esa inquietud de la gaviota
que goza atravesando la marea.

Luché con heroísmo y esperanza
y fue el amor mi apasionado mote,
sin importarme ver que Sancho Panza
se enriquecía más que Don Quijote.

Un sentimiento de ascensión y gloria
me sirvió de objetivo y acicate
y así tracé mi accidentada historia
con la sangre vertida en el combate.

Al salir de tus valles y tus montes,
atrás dejé la huerta valenciana,
y en busca de soñados horizontes
tendí el vuelo a la tierra americana.

Allá seguí de los conquistadores
la ruta de dominio y de firmeza,
y ensalcé de la patria los amores
y canté de Castilla la grandeza.

América me oyó como una novia
escucha la amorosa serenata,
y hoy siento que el laurel mi sien agobia
en los triunfos ganados junto al Plata.

Vuelvo a ti vencedor, Requena mía;
pero al volver a tu adorado seno,
envuelta en los fulgores de este día
te he querido mirar con tu hijo bueno.

De la mano de un rey una bandera
para ti he recibido en la jornada.
Recíbela como expresión sincera
de mi hondo amor y de mi fe jurada.

Pon en ella tus besos y tu llanto;
y su grandeza al contemplar, te pido
que pienses que en la ausencia y el quebranto
tu poeta jamás te dio al olvido.

3 de enero de 1924.

AMOR DE FIERA

Está del ancho circo la gradería
como nunca atestada de espectadores
y hay músicas, aplausos y algarabía
bajos los blancos focos deslumbradores.

En la pista un palenque de competencia
entre atletas, payasos y saltarines:
caballos que hacen gala de inteligencia,
sacudiendo orgullosos sus largas crines.

Sobre la móvil línea de una maroma
la reina del alambre veloz resbala;
y al ver aquella línea cómo se doma
bajo su pie, se duda si es pie o es ala.

Extienden los barristas sus brazos recios;
los excéntricos suenan sus campanillas;
vuelan unos gimnastas por los trapecios
y un payaso se cuelga de las anillas.

Aunque es en novedades rico el programa
y son vistosas todas las atracciones,
lo que más interesa, lo que más llama,
es la jaula imponente de los leones.

Leones africanos, una pareja
con una leoncilla de un mes escaso
que asoma con sus padres tras de la reja
y les sigue en sus vueltas, paso por paso.

El domador es hombre de alta estatura,
melena ensortijada y amplias maneras;
de sus árabes ojos la expresión dura
fascinación extraña causa a las fieras.

Con la gentil sonrisa que es de costumbre,
el domador valiente sale y saluda;
y después de aplaudirle la muchedumbre
con la vista le sigue, medrosa y muda.

El hombre entra en la jaula con ceño altivo;
tiemblan los prisioneros a sus miradas;
el látigo restalla, provocativo,
y rugen las tres fieras acobardadas.

Está absorta y callada la concurrencia;
hay en todas las almas hondo estupor;
y adquiere cierto nimbo de omnipotencia
la figura arrogante del domador.

Respetada del látigo, la leoncilla
jamás sufrió el castigo del hombre fuerte;
éste acosa a los padres con una silla
esquivando zarpazos de odio y de muerte.

Con el látigo en alto, que las espanta,
van cediendo las fieras en sus rugidos,
hasta lograr el hombre que ante su planta,
queden los dos leones como vencidos.

Un aplauso resuena, que acaba al punto;
el peligro aprisiona los corazones;
el titán está pálido como un difunto...
Ante él siguen tendidos los dos leones.

Pero un soplo de orgullo y altanería
del domador sacude los férreos brazos,
y en la tierna leona, con energía,
descarga de repente sus latigazos.

Fue un relámpago rojo... Los dos leones
lanzaron un rugido desgarrador;
y la jaula alfombraron, hechas jirones,
las sangrientas entrañas del domador.

MI CAMPANICA

Cuando la luz matinal
irisa el limpio cristal
de la entreabierta ventana,
me despierta la campana
de la vieja Catedral.

El son grave y macilento
que al bronce arranca el badajo
es el despótico acento
que me reclama al trabajo,
a la lucha, al sufrimiento.

Es la voz hosca y airada
del amo brutal y fiero
en la penosa jornada:
¡es la terrible llamada
que hace al músculo el dinero!

Y mientras ahogo el rencor
que mis sentidos golpea,
digo, entregado al dolor:
—¡Tú sueñas mucho mejor,
campanica de mi aldea!

Tú adormeces mis dolores
y cantas mi vida toda:
infancia, juegos, temores,

sabrosa cita de amores,
día feliz de mi boda...

Ideas siempre benditas
tu son alegre me trajo;
y, ajena a mundanas cuitas,
en el campanil gravitas,
como cáliz boca abajo.

Parte de mi propio ser
forma tu blando tañir.
Me saludaste al nacer;
¡quírame Dios conceder
tu despedida al morir!

Llamándome a la pelea,
otro bronce abrumador
hoy mis oídos golpea...
¡Tú suenas mucho mejor,
campanica de mi aldea!

CAMINO ADELANTE

Peregrino de la vida, por el mundo voy andando
sin saber sobre qué suelo podré alzar mi pobre tienda;
dejé atrás lo que más amo: mi ilusión y mi cariño...

¡No me olvides, compañera!

Se me clavan en las carnes los abrojos del camino,
y ando y ando bajo el sol y las estrellas;
fosforecen en la sombra las pupilas de los lobos,
a mi paso los reptiles se deslizan en la hierba;
algún pájaro agorero sobre mí pasa volando;
a lo lejos me amenazan los mastines de la aldea;
y cargado de recuerdos que me abruman el espíritu,
y rodeado de silencio, de temor y de tinieblas,
hacia atrás vuelvo los ojos, suspirando tristemente:

¡No me olvides, compañera!

Compañera de mi vida, pasional samaritana
que apagaste mis ardores al pasar por la cisterna,
y tu brazo me ofreciste para alivio de mi marcha,
y alentaste mi jornada, y me aguardas cuando vuelva,
yo te pido que no entierres mi recuerdo en tu memoria,
yo te pido que me envíes en el viento de las sierras
tu suspiro enamorado, tu oración por el ausente...

¡No me olvides, compañera!

No me olvides, que el camino cada vez se hace más largo,
y pensando que me quieres, recobrar siento las fuerzas.
Aunque estamos hoy tan lejos y penosa es la jornada,

no abandono en el camino la esperanza que me alienta,
pues tu imagen me acompaña y susurra en mis oídos
la palabra que enardece, la canción de la firmeza;
y escuchándola, el camino me parece que se acorta...
¡No me olvides, compañera!

TODO Y NADA

¿Te acuerdas, dueño mío? Cuando ardía
el fuego del amor en nuestras almas,
dos flores se enlazaron con cariño
en la maceta azul de tu ventana.

Al expirar la tarde, ¡cuántas veces,
abrasados los dos por igual ansia,
mirábamos aquellas florecillas
besarse a impulsos de la brisa blanda
y envidiosos también de aquel cariño
su ejemplo nuestros labios imitaban!

Y mientras, como luz de mi existencia,
posábase en la mía tu mirada
y sentía en mi faz el vago apoyo
del rizo, adorno de tu frente casta,
la golondrina con alegre vuelo
a su rústico nido retornaba;
interrumpida a veces por el eco
débil e irregular del toque de ánimas
la popular canción, bella y sentida,
hasta nosotros conducía el aura.

Después, a impulsos de un afán extraño
tendíamos, ansiosos la mirada
hacia el espacio azul, que se extendía
grande como tu amor y mi esperanza:
y apoyabas en mi hombro tu cabeza

y la mía en la tuya se apoyaba,
con la misma ilusión en los sentidos
y la misma inquietud dentro del alma.

Y si acaso la luna sus fulgores
alguna vez depositó en la estancia,
igual escena halló siempre en su fondo
que en la maceta azul de tu ventana.

Hoy todo es diferente: el cierzo impío
tus flores dejó un día deshojadas
y dos tallos aún, secos y tristes,
como muertos en pie, memoria guardan
de un amor que vivió sobre la tierra
puro como el albor de la mañana.

También, como a las flores, a nosotros
nos separó el rigor de la desgracia
y quedamos en pie, como los tallos
de la maceta azul de tu ventana...
¡sin ilusiones que la vida alegren,
sin dulce afecto que conmueva el alma,
sin un rayo de luz en tanta sombra
y cruzando esta vida siempre amarga
como cruza el desierto el pobre esclavo
en poder de enemiga caravana!

HOJARASCA

Montón de mudable arena
mis amantes ansias fueron,
¡montón que deshizo un día
el soplo de tu desprecio!

Como sus hojas el árbol
pierde al azote del viento,
así mi alma sus quimeras
poco a poco ha ido perdiendo.

Mi corazón sin fortuna
lo guardo en mi triste pecho,
como nido destrozado
por gavilán traicionero.

Y hoy que, de mi amor constante
desgraciado Prometeo,
a la roca del dolor
encadenado me encuentro,
¡aún entre mis muertas dichas
miro alzarse tu recuerdo,
como ciprés solitario
en mitad de un cementerio!

LA FUENTECILLA

Junto a una senda casi ignorada
que un hondo abismo bordear se ve,
corre escondida, pobre y callada,
la fuentecilla de San José.

Su linfa clara besa amorosa
las verdes hierbas del pedregal
y habla al espíritu con voz piadosa
el agua mansa del manantial.

Los caminantes en el sendero
de tarde en tarde ponen su pie;
y en su murmurio dice al viajero
la fuentecilla de San José:

—Aprenda el hombre del caso mío,
tome el ejemplo de mi humildad:
soy un arroyo que va hacia el río
sin alborotos ni vanidad.

Me ofrezco a toda boca sedienta
que a mí se inclina seca de ardor
y al dar alivio sigo contenta
mi humilde y fresco cauce de amor.

Si alguna mano torpe y salvaje
remueve el fondo de mi cristal,
tranquilamente dejo que baje
la turbia capa del cenagal.

A nadie llamo y a nadie pido;
a todos brindo dulce merced;
me enorgullezco cuando encendido
me busca el labio seco de sed.

Tal en la vida de los mortales
mi vida humilde se ha de copiar:
que el amor temple con sus raudales
de los sedientos el malestar.

Que todo pecho mitigue penas
con amoroso raudal de fe...—
—Así cantaba, corriendo apenas,
la fuentecilla de San José.

Requena, 1924.

LOS CENICIENTOS

Han pasado por la calle, vigilados por dos monjas, silenciosos, por parejas, en correcta formación, enfundados sus hambrientos, desmedrados cuerpecillos en la tela cenicienta de la ajena compasión.

Han pasado por la calle, produciendo sus pisadas un rumor quedo y extraño como de alas el batir, con los ojos codiciosos de ignoradas impresiones y los labios anhelantes de besar y sonreír.

¡Pobres niños! Son la riada silenciosa que en la calle desbordaron la desgracia, la perfidia o el dolor; son la banda de inocentes pajarillos que perdieron de las alas amorosas el refugio y el calor.

Han pasado por la calle, contemplando con envidia a otros niños vigilados por el celo maternal, comparando cuán distintas son las madres verdaderas a las *madres* enlutadas, de rosario y de sayal.

En la acera me detuve, compasivo y contristado, asaltándome los ojos el raudal de la emoción; y a lo lejos se perdieron, vigilados por las monjas; silenciosos, por parejas, en odiosa formación...

LA VISITA DEL HERMANO

*(Poesía dedicada al Centre Català
de Rosario de Santa Fe)*

Catalanes: yo he nacido
en aquella tierra mágica
donde mujeres y flores
son, por la belleza, hermanas;
tierra donde el sol y el arte
los corazones inflaman
llenando de luz la huerta
y de sentimiento el alma;
tierra en que el Mediterráneo
se vuelca en alegres playas,
de Cataluña y Mallorca
trayendo cantos y lágrimas;
tierra donde el Rey En Jaume
con férreo brazo señala
del reinado de Levante
la extensión bravía y ancha;
tierra que lleva en su escudo
las cuatro sangrientas barras
que su coraje pregonan
y su libertad proclaman;
tierra, en fin, de amor y flores,
ayer mora y hoy cristiana:
¡Valencia, hurí del Oriente!
¡Valencia, jardín de España!

Yo he nacido en esa tierra,
y aún mi espíritu embalsaman
la flor de los naranjales
y el olor de la albahaca.
Aún, como en cofre cerrado,
en mi corazón se guarda
la visión de la Ribera
con sus moriscas barracas,
sus verdes cañaverales
y sus acequias calladas.
Aún resuena en mis oídos
la canción de la huertana
cruzando los arrozales,
donde el cielo se retrata.
Aún escucho de los mozos
las dulces «albaes» lánguidas
con ritmo de tamboril
y gangueo de dulzaina.
Y aún contemplo el mar azul,
cuyas olas son palabras
de cariño valenciano
a las costas catalanas.

Por eso he querido, noys,
visitar hoy vuestra casa,
que aquí no soy extranjero
ni mi presencia es extraña.
¡Soy uno de la familia
que entra en su hogar y os abraza!

Yo conozco Cataluña,
esa Cataluña honrada
que calumnian y babea
el rencor y la ignorancia.
Yo conozco Cataluña
plena de energía y savia,
trabajadora y activa,
progresista y campechana,
que tiene puños de hierro

y tiene de niño el alma.
Pueblo que con luz radiante
brilla en la historia de España,
porque doble españolismo
están diciendo sus barras.
Pueblo que tiene conciencia
y dignidad ciudadana,
y siendo mayor de edad
quiere mandar en su casa,
sin renegar de la madre
ni ofender a las hermanas;
que los pueblos y los pájaros,
por una ley sacrosanta
que da la naturaleza,
de libertad sienten ansias
y conocen, por instinto,
para qué sirven las alas.
Cataluña está despierta
mientras duermen las hermanas,
y Cataluña da gritos
porque quiere despertarlas.
No es que pida la payesa
recortar el patrio mapa:
lo que quiere con su espíritu,
es hacer más grande a España,
infiltrarle su progreso,
arrancar la costra rancia
y alzar sobre el Pirineo
la figura de la Patria.

Todos los hombres modernos
se asocian a esta cruzada
de renovación y vida,
de grandeza y esperanza.
Trabajo, Paz y Justicia
son las sublimes palabras
que ha trazado Cataluña
en el blasón de sus barras.

Que el derecho resplandezca
desde el Estrecho hasta Francia;
que el pueblo español se yerga
con voluntad soberana
y la libertad ensanche
los pulmones de la Patria.

¡Catalanes, sempre avant!
¡Visca Catalunya honrada!

LA MISIÓN DEL PERIODISTA

Periodista: no profanes
tu elevado ministerio
con venenoso criterio
ni groseros ademanes.
Si hay que censurar, censura;
pero en tus escritos pon
templanzas de educación
y resortes de cultura.
Si la pasión te domina,
vence al impulso brutal.
La pluma no es un puñal
ni el periódico una esquina.
Ante todo, ten cuidado
siempre que ataques a un hombre
de examinar si tu nombre
está limpio de pecado.
Porque es un caso frecuente
ver que en la hoja libelista
presume de moralista
cualquier vulgar delincuente.
Y causa impresión contraria
cuando la letra de imprenta
se mancilla con la afrenta
de una frase tabernaria.
En la polémica, arguye;
la pluma es una arma leve

y según el que la mueve
se ennoblece o prostituye.
Nunca olvides tu deber
ni recurras al insulto;
si te llamas hombre culto
pruébalo en tu proceder.

¡ARRIBA!

El nido de las águilas estaba
en la quiebra más alta del peñasco,
¡mole besada arriba por la nubes,
por dos torrentes combatida abajo!

Pretender alcanzar el nido de águilas
era buscar la muerte en el barranco.
¡Ofrecía el peñón, duro y enhiesto,
la majestad serena del obstáculo!

Humillar su altivez nos propusimos
con loca decisión cuatro muchachos,
confiando en las fuerzas juveniles,
con la fe que en sus alas tiene el pájaro.

Por débiles los más, otros por torpes,
hasta el espeso junqueral rodamos;
y el peñón, con sus múltiples estrías,
nos mostraba su mueca de sarcasmo...

¡Aquello era un insulto! La materia
muda y brutal cansaba nuestros brazos.
¡El coloso de piedra se mofaba
de aquellos enemigos sonrosados!

Me agarré al matorral; ciego de cólera,
clavando en el peñón mi pie descalzo,
y emprendí la conquista del gigante,
subiendo por su espalda palmo a palmo.

Desgarraban mis carnes las espinas
de las matas, lunares del peñasco,
y a cada esfuerzo por la roca dura
dejaba mi ascensión sangriento rastro.

Me senté en un repliegue... La fatiga
daba a mi sien continuos martillazos.
Miré al fondo: los chicos de la aldea
miraban hacia arriba con espanto.

Repuestas ya las agotadas fuerzas,
me así a un romero que encontré cercano,
y ¡arriba, siempre arriba! lentamente,
con precaución y agilidad de gato.

Dos brazadas no más me separaban
de aquel nido, por mí tan codiciado,
cuando mi planta resbaló en la piedra
y quedé suspendido de una mano.

En tan rudo momento, a mis oídos
llegó un ¡ay! desde el fondo del barranco,
y la voz de un pastor, que me decía:

—¡Agárrate, muchacho!

.....

Me apoderé del nido de las águilas,
que momentos después, alborazado,
entregaba a los chicos de la aldea,
radiante de alegría y entusiasmo.

Cuando de la existencia en el combate
rinde mi voluntad hondo desmayo,
siempre animoso el corazón me grita:

—¡Agárrate, muchacho!

EL RETORNO A LA PATRIA

(Después de 16 años de ausencia)

Ya, tras la mancha azul del oleaje,
que finge inmensa y movediza alfombra,
como una eucarístia de esperanza,
surge del mar la suspirada costa.

España! ¡Allí está España! Por los ojos
parece que el espíritu se asoma,
y el corazón hacia ella se levanta,
y las rodillas, con unción, se doblan.

Allí está España, cuna de hidalguía,
la desposada eterna de la gloria,
aparcera del sol, madre de mundos,
guerrera, pasional y educadora.

Allí está España, la bendita tierra
donde el nacer es honra,
porque el don de la vida se recibe
con regios privilegios de la Historia;
¡que, a través de los siglos y las razas,
en la sangre española
se conservan el hierro y el coraje
con que hollaron el mundo a la redonda
los valientes cachorros que Castilla
amamantó a sus ubres de leona!

Suspense el corazón, turbios los ojos,
miro España surgir entre las olas,

como si Dios, con su potente mano,
mostrase la diadema de un diosa.

España es, para mí, cofre de sándalo,
donde mi alma guardó sus ricas joyas:
los sueños irisados de la infancia,
el casto amor de la primera novia,
los tempranos laureles de poeta,
las juveniles ansias redentoras,
la cuna angelical del primer hijo
y de mis viejos la callada fosa...

Por eso, cuando el buque enfile el puerto
como atraído por la tierra próxima,
mis labios balbucean: ¡Madre mía!
mientras el llanto de mis ojos brota.

Y me arrodillo, místico, ante España,
y me parece su extendida costa
unos brazos abiertos que me esperan
y una madre feliz que me perdona.

VISITA BATURRA

*(A mi amigo y paisano
el notable pintor Elías García)*

Quiero acusar recibo, querido Elías
de la artística tabla que me has mandado
y que viene a evocarme los bellos días
que hacia el mar del olvido se han deslizado.

Arrancando primores de tu paleta,
en la tabla fijaste la viril traza
de un maño que, aunque mudo, dice al poeta:
—Mi guitarro y tu pluma son de la raza.

Un maño bien plantado que bebe en bota
el tinto de la tierra más noble y rica,
y que después del trago canta la jota
y defiende a puñadas la Pilarica.

Un maño que en el pecho lleva su maña
y callos en las manos trabajadoras;
un maño testarudo que es toda España
sin ruines flojedades ni ansias traidoras.

En cuanto de la bota suelte la mano
la estrecharé gozoso con las dos mías,
y le diré efusivo: —¡chócala, hermano!
Estás como en tú casa. ¡Díselo a Elías!

De su arte y su cariño fiel mensajero,
me traes, noble baturro, noticias gratas,

y a un señorón de empaque yo te prefiero
 viniendo a visitarme con alpargatas.

Yo, como tú, mañico, soy hombre llano,
 enemigo de ruidos y parsimonias,
 y aunque el destino manda, siento desgano
 de andar con *arrodeos* y *cirimonias*.

Yo también, cuando paso por ciertos corros
 de hombres que no son hombres, sino alacranes,
 me aguanto las ganicas de hinchar los morros
 a aquel montón de sapos y de haraganes.

Con que ya ves, baturro, con cuánto halago
 te recibe mi afecto, que no te engaña.
 Gritemos, cuando acabes de echar el trago:
 —¡Abajo los farsantes y viva España!

PRIMAVERA MILAGROSA

Ya amanece más pronto y no hiela;
cuando más, cae un poco de escarcha
que parece un polvillo de harina
sobre sendas, sembrados y casas.

Ya florecen almendros y guindos,
ya llora la parra,
y detrás de las hembras los pájaros
se arraciman, cimbreado las ramas.

Ya se fue el invierno
con sus noches oscuras y largas,
sus puñales traidores de hielo
y el pavor nocturnal de sus rachas.

La tierra despierta
a los besos del sol que la llama
con ardores de novio impaciente,
generoso de flores y galas.

Ya madruga la gente del campo:
a las horas primeras del alba
del hogar labrador al espacio
sube el humo en columna azulada.

La emigrante y veloz golondrina
torna al nido que antaño dejara,
y en los muros hay musgo brillante,
y en los tiestos hay hojas tempranas.

¡Corazón, corazón! Aterido
por el frío de impías escarchas
¡ya no sientes de la primavera
el milagro de amor y esperanza!

OFRENDA

(En la tumba de Monte-Arruit)

¡Soldados de mi patria, leones de Castilla!,
bajo el ardiente beso del africano sol,
desde lejanas tierras al campo de Melilla
vengo para ofreceros mi abrazo de español.

Vengo para deciros que al reventar las olas
en las lejanas playas del mundo tropical,
su estruendo es como un himno de gestas españolas,
su espuma es como un llanto de duelo fraternal.

América percibe, gozosa o afligida,
el varonil latido de vuestro corazón;
y corre por sus venas la sangre enardecida
mirando cómo España mantiene su blasón.

América contempla, rugiendo de coraje,
cómo derrocha España su sangre maternal
para llevar al duro cerebro del salvaje
el mágico fermento de redención social.

Y América, que es joven y es hija noble y buena,
que goza del trabajo la santa excelsitud
mirando a España en Africa, llorando está de pena
y parte con vosotros las horas de inquietud.

Yo vengo de la hidalga República Argentina,
que es de almas y de pueblos enérgico crisol;
vengo de aquella tierra labriega y minervina
que engríe su hermosura con todo lo español.

Aquella dulce hermana que guarda generosa
su seno hospitalario para la humanidad,
sobre la sien de España sus frescos labios posa
al inefable impulso de la fraternidad.

Y su alma ardiente y pura trocándola en hornilla,
y convirtiendo en bronce su llanto de dolor,
plasmó para los muertos leones de Castilla
una gentil corona, tributo de su amor.

Con ademán solemne, poniéndola en mis manos,
me señaló un camino sobre el inmenso mar
y dijo: —Estos laureles ofrece a mis hermanos
sobre la ingrata tierra que es tumba y es altar.

Que bese el sol del Africa las ramas enlazadas,
unidas por mi mano con triste devoción;
y diles a los vivos que si las ven mojadas,
sepan que es el rocío mi llanto de aflicción.

Diles a los soldados, que cuando el sol declina
dorando de mis pampas la muda majestad,
de labios de la hermana República Argentina
se eleva a los espacios un rezo de piedad.

Saluda a los valientes cachorros españoles,
recuérdales la herencia patriótica del Cid,
que España hizo en la historia brillar eternos soles,
que España triunfa siempre del enemigo ardid.

Recuérdales que Europa contempla conmovida
la lucha que ha empeñado la civilización
y cómo al escaparse la sangre por la herida
en riego se convierte de luz y redención.

Así me habló la buena República Argentina
haciéndome emisario de su encomienda fiel:
la pía y dolorosa corona peregrina
que amores y recuerdos engarza en su laurel.

En vuestras fuertes manos la dejo reverente;
pensad que ella es el símbolo de un acendrado amor;

que en ella la Argentina y el español ausente
han puesto sentimientos y lágrimas y honor.

Pensad que ella proclama con hondas devociones
el vínculo de raza como suprema ley,
y su laurel esmaltan, como sagrados dones,
el llanto de unas madres y el ósculo de un Rey.

Prestadle centinela cuando la noche augusta
el campo de Monte-Arruit envuelva en su capuz,
porque ella es la protesta contra la suerte injusta
y es la piedad cristiana, vecina de la cruz.

¡Soldados de mi patria, leones de Castilla!
Sobre la tumba quedan las hojas de laurel.
¡Haced que para España los campos de Melilla
en gloria suya sean espléndido vergel!

HIMNO A VALENCIA



VALENCIA MIA

Valencia mía, yo no te olvido;
igual que el ave durante el día
vuela cien veces del campo al nido,
hasta ti vuela mi fantasía,
¡perla del Turia, jarrón florido,
Valencia mía!

Fuiste la cuna de mis amores,
fuieste palestra de mi pujanza
y ante mi paso sembraste flores
en el camino de la esperanza.

Yo te he cantado
mis dulces trovas de enamorado
y tu hermosura me enardecía
porque eras fuente de poesía,
y era tu huerta mi Edén soñado,
¡Valencia mía!

Pájaro errante, bajo otro cielo
tiendo cansado mi loco vuelo;
laureles brotan de mis cantares,
pero no bastan para mi anhelo:
¡me eran más gratos tus azahares!

Más que el halago con que me nombra
la esquiva fama, place al poeta
de tus jardines, la verde alfombra,
de tus naranjos la fresca sombra
y el brujo encanto de tu Glorieta.

¡Oh, quién pudiera pisar la raya
que marca la ola sobre tu playa!
¡Ver en la noche la fatua rueda
que atruena el gozo de tu Alameda!
Ver tu «batalla» ¡danza de flores,
olas de aromas y de colores!

¡Ay, qué fortuna
oír de nuevo, cuando la luna
bruñe de plata los arrozales,
la quejumbrosa canción moruna
de algún huertano que a la laguna
va entre los altos cañaverales!

¡Valencia mía!,
Rival y hermana de Andalucía,
¡qué hermosa eres!
Guarda tu suelo tantos primores
que has confundido los pareceres:
¡no hay diferencias entre tus flores
y tus mujeres!

La valenciana
siente aún los celos de una sultana;
lleva en sus labios el maleficio
de la primera dulce manzana.
Es luz y sombra, mora y cristiana,
¡el odio ciego y el sacrificio!

En tierra extraña
mi alma es alondra que vuela a España
y que salvando la lejanía
llega a tus huertas y a tus jardines,
donde olvidando las horas crueles
bebe el aroma de tus jazmines,
tus albahacas y tus claveles.

Valencia hermosa,
yo, que del mundo soy peregrino;
yo, que he dejado mi fe dichosa
en los zarzales de mi camino,

sólo al destino
pido una cosa:
ya que he cantado tantos amores,
ya que he gustado tantos dolores,
¡que de tu tierra la entraña pura
sirva a mi cuerpo de sepultura!
y así, hasta muerto, te daré flores
¡Valencia mía!,
¡flor de los cielos, novia del día!

Buenos Aires, 1917

MI MORRIÑA

Es cada día que paso
lejos de mi amada tierra,
nuevo eslabón añadido
a mi pesada cadena.

Mi pensamiento se pierde
en la lejanía inmensa
de mar y cielo, buscando
la costa azul y risueña
de mi España inolvidable,
de mi patria alegre y buena.

Con vuelo certero y firme
de paloma mensajera,
cruzando mares y cumbres
siento alejarse mi idea
en busca de los naranjos
y las flores de Valencia.

En esas horas de angustia,
como un eco de mi pena
gime amorosa a mi oído
la dulce musa gallega:

«Airiños, airiños, aires,
airiños da miña terra...»

¡Playa de la Malvarrosa,
la de doradas arenas,

la de rincones floridos
la de las altas palmeras!

¡Ciudad de espíritu moro
y de torres nazarenas!

¡Perla del Mediterráneo,
sultana amorosa y bella,
tendida en el lecho verde
de tu lujuriente huerta!

¡Valencia de mis amores,
embriagadora Valencia!

Tu nombre acude a mis labios
como una plegaria tierna;
que el recordarte me abruma
y el nombrarte me consuela.

Por eso, aunque levantino,
lloro la angustia gallega:

«Airíños, airíños, aires,
airíños, levaime a ela...»

Es el grito doloroso
que da la Naturaleza.
¿Quién se olvida de la madre?
¿Quién se olvida de su tierra?

Al contemplar de la pampa
la misteriosa tristeza,
a mi pensamiento acude
la visión dulce y risueña
de mis campos edetanos
con sus pomposas florestas,
sus ríos murmuradores,
sus barrancos y sus huertas.

Hay pájaros en las ramas,
idilios en la arboleda,
cantos de amor en la noche,
santa paz en las conciencias.

Y pasa el aire meciendo
los claveles en las rejas,
y recogiendo en los campos
rasgueos de las vihuelas
y las trovas labradoras
que es de los moros la herencia...

«Airiños, airiños, aires,
airiños da miña terra...»

Bajo el cielo americano
triste camina el poeta.
La ciudad, como la pampa,
me entenebrece y enerva.

No hay pájaros en las casas,
no hay risas en las aceras,
no se escucha en los paseos
la algarabía risueña
de aquellas niñas que cantan
su amor, que se fue a la guerra.

Todo adusto y todo grave;
almas mudas, calles rectas;
los hombres, meditabundos,
las damas, etiqueteras
la multitud, silenciosa,
la vida, febril y seca.

La codicia en los espíritus,
en la mente, la aritmética,
la devoción, en los Bancos,
el prestigio, en la cartera,

¡Ay, mi España generosa,
la de mano siempre abierta,
la que en tesoros de risa
sabe enterrar las tristezas!

Jilguero soy de tus ramas
que triste canta en América,

ansiendo volar un día
a tus costas pintorescas,
y cruzando tus montañas,
tus llanos y tus riberas,
lanzar el último trino
en la valenciana huerta,
entre aromas de naranjo,
luz de sol, rezos de acequias,
con mortaja de azahares
y tumba de hierbabuena.

Buenos Aires, 1921

SALUDO A VALENCIA

Sufriendo espolonazos
de mi deseo,
diez y seis años hace
que no te veo.
He guardado en la ausencia
día por día
tu recuerdo querido,
Valencia mía.
Que aunque América tiene
luz y primores,
sus flores no perfuman
como tus flores;
ni hay en su rica pampa
triste y desierta,
el pasional encanto
que hay en tu huerta;
ni sus calles enormes
y populosas
tienen, como tus calles,
rejas con rosas;
ni hay al pie de las rejas
hombres gitanos
que digan... lo que dicen
los valencianos;
ni hay mujeres que rían
tras las macetas,

luciendo el regio porte
de las peinetas.
La fiebre del negocio
todo lo mata:
la enfermedad de América
se llama «plata».
No es como tú, que cifras
dicha completa
en poseer mil duros
y tartaneta.
No es como tú, que alivias
tus horas malas
con tus «fallas» artísticas
y con tus «chalas».
No es como tú, que olvidas
llanto y miseria
en tus incomparables
noches de feria.
No es como tú, que lanzas
en tus pasiones
el rugido celoso
de los leones.
Por eso, en largos años
de cruel ausencia,
la nostalgia he sentido
de mi Valencia.
Hoy que mi pie viajero,
por suerte extraña,
pongo sobre una nave
con rumbo a España
¡calcula, reina mora,
con qué alegría
te anticipo este beso,
Valencia mía!

Lisboa, diciembre 1923

LA CAUSA DEL HURACAN

Valencianas, si un momento
me concedéis atención,
os voy a contar un cuento
y sabréis el fundamento
que tiene siempre el ciclón.

Pues señor, cuento o historia,
lo que sea, fue en la gloria.
Dios, con cuidados profundos,
dirigía de los mundos
la gravedad giratoria.

Con isócrona armonía
aquella sagrada mano
las estaciones partía,
sin ninguna anomalía
ni en invierno, ni en verano.

Fijó Dios cierta mañana
en la huerta valenciana
su mirada protectora
y en un huerto de Meliana
descubrió una labradora.

Ante sus gracias sencillas,
sintió Dios unas cosquillas
por la espalda y exclamó:
—Los padres de estas chiquillas
son más artistas que yo.

Y confiando a un querube
la mecánica imponente
del espacio, raudamente
a Meliana en una nube
descendió el Omnipotente.

Aparecióse en el huerto
a la gentil labradora;
y en el naranjal desierto
que se pasó Dios es cierto
una tarde encantadora.

En tanto el pobre angelito
a pesar del inaudito
esfuerzo de su hábil mano,
mandaba y mandaba en vano
el movimiento infinito.

Iban locas las estrellas
trazando lucientes huellas,
y entre estampidos de horror
dibujaban las centellas
su ziz-zag aterrador.

Y allá donde era el estío
se sintió de pronto frío,
y la noche se hizo día,
y se armó una algarabía
de padre y muy señor mío.

Fueron de San Pedro en pos
los ángeles, y el portero
dijo, entre golpes de tos:
—¿Cuál de Dios el paradero?
¿Quién sabe dónde está Dios?

Surgían de todos lados
avisos desesperados
y era, ante el caso anormal,

la protesta general
en los mundos habitados.

Por las comunicaciones
que llegaban de la tierra
se supo que en las naciones
había, además de guerra,
pestes, lluvias y ciclones.

San Pedro, en el frenesí,
mordió el galón de su gorra
y dijo: —¿Qué hago yo aquí?
¡Se necesita pachorra
para dejar esto así!

Cuando observé esta mañana
que agua y viento en mi ventana
chocaban con fuerza dura,
me dije: —No está en la altura.
Hoy está Dios en Meliana.

Si él abandona el Edén
y en Valencia se halla bien,
nosotros, del arte en pos,
con valencianas también
¡estamos mejor que Dios!

TARDE DE TOROS

Lanza el sol sus flechas de oro
desde el cielo valenciano,
y con español decoro
este pueblo tan cristiano
arde hoy en júbilo moro.

Haciendo honor a la raza
y conservando la traza
del pasado refulgente,
va en oleadas la gente
con dirección a la plaza.

Luciendo rico atalaje
con cien cintas españolas
pasa airoso el caballaje,
y yerguen en el carruaje
su arrogancia las manolas.

El rojo abanico quita
gloria a una cara bonita;
hay claveles, risa y sol:
¡esta es mi tierra bendita!
¡este es el pueblo español!

Pueblo que halla repugnante
ver tendido a un semejante
por el golpe del boxeo
y consagra delirante
la guapeza del toreo.

Pueblo sincero y tozudo
que echa el alma en sus cantares,
y doma su instinto rudo
cuando pasa un cuerno agudo
rozando unos alamares.

Pueblo valiente y sencillo
que abomina el falso brillo
y los extraños decoros:
¡el pueblo de Pepe-Hillo!
¡el pueblo de Pan y Toros!

En vano es que el extranjero
nos quiera imponer, artero,
el sello de otra afición:
¡a ver quién da la emoción
del toro frente al torero!

¡Que se callen las naciones
en su labor de cizaña,
cuando con regios mantones
y claveles reventones
pasan las hijas de España!

Con más áurea refulgencia
hoy brilla en el cielo el sol,
dan las flores más esencia:
¡este es el pueblo español!
¡esta es mi hermosa Valencia!

LA MUERTE DE LA HUERTANA

Como un altar blanco cubierto de flores
se alzaba la mesa;
y allí colocada, tendida a lo largo,
entre cuatro tablas y entre cuatro velas,
cruzadas las manos
rígidas y bellas,
cerradas por siempre
las pestañas negras,
en medio de un corro de gente enlutada
estaba la muerta.
Cubría su cuerpo
aquel floreado vestido de seda
que en la cabalgata
lució por Valencia,
montada a la grupa con su novio Paco,
cruzando entre aplausos la alegre Alameda.
¡Quién pensara entonces
que el rico vestido de flores sangrientas,
que el immaculado pañuelo de encaje,
las agujas de oro, la fina peineta
y las arracadas,
serían mortaja de la ribereña!
Todas las barracas quedaron sin gente.
Allá, en la lejana torre de una iglesia,
dobla a muerto un bronce...
Es la despedida doliente y eterna.

Sobre la barraca
una cruz de hierro preside la escena:
hay un jilguerillo dentro de una jaula
colgada en un clavo próximo a la puerta,
y el pájaro esponja su leve plumaje
en señal de duelo por la joven dueña.

El perro, tendido
al pie de la parra, detrás de una piedra,
levantando a veces los ojos al cielo,
aúlla con tristeza.

Entre los espejos de los arrozales,
por largos senderos los vecinos llegan,
vestidos de negro;
¡la ropa de muerte, de boda y de fiesta!

Lucha en la barraca, con la luz del día
la luz de las velas;
tendida en la caja, sonríe la virgen
como si durmiera,
y en su faz inmóvil filas las miradas
hay grupos de chicos y filas de viejas,
hombres atezados y mozos sombríos.

El vicario reza...
Una moza espanta con su «mocaorcico»
las moscas que acuden a la boca seca;
otra mano amiga
alisa en las sienes la obscura guedeja;
y unas labradoras, allá junto al pozo,
en son de reproche con ira comentan
que vino la muerte por el desengaño
de casarse el novio con otra en Valencia.

La pobre huertana
empezó a mustiarse y a tener ojeras,
a ponerse blanca como los jazmines,
a llorar a solas y a perder las fuerzas.
Al toser manchaba de sangre el pañuelo,
y se iba quedando lo mismo que cera:
¡ella, que era envidia
de rosas y fresas!

Y así fue, traidora, viniendo la muerte.
La pobre muchacha voló de la tierra
 como un pajarico,
nombrando a su novio, sin odio ni pena.
Terminó el vicario su oración piadosa,
 bendijo a la muerta,
se arregló el manteo, volvióse a los mozos,
 les hizo una seña
 y alzaron la tapa...

La madre, llorando, se abrazó frenética
al cuerpo querido: —¡Ay, filla del ánima!
¡Luserico meu...! ¡Ay, ma Visanteta!

El padre, rugiendo,
en la del cadáver dobló su cabeza;
el llanto amoroso se quedó prendido
entre las pestañas, entre las guedejas,
y rodó a los labios morados y secos,
igual que un rocío sobre una violeta.

Pudieron los hombres
a fuerza de fuerza
llevarse a los padres, clavaron el féretro;
los mozos, en hombros, lo sacaron fuera...
Y bajo las ramas de los naranjales,
y al blando murmurio de pardas acequias,
fbase alejando la fúnebre caja
con rumbo al regazo de la madre tierra,
entre los adioses de los pajarillos,
entre los saludos de las cañas secas,
el vago perfume de los limoneros
y el hondo silencio de toda la huerta.

HIMNO DE AMOR

¡Huerta valenciana, búcaro florido,
mágico incensario, perfumado nido,
desposada eterna del sol esplendente,
diadema de España, joya del Oriente!

Ante la esmeralda de tu lozanía,
ante el dulce embrujo de tu poesía,
el alma se inunda de suave consuelo
y viendo tus galas, adivina el cielo.

Huerta valenciana,
tendida sultana
que duermes tu sueño de paz y de amores
a la sombra amiga de la cruz cristiana
y al arrullo tierno de los ruiñeños,
deja que un poeta que de largo viaje
polvo de otras tierras lleva en su ropilla,
te rinda en estrofas lírico home iaje
y ante tu hermosura doble la rodilla.

Yo sé, con Rodrigo, que es ancha Castilla,
la de los Alfonsos y los Comuneros,
la de agudas lanzas y recios arneses,
la que en útil reja fundió sus aceros
bordando su tierra de bíblicas mieses.

Por mi mente cruza
en todo su encanto tu hermana andaluza,
moteando de cármes su artística falda,

alzando a los cielos su airosa Giralda
y tendiendo al paso de los caminantes
claveles sangrientos y rosas fragantes.

Con ojos del alma parece que veo
el regio decoro de tu gran hermana,
la honrada y activa región catalana,
que va de las Ramblas hasta el Pirineo
labrando, gloriosa, su altivo trofeo
con ánimo procer y mano artesana.

De Vizcaya admiro
el alto progreso y estruendoso giro;
de Aragón el alma de rasgos tozudos,
pueblos de gigantes y de cabezudos.

Contemplo de Asturias, la noble y callada,
el cuadro boscoso de la pomarada;
y lento atravieso con la fantasía
de Galicia dócil el valle y la ría.

Abarcando toda la visión dichosa
de toda mi España, sin torpes resabios,
sin fe rencorosa
ni ánimo mezquino de inferir agravios,
un requiebro ardiente brota de mis labios:
—¡Huerta valenciana, tú eres más hermosa!

Espejos del cielo son tus arrozales,
lanzas encintadas tus cañaverales,
nieve perfumada tu flor de azahar;
bóvedas triunfales
el abrazo erótico de tus naranjales,
foro de tu gloria tu latino mar.

En la tarde calma, cuando el sol te dora
y te desperezas, acariciadora,
a los estampidos de ruidosa traca,
el humo que llega de la fiesta mora
un gesto morisco pone en tu barraca.

¡Tu barraca sola, de pared de barro
con su caperuza de pajas morenas,
el perro tendido, la yegua en el carro,
y allí tu huertano sin ansias ni penas!

¡Tu barraca humilde, de portada abierta
por la que entran libres el aire y la luz,
con un jilguerillo colgado a la puerta
y arriba, hacia el cielo, tu típica cruz!

Como ocultas cuerdas de rústica lira
cantan las acequias su himno en tono bajo
y el viento en las cañas ulula y suspira...
¡y es toda la huerta canción de trabajo!

Huerta valenciana
fuerte labradora, rebonica y sana!
¡Huerta valenciana, regia canastilla
que ofreces al hombre pródigo regazo,
que te ondulas blonda, como una mantilla,
y te extiendes tersa, como un cañamazo!

Madre de varones
que guardan volcanes en sus corazones
y en la faja llevan ramos de albahaca
perfumando el torvo puño de la faca;
hombres que hermanaron la extraña manera
del amor y el odio, del niño y la fiera;
nobles sin escudos, hidalgos de blusa
que a la honra no ponen ni precio ni excusa;
árabes conversos, de mirada inquieta,
que van a la misa que dice el vicario
y saben colgarse la rica escopeta
sobre los respetos del escapulario.

Huerta valenciana
que adornas la frente de la *novensana*
y pones el rojo color de tus fresas
en los labios frescos de las *clavariesas*...
ante tu grandeza rural y sencilla

que las almas rinde y al sol maravilla,
yo, que a tu regazo llego penitente,
doblo la rodilla,
tu tierra amorosa rozo con mi frente,
acude a mis labios profana oración...
y así rebosante de mi amor ardiente,
alzo, como un cáliz, a ti el corazón.

POEMAS

VENGANZA

(Poema)

I

«El atajo del Valle» es un camino
que comienza en un pueblo de la sierra
y acaba en la plazuela de un molino.

Cuanto infecunda y mísera la tierra
muéstrase en la empinada serranía,
así risueña y pródiga se ofrece
del hondo valle en la feraz umbría,
oasis de verdura que parece
—al contemplarlo del peñón escueto
en el arranque de la dura espalda—,
aromosa guirnalda
extendida a los pies de un esqueleto.

El pueblo, allá en lo alto,
mira con sus ventanas a la hondura
y agacharse parece para un salto
por gozar del molino la frescura.

¡Y es, por Dios, de envidiar aquella huerta
que sombrean los árboles frutales
y ver del río en la corriente incierta
reflejarse los olmos y nogales!

En los hondos remansos
que el agua adorna con collar de espuma,

los graznadores y orgullosos gansos
remojan con placer la blanca pluma.

De árboles y plantío con esmero
a todas horas cuida Valeriano,
que alterna su atención de molinero
con la solicitud del hortelano.

La tierra agradecida,
pródiga corresponde a quien la cuida,
y hasta los pajarillos de la huerta
al despuntar el alba
rompen, junto al molino, en loca salva,
cuando su bienhechor sale a la puerta.
Mas él con torvo ceño
mira aquel cuadro poético y risueño,
y a todas horas se le ve abstraído,
como el hombre que se halla sometido
al fuerte influjo de ignorado empeño.

El tiempo, disfumino de dolores,
al cabo de seis años, ha logrado
que llore el molinero sus amores
con ánimo tranquilo y resignado.
Murió su compañera,
la virtuosa mujer que él tanto amara,
cuyo recuerdo aún era
dentro del corazón, imagen y ara.

Una niña inocente,
remembranza feliz de aquella muerta,
llenó de besos la paterna frente,
de consuelo el hogar, de luz la huerta.

¿Por qué nueva zozobra arrebatado,
Valeriano, misántropo y sombrío,
las horas va a pasar ensimismado
en las calladas márgenes del río?

II

María Cruz, la joven molinera,
hace morir de envidia los capullos

que esparce el mes de abril por la ribera.
Son sus palabras profusión de arrullos,
dos abismos de amor sus negros ojos,
cumbre de la pureza su alba frente,
y debieron formar sus labios rojos
claveles y granados juntamente.

Blanco y fino pañuelo
en vano intenta ser cárcel y broche
de aquel undoso y abundante pelo,
más negro que las sombras de la noche.
Y al mirar de su busto la apostura,
su flexible cintura
y de su cuerpo la simpar belleza,
—que es, más que realidad, jirón de sueños—,
admira contemplar tanta grandeza
por dos pies sostenida tan pequeños.

Cuando a la puerta del molino asoma
con su blanco vestido de verano,
parece una paloma
que sale en busca del perdido grano.
¡Y es paloma gentil y enamorada!
Desde su infancia triste y enlutada,
un dulce amor su corazón encierra,
un dulce amor que tiene su morada
en el cercano pueblo de la sierra.
Entre aquellas casuchas desiguales
que asoman, medrosicas, en la altura,
hay una que los ojos virginales
contemplan con frecuencia y con ternura.
Allí está Pablo, el hijo del herrero,
de la inocente niña el compañero,
el novio prematuro y decidido
que trepaba a los álamos ligero
para que ella, después, cuidase el nido.
Juntos gozaron la feliz infancia,
juntos durmieron la apacible siesta
y sus pechos llenaron de fragancia,
resguardados del sol en la floresta.

En esa edad en que jamás habían
los placeres iguales y sencillos,
María Cruz y Pablo parecían
una pareja más de pajarillos.
Y se amaban, se amaban con locura.
La niña fue mujer y el niño mozo,
y el miró con deleite su hermosura,
mientras, asomo de invasión futura,
ella, en el labio de él, advirtió el bozo...

En el verde rosal de los amores,
los dos capullos se tornaron flores,
perfumando su plácida existencia
el casto dejo de su mutua esencia.

Más ¡ay! puede pasar inadvertida
la luz de la luciérnaga escondida;
no las llamas gigantes
que devoran los pinos arrogantes.

El padre de la moza ha sorprendido
aquella hoguera que en sus almas arde...
y por eso abstraído
junto al cauce florido
contempla, inmóvil, declinar la tarde.
¿Qué es Pablo? Un pobre obrero
sin títulos, herencias ni terruños,
sin más fortuna que sus fuertes puños
y su fragua de herrero.
Honrado, sí, es honrado,
a sus padres entrega cuanto gana,
y el *tin-tin* de su yunque en el poblado
suena desde que apunta la mañana.
¡Pablo es pobre, muy pobre!...

Vil idea

el paternal cerebro atenacea.
María Cruz es bella cual ninguna,
ha de heredar extensas posesiones,
y para ella se guarda una fortuna
en el fondo de sólidos arcones.
Del padre, al fin, en el vulgar sentido

queda este pensamiento seco y torvo:
—La hija del molinero es *un partido*,
y Pablo es un estorbo.

III

Por el estrecho y desigual camino
que se traza en la espalda de la sierra
como un gran latigazo blanquecino,
cuando la noche los confines cierra
con su velo insondable y misterioso,
cruza un hombre con paso presuroso,
hasta llegar, amante peregrino,
ante los muros blancos del molino.
Cerrada está hace noches la ventana,
altar de los amores,
y en vano, de la noche a la mañana,
calmar espera Pablo sus temores.

El pobre enamorado
ronda el molino, cárcel de su idea,
igual que, cuidadoso y agitado,
sobre el nido enjaulado
el pájaro infeliz revolotea.
Y de la noche en la solemne calma
suspira y llora el intranquilo amante,
y sospecha que el alma de su alma
echó al olvido su pasión constante.

Una noche, por fin, después de muchas,
cesaron en su espíritu las luchas
al ver que la ventana se entreabría
y que en su fondo obscuro y misterioso
de la niña gentil el busto hermoso
como imagen de fe resplandecía.
—¡Pablo!

—¡María Cruz!

Solemne pausa
siguió a estos gritos de pasión doliente

y él con los ojos preguntó la causa
de aquel horrible padecer presente.
Ella dejó su mano de azucena
entre las manos rudas del trabajo,
y con acento de infinita pena
dijo inquieta: —¡Por Dios, hablemos bajo!—
Y muy quedos, muy quedos, a su oído
llegaron del amor quejas y arrullos
con el lenguaje insólito y sentido
que las aves emplean en el nido
y en el rosal frondoso los capullos.
—No me atormentes más, Pablo del alma—
dijo María Cruz, rompiendo en llanto—.
Como tú, yo también vivo sin calma;
como tú, yo también siento quebranto.
Más no te olvido, no; mal me conoces
si tal mudanza sospechar pudiste.
No, Pablo, no destroces
así mi corazón rendido y triste.
Como en la concha la irisada perla,
dentro del alma tu memoria llevo.
¡No temas que vencerla
pueda jamás otro cariño nuevo!
Pero... ¡ay, Pablo!, tú ignoras...—

María Cruz calló. Rudos temores
agitaron el pecho de su amante,
que adivinó de nuevos sinsabores
el negro nubarrón poco distante.
Y con frase tan pura y tan sincera
habló a la niña, tímida y rehacia,
que al fin, ella, contó la historia entera
de la mutua desgracia.

—Piensa mi padre, equivocadamente,
que es la ventura fruto del dinero,
y resuelto me ha dicho que se siente
a que no sea yo de un pobre herrero.
Para cortar el hilo
de este amor que se sale por mis ojos

y para estar de su obra más tranquilo,
me asegura entre llaves y cerrojos.

Sospecho que pretende
casarme con Andrés el ganadero.
¡Qué mal mi padre la ventura entiende!
No me quiere feliz con un herrero
y a un ricachón me vende...
Mas no lo ha de lograr. Dios en mi ayuda
ha de acudir en la batalla ruda.
No temas, Pablo mío,
yo soy como las aguas de ese río:
nunca vuelven atrás en su corriente,
y si algo intenta domeñar su brío,
se arrojan por encima en la vertiente.
Todas las noches ven a mi ventana.

Con un hierro doblado,
este fuerte candado
a proteger nuestra pasión se allana.
No dudes más de la constancia mía,
¡y vete, vete ya, que nace el día...
Adiós! ¡Hasta mañana!

IV

¿Por qué está triste el pueblo de la sierra?
¿Por qué en los rostros el pesar se pinta?
El pecho maternal sufre y se aterra.
¡Ha llegado la quinta,
y dicen los papeles que habrá guerra!
Casi todos los mozos van soldados
a sufrir de la suerte los azares
y son muchos los padres angustiados
que lloran en los míseros hogares.
¡Con qué mudo rencor el jornalero
y el desvalido obrero,
al rebelde clamor de la conciencia,
piensan en la irritante diferencia
que establece el dinero!

Con la tristeza general contrasta
de los mozos el loco regocijo.
Ninguno de ellos sus consuelos gasta.
¡El traje del soldado alegra al hijo!
Junto los quintos van por las callejas
bebiendo el mosto en gigantescas jarras,
y ante las mudas rejas
la voz del mozo se une a las guitarras.
Es el cantar de dulce despedida
a los afectos de su humilde vida,
a la mujer amada que solloza
y a la patria querida
que exige aquel raudal de sangre moza.
Sólo hay un quinto triste,
sólo uno llora la forzosa ausencia
y con esfuerzos de titán resiste
de los contrarios hados la inclemencia.
Es Pablo, el poble herrero,
que marcha con el grupo vocinglero,
llevando en su alma, con pesar prolijo,
aquellos dos acentos vacilantes
gritándoles distantes:
—¡Que vuelvas con salud!
—¡Que escribas, hijo!—

Al subir a la cumbre de la sierra,
a la paz del lugar vuelven los ojos
los que cantan camino de la guerra.
Y acrecentando lágrimas y enojos
en los que allá, del pueblo a la salida,
con honda pena la distancia miden,
los quintos, con la gorra sacudida,
—¡Hasta la vuelta, madre!— se despiden.

Un mozo, de los otros separado,
junto a un desnudo espino,
mueve el blanco pañuelo desdoblado
hacia la hermosa vega del molino.

Y en dulce adiós y pasional protesta,
otro pañuelo blanco le contesta...

V

«Hijo del alma, mucho he vacilado
para darte una nueva dolorosa,
a la cual te supongo preparado
por tu amigo Ramón el de la Rosa.
Aunque maduro soy, no he conocido
la amarga hiel de un amoroso olvido.
Tu madre, cuando novia, desmentía
que en amor, la mujer, toda es falsía.
¡Pero como tu madre se ven pocas!
Yo no sé qué poeta
comparó a la mujer con la veleta.
¡Veletas sí que son, no firmes rocas!

Tú has sido más que yo desventurado
en esto del querer, pobre hijo mío;
vivías confiado
en que el amor, como el caudal del río,
jamás puede volver a opuesto lado.
Ten valor, ten valor; es tan profundo
el pesar que por ti me desconsuela,
que le encargo esta carta a Don Segundo,
tu maestro de escuela.

No es nuevo lo que pasa.
Como dice el cantar, la ausencia es viento
que hace extinguirse la pequeña brasa
y al incendio voraz presta incremento.
Un año va a cumplir que te marchaste;
y en ese plazo rápido y mezquino,
han sufrido desgaste
el amor y las ruedas del molino.
Cuando a tus ojos se ocultó la huerta,
las sombras de la noche ya besaron
¡pobre hijo mío! tu esperanza muerta.
Muy pronto por el pueblo lo contaron
las curiosas vecinas,
y la rondalla, en loca serenata,
te vengó en las esquinas
con coplas dirigidas a la ingrata.

¡Y era verdad lo que cantó el coplero!
María Cruz y Andrés el ganadero
se juraban amor en el molino...
y de Pablo el herrero
se borró hasta la huella en el camino.
En la misa mayor, el señor cura,
hizo saber con reposado acento
(llenando el pecho mío de amargura)
de Andrés y de María el casamiento.
En fin, para abreviar tu sufrimiento.
Debes ya suponer el resultado
y revestir tu pecho de firmeza.
¡Haz que olvide el soldado
de un amor tornadizo la flaqueza!
No han de faltarte mozas y recreos.
Busca nuevos placeres
y alégrate con locos devaneos.
¡Lo que sobra en el mundo son mujeres!
Como tu madre hay pocas.
¿Cómo pocas? Ninguna.
Dios debía enjaularlas; ¡están locas!
y llevárselas lejos... ¡a la luna!
¡Animo, Pablo mío!
Piensa en nosotros más que en su desvío,
haz cuenta que la pérfida se ha muerto
y no viertas por ella ningún lloro.
Vuelve pronto a este hogar, que está desierto,
y te abraza tu padre

Telesforo».

VI

Tres años han pasado
desde que el pueblo abandonó el soldado,
que son tres siglos lentos
para aquel que en la ausencia ha devorado
de traición y de olvido los tormentos.
Los riesgos de la guerra son clementes
para los que el peligro solicitan.

¡Parece que las balas siempre evitan
encontrar en su giro ciertas frentes!

Calmando de los mozos la impaciencia
llegó a sus manos la última licencia,
y, alegres y dichosos,
tornaron a su pueblo presurosos.
De un nuevo día al tímido reflejo
llegaron a la cumbre de la sierra,
y al descubrir el pobre lugarejo,
la suspirada tierra,
en gritos de alegría y alborozo
prorrumpe sin cesar el grupo mozo.
Sólo uno, de la turba separado,
junto al desnudo espino
que, más fiel que la novia, le ha esperado,
hacia la hermosa vega del molino
dirige una mirada de rencores
y agitando los puños con locura:
—¡Ya estoy aquí! —murmura—
¡Me vengaré, me vengaré, traidores!

VII

Claro sol de la idea es la esperanza;
¡ay de las pobres almas abatidas
que ven ponerse el sol en lontananza!
Flores que el huracán dejó caídas,
se amustian lentamente en el olvido;
alondras que en la bruma van perdidas,
sin bosques, sin amores y sin nido...
El desengaño puebla
de esas almas los lóbregos rincones,
como invaden las gasas de la niebla
los valles solitarios y tristes.
Y el corazón que fue cándida cuna
de la dulce esperanza,
al perder sus anhelos de fortuna
conviértase en cubil de la venganza.

Con mudo ardor, con redoblado aliento,
Pablo volvió al trabajo,
poniendo su rebelde pensamiento
de perdidos placeres en el tajo.
Como entre azul y amarillenta llama
el lingote de acero se caldea,
así de Pablo el corazón se inflama
de sangrientos desquites a la idea.
Y el lingote, rojizo y aplanado
por los golpes furiosos del obrero,
transformóse en puñal, fuerte y templado,
para la cruel venganza del herrero.
¡Con qué terrible gozo
pasó el buril el iracundo mozo
sobre la resistente y fatal hoja
que pronto teñiría sangre roja,
sangre de un corazón que fue perjuro,
sangre de un pecho falso,
en cuyo fondo obscuro
halló vida el amor y halló cadalso!
¡Con qué placer en el nevado seno
de la mujer traidora,
descargaría, a la piedad ajeno,
el amante su mano vengadora!
...Y, cual si fuese misterioso hechizo,
en donde Pablo fija la mirada
tórname todo de color rojizo,
¡del color de la sangre codiciada!

.....

Todas las tardes, cuando el sol poniente
tras las cumbres lejanas centellea,
a esa hora en que, tranquila y blandamente,
el *Angelus* doliente
suenan en el campanario de la aldea,
Pablo, entregado a su rencor profundo
como arista que lleva el torbellino,
vaga y vaga errabundo
hasta ocultarse cerca del molino.

Le amparan los zarzales
que hay del henchido caz en las orillas
y llegan a su oído, desiguales
los golpes de las flojas taravillas.
En la hierba tendido,
quieta la vista y agitado el pecho,
Pablo, está a su venganza apercebido,
como inmóvil reptil puesto en acecho.
Y en tan feroz espera
la noche le sorprende en los zarzales,
sin que una vez siquiera
la ingrata molinera
salga de su molino a los umbrales.
Pero aunque tanto tarda
la dichosa ocasión, el mozo aguarda,
¡aguarda, torvo y fiero,
acariciando su puñal de acero!

VIII

¡Qué tarde tan hermosa aquella tarde!
El moribundo sol, haciendo alarde
de su ya desmayado poderío,
inundó con su luz toda la sierra,
besó después el pardo caserío
y en sombras de viudez dejó la tierra.
Del crepúsculo al tinte misterioso
movíanse las plantas y las flores
con rumor apacible y perezoso,
germinación de incógnitos amores...
Los álamos escuetos,
vigilantes del río y la hondonada,
parecían contarse sus secretos,
como extraña legión allí parada.
¡Hora feliz! Tendía en los juncas
la vistosa tarántula sus hebras,
el cuclillo cantaba en los eriales
y cautas se arrastraban las culebras.

Y, como ellas, el mozo vengativo
entre hierbajos a su presa aguarda,
más muerta su pasión, su odio más vivo
cuanto más en saciarlo se retarda.

De repente, un acento
hirió su acalorado pensamiento.
¡Era la voz de la mujer querida,
aquella voz, de amores serenata,
aquella voz tan grata,
para el fiel corazón tan conocida!
Ante el acento aquel tan dulce y blando,
Pablo apartó, temblando,
las ramas del zarzal y miró ansioso.
¡Era María Cruz, pálida y bella...
pero delante de ella
corría un niño tierno y revoltoso!...
¡Era el hijo de Andrés el ganadero,
del ladrón de su paz y su cariño!
Pablo se puso en pie, sacó el acero...
En el instante aquel llegaba el niño
a la orilla del caz y de repente,
perdiendo el equilibrio por completo,
en el inmenso charco, sucio y quieto,
hundiéndose velozmente.
María Cruz lanzó un grito infinito.
¿Quién es capaz de reflejar el grito
de una madre que al hijo de su alma
de un lago pierde en la traidora calma?
María Cruz gritó.

Del borde opuesto
cayó al agua otro cuerpo vigoroso,
que también se hundió presto
del ancho caz bajo el fatal reposo.
A los gritos horribles de la madre
acudieron los hombres del molino
y con ellos Andrés, el joven padre,
a voces maldiciendo su destino.
Quiso arrojarle al caz; pero clavado

quedóse de repente
al ver que un hombre conducía a nado
sobre su brazo al náufrago inocente.

De las manos asidos
contemplaban los padres afligidos
al salvador que Dios les deparaba...
y el niño se agitaba
exhalando muy débiles gemidos.

Niño y hombre llegaron a la orilla;
y asiéndose a un arbusto resistente,
más ágil que una ardilla
el hombre saltó a tierra velozmente.

Locos y alborazados,
a estrecharle en sus brazos con ternura
lanzáronse los padres angustiados.
Más él los rechazó con mano dura,
y sin soltar la codiciada presa
y gozándose, altivo, en la sorpresa,
dijo con ronca voz: ¡Calma, traidores,
y miradme primero!
¡Soy Pablo, el Pablo aquel de tus amores!
¡Soy, amigo traidor, Pablo el herrero!
Oye, María Cruz. Por olvidarme,
por matar con tu olvido mi esperanza,
juré un día vengarme...
¡y el momento llegó de mi venganza!
No os acerquéis a mí. Ya veis que llora
el hijo del amor a mí robado.
¡Tal vez llore, traidora,
el infinito mal que me has causado!
Juré vengarme. Por salvar al niño
abrí la mano, a la piedad dispuesta,
y al fondo fue el puñal con tu cariño.
Juré vengarme. Mi venganza es esta.

Y estampando en la frente
del tembloroso náufrago inocente
un beso, en el que había
amor, misericordia y alegría,

algo inefable, superior y santo,
dejó al niño en los brazos maternos,
limpióse con el puño el dulce llanto
y desapareció por los zarzales.

LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA

(Poema)

I

El sol de la Justicia ha desgarrado
los velos nocturnales de la Historia,
y a su luz, el cadáver del pasado
muéstrase envuelto en su cendal de gloria.

De los ojos cayó la torpe venda
que el odio puso en la razón temprana;
y, deshecho el error de la leyenda,
la Verdad resplandece soberana.

¡En pie la Humanidad! Nación alguna
no puede a España disputar la cumbre,
tanto en las suaves horas de fortuna
como en las de inquietud y pesadumbre.

Elegida por Dios, fue su destino
el más grande, el más santo, el más profundo:
¡trazar sobre los mares un camino
y, como un cáliz, levantar un mundo!

Mundo que recibió de la matrona
la fe que alumbra y el instinto labra,
el hierro de la sangre y la tizona,
el oro del amor y la palabra.

¡Oh, madre España! Ante tu noble gesto
miradas de estupor fueron los astros,
y el mundo, absorto y de rodillas puesto,
de polo a polo contempló tus rastros.

¡Y es porque el cielo quiso, noble España,
escogerte entre todas las naciones
para que fuese tu robusta entraña
el crisol de una raza de leones!

II

Siente la humanidad el fuerte acoso
de rasgar el secreto de Occidente;
pero el mar implacable y tenebroso
castiga con furor al imprudente.

Es el «Plus Ultra» indescifrable arcano;
tendió la Muerte sobre el mar su alfombra;
los ojos, al sondear el Océano,
adivina el reino de la sombra.

Dios ha cerrado el horizonte oscuro
a la ciencia rebelde que lo reta,
y del cielo hasta el mar hay como un muro
donde se abate la razón inquieta.

III

¿Cuáles son esas pobres carabelas
que enarbolando el timbre de Castilla,
dejan sobre las olas sus estelas,
rúbrica retadora de sus quillas?

¿Quiénes son esos seres sobrehumanos
que rompen la leyenda aterradora?
¡Son ellos: los leones castellanos!
¡Son ellos: la legión descubridora!

Son los hijos de España; los titanes
de la gran epopeya colombina;
en su frente los rudos huracanes
estrellaron la cólera marina.

Hay en sus ojos misteriosas luces
que animan en su empresa al Almirante.
¡Son ellos, los Pinzones andaluces,
los que a Colón empujan adelante!

Es la raza romántica y cristiana
que al sol levanta su pendón de guerra.
¡Toda España es Rodrigo de Triana
lanzando el grito alborozado: TIERRA!

IV

Ya está roto el secreto de los mares;
descifrado el enigma de Occidente;
ya España con sus manos tutelares
alza hasta Dios el nuevo continente.

Pero su amor la madre no limita
a la obra del feliz Descubrimiento:
¡la mujer es más grande y más bendita
por lo que hace después del nacimiento!

La raza entiende su misión sagrada
lanzándose a gloriosas aventuras,
y del conquistador la planta osada
húndese en arenales y espesuras.

Avanzan por el mundo inexplorado,
huellas de luz dejando en su sendero,
con su arcabuz el mísero soldado,
con la cruz redentora el misionero.

Y España sobre América derrama
su tesoro de amor y de creencia,
y prende al fin la salvadora llama
despertando del indio la conciencia.

V

¡Mienten los enconados trompeteros
que manchan el honor de la Conquista,
señalando en los ínclitos guerreros
condición mercenaria y egoísta!

¡Mienten, sí, con propósitos traidores
los que a España motejan de tirana!
En la espada de los conquistadores
iba la forma de la cruz cristiana.

No registra la historia del planeta
acción exploradora más clemente.
Es el amor el lazo que sujeta
al indígena esquivo y resistente.

Es la española y noble gallardía
la que rinde las almas tropicales;
es la predicación amante y pía
la que enciende cariños fraternales.

Es el celoso y maternal acento
de aquella reina de saber preclaro
que reclama en su noble testamento
para los indios libertad y amparo.

Es el alma de España que se extiende
a través de la tierra conquistada
y en la salvaje voluntad enciende
la hoguera de una fe pura y sagrada.

Sobre la sien del español bizarro
pone la virgen inca un dulce beso,
y en brazos de Cortés y de Pizarro
el corazón de América está preso.

Balboa cruza el istmo misterioso
y contempla la inmensa maravilla
del Mar del Sur, anónimo y grandioso,
nuevo joyel del trono de Castilla.

Al servicio de España, Magallanes
descubre el Cabo de Hornos y el Estrecho;
y en premio a sus científicos afanes
la flecha rompe su glorioso pecho.

Junto a su cuerpo se alza el genio hispano,
redoblado su ardor bravo y profundo:
¡allí está el héroe, Sebastián Elcano,
el primero que da la vuelta al mundo!

Juan Ponce de León rinde su vida
al ir en pos de una fatal quimera,
descubriendo el jardín de la Florida,
la «Tierra de las Flores» hechicera.

En lucha con los crueles araucanos
clava en Chile Valdivia sus pendones

y alza sobre cimientos castellanos
Santiago, la ciudad de sus blasones.

Surca Solís el Río de la Plata
y, tras él, la legión de eterno brillo:
Garay, el de memoria siempre grata,
Mendoza, Aguirre, Pedro del Castillo...

Desde el norte hasta el sur, la tierra siente
su virginal misterio desgarrado
por la planta de humilde penitente
o la rústica bota del soldado.

Y arrostrando peligros y miserias
van los conquistadores adelante...
¡España se ha cortado sus arterias
para una transfusión santa y gigante!

VI

Lograda la conquista portentosa,
España, para ejemplo de naciones,
se inclinó sobre el indio cariñosa
y le inculcó sus hondas devociones.

El animoso y viejo franciscano,
en la paz de las pampas imponente,
tomaba el indiecito de la mano
y trazaba una cruz sobre su frente.

Al rayar medrosica la mañana
en el oscuro pabellón del cielo,
con el blando tañir de una campana
llamaba un Dios de amor y de consuelo.

Inclinando los indios la cabeza
sobre una tosca y monacal cartilla,
gustaban poco a poco la grandeza
del soberano idioma de Castilla.

Y en horas de júbilo y jarana,
punteada con morisco desenfado,
solía una vihuela sevillana
acompañar la copla de un soldado.

Copla que en el oído del salvaje

resonaba con timbre placentero,
y traducido luego en el cordaje
era un estilo de sabor pampero.

España, maternal y previsora,
se convirtió en maestra del vencido,
y formó la legión trabajadora,
y defendió el pudor con el vestido.

Del indio en el espíritu sediento
el ánfora volcó de su cultura,
vertiendo, con su noble pensamiento,
miel de ciencia y tesoros de ternura.

Se dio entera al amor de sus amores
olvidando pragmáticas severas,
y fue el paso de los conquistadores
como surco de dichas venideras.

Trocado en realidad el dulce sueño,
nada guarda egoísta, la matrona.
¡Por la hija otra vez diera en empeño
su regio cofrecillo y su corona!

No le causa desmayo ni zozobra
su destino en la tierra americana.
España continúa su gran obra
como conquistadora y soberana.

¿Por qué tranquila está lo mismo que antes?
¡Porque es virrey de América Cervantes;
porque son de la madre los honores;
porque en cada familia de emigrantes
llegan conquistadores!

LA GRANDE

(Poema de la Pampa)

I

En medio de los campos, como un arca
de la paz y el trabajo guardadora,
perdida en la extensión de la comarca,
sencilla como vieja labradora,
álzase la «estanzuela»
del vasco Juan Miguel, ejemplo fuerte
de lo que puede un corazón que anhela
con surcos de virtud, labrar la suerte.
Ya hacia la tumba Juan Miguel se inclina...
Aún recuerda, con íntimo alborozo,
cuando al suelo llegó de la Argentina
con alma de hombre y complexión de mozo.

Se abrieron los terruños
bajo el hierro movido por sus puños,
y desoyendo las leyendas de oro
que envuelven a la América soñada,
del penoso trabajo en la jornada
supo hallar de las pampas el tesoro.

Diole el amor honrada compañera;
y, como rubio sol de su cariño,
vino a alegrar la soledad pampera
con su sonrisa de candor, un niño.
El padre entonces redobló su empeño;
llegó de la «estanzuela» a ser el dueño,

y al trabajo entregado con más gana,
decía: —«Hay que pensar en el mañana.
Antes que todo, el bien de mi pequeño.»

II

Y el niño se hizo mozo. El padre honrado
le hizo ir sobre las tierras encorvado
y conocer la celestial valía
del sudor, que al caer en el sembrado
se convierte en el pan de cada día.
Mas, soportando la paterna traba,
el muchacho soñaba...
Aunque en aquella soledad hundido
y en mundanales bregas poco ducho,
sentía esa inquietud del aguilucho
que por primera vez vuela del nido.

—En la pampa argentina
la vida es como noria de rutina.
Hay que cambiar de ambiente,
buscar negocios y correr azares
en aquel encantado continente
oculto tras la línea de los mares.
Los tiempos han variado:
la raza joven es positivista...
Si los hijos de Europa, en el pasado
de América lograron la conquista,
debe América ahora
ser de Europa a su vez conquistadora.

Así el muchacho piensa
con devoción romántica y callada,
absorta la mirada
en la quietud de la llanura inmensa.
Y construyendo un bienestar distante,
el joven labrador, meditabundo,
acaricia el propósito incitante
de conquistar con oro el viejo mundo.

III

La suerte quiso un día
trocar en realidad la fantasía
y hacer verdad el suspirado intento.
Al mozo soñador y descontento
«la grande» le tocó en la lotería.
Ávido de emociones,
sin detenerle el doloroso llanto
de aquellos dos amantes corazones,
lanzóse, como el ave, a otras regiones,
huyendo de sus lares sin quebranto.

IV

Y pasaron los días...
En la blanca «estanzuela» los dos viejos,
juntas las manos débiles y frías,
lloraban por su amor, ido tan lejos.
De cuando en cuando les llegaba un sobre
que en tristeza trocaba el regocijo;
la plata se agotó y otra vez pobre
volvía a ser el hijo.
El oro americano
perdíase en el viejo continente,
sin que supiera la inexperta mano
rescatarlo del mágico fundente.
Tras de la ostentación vino la trampa;
y a través de los llanos y los mares
llegaron al silencio de la pampa
súplicas y pesares.

Con la carta fatal ante los ojos,
los padres, abatidos,
sentían deshacerse sus enojos
del noble corazón en los latidos.
—Escribe, Juan Miguel —clamó la anciana—.
Dile que su aflicción nos desconsuela,
que sin él nuestra vida es cosa vana
y que retorne presto a su «estanzuela».

El paternal deseo
se fue entre las valijas del correo.
Y lentos transcurrieron otros días...
Anhelantes y tristes, los ancianos,
en las frentes sombrías
para evitar el sol, puestas las manos,
sondeaban las borrosas lejanías.

V

Al cabo de tres meses, una tarde,
cuando aún el sol con protector alarde
se hundía, rey vencido, en el ocaso,
jinete en sudoroso caballejo
un hombre apareció, cortando el paso
al encontrarse con el vasco viejo.
Volvió el hijo pródigo... En la calma
del crepúsculo suave, Dios veía
la sagrada fusión de alma con alma
en un ciego transporte de alegría.
—¡Padre, perdón!—
Sobre la humilde frente
puso el viejo su mano temblorosa;
y extendiéndola luego hacia el poniente,
hizo al hijo sumirse en la imponente
paz de la pampa libre y generosa.
«La grande» te arrancó de estas llanuras,
arrastrándote a locas aventuras
y darte al fin castigador ejemplo:
para llenar tu vida de dulzuras,
el campo y el hogar serán tu templo.
La verdadera dicha acá se encierra,
no en la fortuna que el azar expande;
confía en tu trabajo y en la tierra...
¡Ella sí que es la grande!

COSECHA PERDIA

(Poema)

En mitad de pomposos viñedos,
y en la parte más alta del viso,
rodeada de almendros
y a la sombra amorosa de un pino,
alza sus paredes parduzcas y viejas
la casa del Risco.

Apoyando en ella su roto tejado,
hay una bodega de muros macizos
mellados por unas ventanas de trullo
chorreadas de vino.

Aunque vieja, agrietada y humilde,
la casa es un nido;
allí viven Gregorio y su madre,
ella anciana y él mozo y activo,
sin afanes de loca fortuna,
embriagados de sol y cariño,
sin más mundo que aquellos viñedos,
sin más gloria que aquellos racimos
en los que se encierra la hogaza del año
a fuerza de golpes y de sacrificio.

Desde la casona
¡cuántas veces la madre y el hijo
orgullosos y mudos contemplan
de las viñas el cuadro bendito!

El abuelo y el padre cavaron
aquel suelo sediento y rojizo.

Los terrores están consagrados
por el noble sudor de los idos.

—Aquellos almendros los plantó tu padre
y tu pobre abuelo plantó los espinos.
Aquellos rodales de cepa de planta
las puso tu tío.

¡Ay, así es la vida! Ya se han muerto todos.
¡Cuánto trabajaron los tres probecicos!

Y Gregorio sonríe orgulloso
porque él solo, y aún era un chiquillo,
supo hundir el legón en la tierra
y plantar los bardudos propicios
y ensanchar con majuelos pomposos
de la viuda y la madre el dominio.

El muchacho sonríe en la puerta
con sonrisa de rey o caudillo.
¡Allí está su labor de gigante!
Allí están los sarmientos tendidos,
con su gloria de pámpanos verdes
y su carga de negros racimos.

¿Qué es aquello? A mitad de mañana
de la sierra lejana los picos
con turbantes de nubes ciñeron
su frente de riscos.

Otras nubes pasaron pausadas
como rotos encajes de lino
y el sol se asomaba por los desgarrones
ojeando la tierra con intenso brillo.

Avanzó el nublado desde el horizonte.
Trazó la tormenta su siniestro signo
en el fondo oscuro de la lejanía.

—Gregorio, hijo mío,
no me gusta ni pizca ese nublo,
déjame que encienda la velica al Cristo.
¿No ves aquel cejo tan blanco, tan blanco?
¿No sientes qué rachas y qué retronío?

¡Virgen soberana! Gregorio, yo tengo
el alma en un hilo.
Fíjate, que vuelven a casa los pájaros
buscando acobijo...

Avanzó el nublado. Ráfagas furiosas
sacudieron la copa del pino,
se agitaron los largos sarmientos
como brazos que piden auxilio
y el azote del viento juntóse
de una lluvia iracunda el castigo.
Reventaban las nubes en truenos
y la lluvia cesó de improviso
descargando, inclemente, en la tierra
la metralla infernal del pedrisco.
La cortina de balas de hielo
maceraba los negros racimos
y saltaban los pámpanos rotos
como el golpe de aceros impíos.
De la vieja bodega en las tejas
rebotaban las piedras con ruido;
los almendros perdían sus hojas
y hasta el recio pino
agitaba su verde ramaje
del que en vuelo inseguro y fatídico
huían las aves, cayendo en seguida
muertas por las blancas balas de granizo.

Se alejó el nublado descargando piedra,
quedó todo mustio, todo entristecido.
Tenían los campos mueca de agonía,
quedaron sin hojas hasta los espinos.
Las pródigas vides, antes tan pomposas,
ahora despojadas de sus atavíos,
parecían unos raros esqueletos
con negros tumores en los brazos rígidos.

Era aquello el paso bestial de los monstruos
que a la nube incuban en sus locos giros.

La frente apoyada
contra el viejo quicio
de la casa, Gregorio contempla
de las viñas el cuadro sombrío.

Y a sus pies, la madre,
abatida como árbol caído,
hunde en las rodillas el triste semblante
murmurando débil entre amargos hipos:
—Paece que esta ruina me la daba el pecho.
No ha querío libranos el Cristo.
¡Aquel cejo tan blanco, tan blanco
y aquel retronío!...

OTOÑO DE ALMAS

(Poema)

I

Confieso que he cruzado la existencia
sin que nunca mis manos
hayan rasgado el velo de la ciencia
para inquirir orígenes y arcanos.

De la vida en la cumbre, todavía
desconozco las causas naturales
que a los humanos dan supremacía
sobre sus inmediatos animales.

Soñador y poeta,
la razón del contraste no me inquieta,
y en mi dichosa candidez, ignoro
por qué el inglés es rubio como el oro
y el guineo más negro que la tinta.
No sé por qué, bajo los mismos mares,
los peces tienen tan diversa escama,
ni por qué no son nunca similares
flores que se abren en la misma rama.

La ciencia, de seguro,
podría iluminar el fondo oscuro
de mi mente tranquila y soñadora;
mas no quiero probar, pues me figuro
que es la ciencia una llama asoladora.

¿Para qué deleitarse en la toxina
del examen, el germen y el problema,
y saber con Bartrina
«que el genio no es de Dios sagrado emblema»?

Yo prefiero esta cándida ignorancia
del «eterno por qué». Place a mi labio
de la odre tosca la senil fragancia,
más que la amarga y doctoral substancia
que en copa minervina bebe el sabio.

II

Por eso no analizo
el por qué Rosa-Luz y Malvarrosa,
siendo hermanas, tenían un hechizo
que, pareciendo igual, era otra cosa.

Vinieron a la tierra el mismo día
y de un mismo rosal fueron la gala,
sin amenguar jamás su lozanía
ni torpe idea ni tendencia mala.

Eran dos almas puras,
dotadas de exquisito sentimiento:
pero existía en ambas criaturas
opuesto y singular temperamento.

Aunque del mismo sol al dulce abrigo
al par abrieron su corola noble,
Malvarrosa era rubia como el trigo
y Rosa-Luz morena como el roble.

Todo era en Malvarrosa
natural y sencillo; parecía
Ofelia recatada y pudorosa
buscando flores al nacer el día.

Ni la inquietud más leve
llegó nunca a marcar sensible huella
en aquel corazón, preso entre nieve,
que, más que corazón, era una estrella.

Como único decoro
de aquellas olas de oro
que caían, rizándose, a su espalda,
Malvarrosa prendía los jazmines
que antes combara su sencilla falda
en la quietud de rústicos jardines.

A veces, el mandato de la vida
sacudía su pecho indiferente
y quedaba la virgen inocente
en místicos arrobos sumergida
ante el claro cristal de alguna fuente.

Besábanse las flores; en los nidos
ocultos en la sombra de la rama,
los pájaros sacaban sorprendidos
la cabeza, y en cantos confundidos
parecían decir: —¡Despierta y ama!

Pero venciendo pronto este desmayo
de su imaginación casta y dichosa,
del moribundo sol al rojo rayo
a la heredad volvía Malvarrosa.

III

¡Naturaleza! ¡Madre y soberana
de cuanto alienta y vive en el planeta!
¿Por qué haces que en tu seno brote hermana
del soberbio clavel la violeta?

Rosa-Luz era fuego;
bajo su piel morena parecía
que de la sangre al impetuoso riego
en volcanes las venas convertía.

El ébano brillante
de su cabello espeso y ondulante
recordaba la helénica belleza,
y era la frente, noble y arrogante,
blasón y majestad de la cabeza.

Bajo el arco divino
de las cejas, sus ojos retadores
lanzaban ese rayo peregrino
que es para el corazón puñal de amores.

No sabe Rosa-Luz lo que es la pena;
para ella la existencia es la alegría,
y dormida sonríe la morena
como despierta sonrió de día.

No tuvo para nada un gesto adusto
ni un pensamiento grave;
es tornadizo y desigual su gusto,
ama la independencia como un ave.

Sobre su pecho virginal, las rosas
se suceden en rápido reinado,
y Rosa-Luz contempla con agrado
el vuelo de las bellas mariposas.

Y sueña con volar a otras regiones
—mariposa de amor— y en loco vuelo
posarse sobre muchos corazones,
libando en todos con fugaz anhelo.

¿Y el porvenir?... ¡Qué importa!
Los años pesan como dura carga.
¡Más que una vida indiferente y larga,
vale una vida placentera y corta!

IV

Ese dios anarquista
que las almas sujeta a su mandato,
cuyo poder no hay pecho que resista
pues no hay contra él posible desacato;
el amor, rey del mundo,
al corazón llamó de las hermanas
y un sentimiento insólito y profundo
perfumó aquellas flores tan galanas.

La pasión amorosa
fue dulce misticismo en Malvarrosa,
amor sin inquietud y sin orgullo,
sometimiento plácido del alma,
rumor de un lago en calma,
callado anhelo y contenido arrullo.

Pero la ley eterna del contraste
que aproxima contrarias energías
produciendo recíproco desgaste
de fuerza y calorías,
hizo que fuese Diego
novio de Malvarrosa; y era el mozo
un carácter de fuego
y un motivo constante de alborozo.

En cambio, a Rosa-Luz tocóle en suerte
un galán apocado,
para la fiebre del amor, inerte;
para la charla pasional, callado.

Aun siendo tan distintos
de esta rara pareja los instintos,
creyendo que la dicha se improvisa
y que el amor no ofrece laberintos,
Rosa-Luz en casarse tuvo prisa.

Vosotros, los dotados de experiencia,
ya sé que juzgaréis grave imprudencia,
engendradora de seguro daño,
casarse pronto, y que la prisa engaña;
mas no olvidéis lo que cantaba un maño:
«El matrimonio se parece al baño
y el que lo piensa mucho, no se baña.»

Se casó Rosa-Luz con Rigoberto,
segura de que al fin derretiría
la indiferencia fría
de aquel galán acobardado y yerto.

Mas ¡ay! el sol convierte
en arroyos la nieve de la altura;
pero a su beso bienhechor y fuerte
impávida resiste la escultura.

De Rosa-Luz la abrasadora llama
se retorció en torno del granito,
y de los azahares en la rama
floreció prontamente la retama
del desengaño lóbrego y maldito.

En silencioso llanto
ahogaba Rosa-Luz su desencanto;
y sedienta de amor, su pensamiento
alzóse enloquecido,
como ave que en la noche busca el nido
y cae rendida, sin lograr su intento.

Moría Rosa-Luz entre la prosa
de la nupcial incomprensión; su brazo
se enarcaba en la noche silenciosa
llamando al ideal a su regazo.

El hombre-nieve un día
rechazó su ternura delicada
y el desamor, trocado en felonía,
pagó el amor con ruda bofetada.

Y Rosa-Luz huyó, dejando rotos
lazos que eran cadenas de tortura,
y en espacios remotos
se embriagó en el placer y en la aventura.

En pos de sus fallidas ilusiones,
—mariposa de amor— en loco vuelo
buscó el amor en otros corazones,
libando en todos con fugaz anhelo.

¡Inútil busca! El ideal ansiado
no es la pasión grosera:
la caricia del sol yergue el sembrado;
¡se pierde el trigo si se incendia la era!

La pobre Rosa-Luz, desfallecida,
adquiere al cabo la experiencia triste
de que es todo ideal gloria fingida
y que el amor que apeteció, no existe.

Siente que en la batalla sostenida
perdió la juventud y la esperanza...
y enferma y vacilante
busca allá, en lontananza,
del paterno solar el techo amante.

Doliente peregrina,
a la heredad sus pasos encamina
pensando en Malvarrosa,
que en la paz campesina
tendrá su hogar y vivirá dichosa.

Cruza montes y valles y senderos
la proscripta de amor con lento paso,
y al declinar la tarde en los oteros,
Rosa-Luz, como el sol, marcha a su ocaso.

Al pie de una montaña, entre unas flores,
la hallaron desmayada unos pastores;
cortaron leños, procuraron lumbre,
pusieron en sus labios un brebaje
—auxilio de botánica salvaje—
y en hombros la llevaron a la cumbre,
donde alza sus paredes blanquecinas
un convento de monjas agustinas.

Ya de la noche el pavoroso imperio
envolvía a la tierra en el misterio,
cuando la pobre Rosa-Luz sus ojos
(que el delirio agrandaba con antojos)
abría en un rincón del monasterio.

La razón lentamente
iluminó el cerebro indiferente
y al fulgor de una lámpara oscilante,

Rosa-Luz, en su lecho de agonía,
miró a Jesús, también agonizante,
que de la sala en la pared distante
con ojos de perdón, la despedía.

Una voz lastimera
sonó junto a la helada cabecera,
y fue el acento aquel tan puro y blando
que los ojos volvió la moribunda
y halló, vencida en su piedad profunda,
a una monja llorando.

—Rosa-Luz, Rosa-Luz, ¿no me conoces?—
decía en su hondo duelo
la religiosa con pausadas voces,
mientras su llanto humedecía el velo.

—No ha permitido el cielo
que muriera, en la luz la mariposa.
Hermana, mírame! Soy Malvarrosa.

Y se unieron los labios
sedientos de perdón, limpios de agravios.

¿Tú tampoco lograste ser dichosa?
preguntó Rosa-Luz con voz de pena.

—¡Tampoco, hermana! Del dolor la lluvia
por igual resbaló en tu tez morena
y en mi guedeja rubia.
Era falso el amor que me brindara
aquel hombre de fuego;
el agua de mi honor conservé clara
y de mi alma inocente sobre el ara
puse a Jesús en el lugar de Diego.

Calló la religiosa...
La llama de la lámpara, medrosa,
lanzó destellos vagos e inseguros
y las sombras danzaban por los muros
en sucesión fugaz y misteriosa.

Llovía... Fuera, el viento
azotaba los viejos ventanales
del callado convento;
y se oía chocar en los cristales,
fugitivas y huecas,
—aquellarre otoñal— las hojas secas.

Rosa-Luz y su hermana,
llorando muerta la ilusión temprana
de sus almas creyentes y sencillas,
otoño piensan que es la vida humana
y que ellas son dos hojas amarillas
como aquellas que dan en la ventana.

ISABEL DE CASTILLA

(Monólogo)

La escena representa el interior de la tienda de campaña de los Reyes Católicos en el sitio de Granada. A la derecha se alza un oratorio con un crucifijo, alumbrado por dos lamparillas de aceite. Aparece la Reina Isabel escrutando desde la puerta del foro el exterior. Es de noche.

ISABEL.—Mi gente en calma reposa
y está en paz el campamento.
Qué extraña ansiedad acosa
mi turbado pensamiento?
Por mis leones cercada
y a mi pendón sometida,
la media luna en Granada
pronto se verá abatida.
Tiembla cobarde Boabdil
mirando su hora postrera,
como presa en su cubil
teme la vencida fiera.
Victoriosa en la campaña
quedará la enseña mía,
y de la tierra de España
saldrá al fin la morería.
¿Por qué, entonces, este anhelo
que intranquiliza mi ser,
como si una voz del cielo
me quisiera precaver?

Ah! De esta angustia sin nombre
la causa conozco yo:
Cristóbal Colón, ese hombre
que su fe me contagió.
Dios le ha puesto en mi camino
para fulgor de mi historia,
para luz de mi destino
y promesa de mi gloria.
Hay algo en él que me asombra
y me domina a la vez;
en su labio, si me nombra,
hay respeto y altivez.
Su pensamiento se expande
y, sin saberlo, me humilla.
Este marino es más grande
que la reina de Castilla.
Cuando aquí a solas los dos
expuso su pensamiento,
me parecía que Dios
me hablaba en su firme acento.
Con la ropilla empolvada,
la mirada fulgurante,
la noble frente nimbada
por oculta fe radiante,
reveló su teoría
—que a todos guardó secreta—
y al horizonte extendía
su brazo como un profeta:
—«Señora, tras esa sombra
que invade el cielo y el mar,
oigo una voz singular
que me atrae y que me nombra.
Escrito el destino está
del cielo en los luminares.
Hay un mundo más allá.
de la extensión de los mares».
Y su audaz afirmación
fue como divina flecha

que en mi ansioso corazón
vino a clavarse derecha.
Hay un mundo tras las olas,
que la vida está esperando
con las naves españolas
de Isabel y de Fernando.
Un mundo que el salvajismo
envuelve en denso capuz
y aguarda que el cristianismo
lo inunde de clara luz.
¡Oh, qué empresa extraordinaria!
¡La más grande, la más pura!
¡Epopéya legendaria,
inconcebible aventura!
¿Será un loco...? Pero, no;
¡lejos de mí tal idea!
En su mirada vi yo como el genio centellea.
Perplejo mi ánimo está
previendo extraños azares...
«Hay un mundo más allá
de la extensión de los mares.»
Con fe que me maravilla
así dijo el hombre aquel.
¿Tiemblas, reina de Castilla?
¿Es que dudas, Isabel?

(Con amargura)

No son flaquezas triviales
estas de mi corazón.
Es que en mis arcas reales
no hay oro para Colón.
Es que el sitio de Granada
que al árabe desmorona,
ha dejado ya agotada
la renta de mi corona.

(Cayendo de rodillas ante el crucifijo)

Ilumíname, Dios santo,
con un rayo de tu luz.
Yo, que lucho tanto y tanto

por el triunfo de la Cruz;
yo, que quiero que se enciendan
los corazones de amor
y sobre el orbe se extiendan
los brazos del Redentor,
te suplico en este instante
que me muestres el camino
para que a ese navegante
le acompañe en su destino.
A Ti mi plegaria va,
Señor, no me desampares.
Hay un mundo más allá
de la extensión de los mares

(Pausa)

¡Ah, sí! Penetra en mi mente
tu luz sobrenatural.
Sí, percibo claramente
tu mandato celestial.
Gracias, Dios mío, ¿por qué
me sentí en la duda presa?
Por Castilla y por mi fe
voy a lanzarme a la empresa.
Aunque en mis arcas no hay oro
para ese descubridor,
hay en mi pecho un tesoro
de esperanza y de valor.
Colón, cesa en tu zozobra
y hunde en los mares tu quilla
que a darte ayuda en tu obra
va la reina de Castilla.
Llena de oro tu escarcela
llevarás para tu intento,
tendrás gente y carabela,
tendrás gloria y valimiento,
porque la reina Isabel,
en cuyo brazo te apoyas,
va a convertir en bajel
su cofrecillo de joyas.

Para realizar tu sueño
y hacer verdad tu problema,
voy a poner en empeño
el oro de mi diadema.
Este rasgo no me humilla,
pues así mi escudo brilla
donde brille tu pendón;
porque si es grande Colón,
grande también es Castilla.

TELON

ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
PRESENTACION	9
I. REQUENA, HOGAR DEL POETA	13
1. El barberillo-poeta	15
2. En pos de una vocación	20
3. Lluvia de versos	25
4. Triste realidad	28
5. Cuatro títulos importantes	38
6. Exitos y fracasos	43
II. ARGENTINA, NOVIA DEL POETA	49
1. Nuevos horizontes	51
2. Incesante peregrinar	61
3. Cantor de la Raza	66
4. Español y argentino	71
5. Los grandes poemas	73
6. Caballero andante	75
III. ESPAÑA, PASION DEL POETA	77
1. Misión patriótica	79
2. Lírico peregrinar	84
3. Valenciano de Requena	85
4. Epílogo de un gran poeta	86
5. <i>Post mortem</i>	91
NOTAS BIBLIOGRAFICAS	93
ROSAL DE ESPAÑA	95
¿PRÓLOGO?	97

POESÍAS	103
Síntesis	105
La raza	106
¡España!	108
Mi novia	111
¡Aragón y libertad!	115
En el circo	117
Amor imposible	119
Balance de año	121
Madre e hija	123
La arteria rota	126
El león muerto	130
Dolencia desconocida	133
Pan y toros	135
La visión de Cervantes	137
La frontera	139
El misterio de la nieve	141
¡Siempre!	143
Alma andaluza	144
El saludo imperial	148
Mi nido	150
Lucha de colosos	151
La musa	154
El coche blanco	156
Recompensa	158
A la fragata «Sarmiento»	160
Mar y cielo	162
Regalo de Reyes	163
Invierno	165
«La Argentina»	167
Lucha macabra	170
Ocaso	172
A un Judas de la familia	173
Réprobo	175
A la hermosa Punta Arenas	177
La plegaria del pájaro	180
Flores del aire	183
Nostalgia	186
¡Salve, Córdoba!	190
El poema de la vid	195
Ofrenda a Requena	198
Amor de fiera	200
Mi campanica	202

Camino adelante	204
Todo y nada	206
Hojarasca	208
La fuentecilla	209
Los cenicientos	211
La visita del hermano	212
La misión del periodista	216
¡Arriba!	218
El retorno a la patria	220
Visita baturra	222
Primavera milagrosa	224
Ofrenda	226
 HIMNO A VALENCIA	 229
Valencia mía	231
Mi morriña	234
Saludo a Valencia	238
La causa del huracán	240
Tarde de toros	243
La muerte de la huertana	245
Himno de amor	248
 POEMAS	 253
Venganza	255
Los conquistadores de América	271
La grande	277
Cosecha perdía	281
Otoño de almas	285
Isabel de Castilla	294

La presente obra ha sido realizada por el Centro de Estudios Requenenses,
con la aportación económica del M. I. Ayuntamiento de Requena,
de la Excelentísima Diputación Provincial
y de la Conselleria de Cultura de la Comunidad Valenciana.
A todos ellos damos público reconocimiento de nuestra gratitud.



Centro de Estudios Requenenses
REQUENA